

Det här verket har digitaliserats vid Göteborgs universitetsbibliotek.
Alla tryckta texter är OCR-tolkade till maskinläsbar text. Det betyder att du kan söka och kopiera texten från dokumentet. Vissa äldre dokument med dåligt tryck kan vara svåra att OCR-tolka korrekt vilket medför att den OCR-tolkade texten kan innehålla fel och därför bör man visuellt jämföra med verkets bilder för att avgöra vad som är riktigt.

This work has been digitised at Gothenburg University Library.
All printed texts have been OCR-processed and converted to machine readable text.
This means that you can search and copy text from the document. Some early printed books are hard to OCR-process correctly and the text may contain errors, so one should always visually compare it with the images to determine what is correct.



GÖTEBORGS UNIVERSITETSBILOTEK

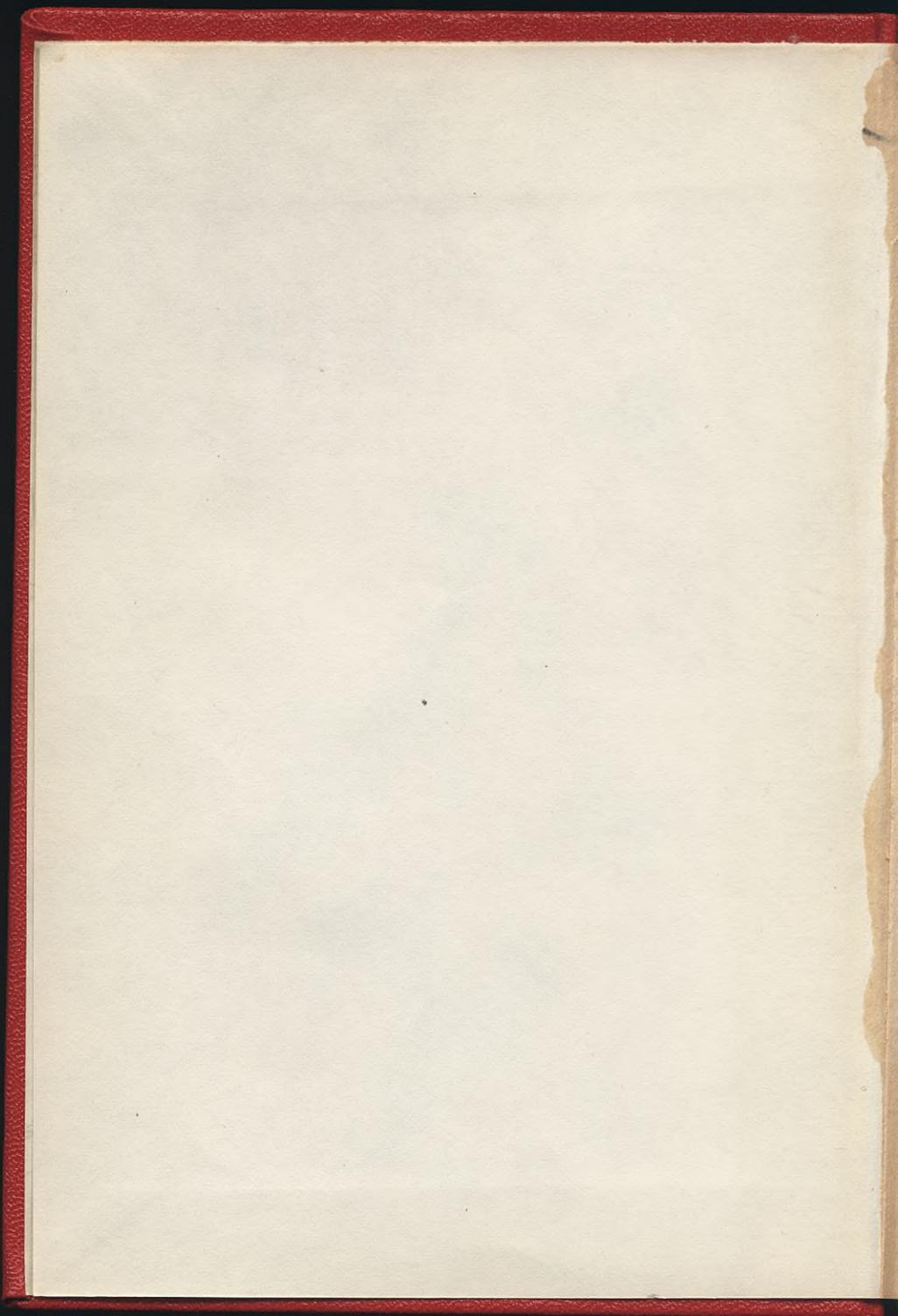


100159 5431



INSTITUTO IBERO AMERICANO
UNIVERSIDAD DE GOTEMBURGO





A los queridos hermanos

Julio Cesar Dabone

Santiago Dabone

Artistas y amigos

predilectos

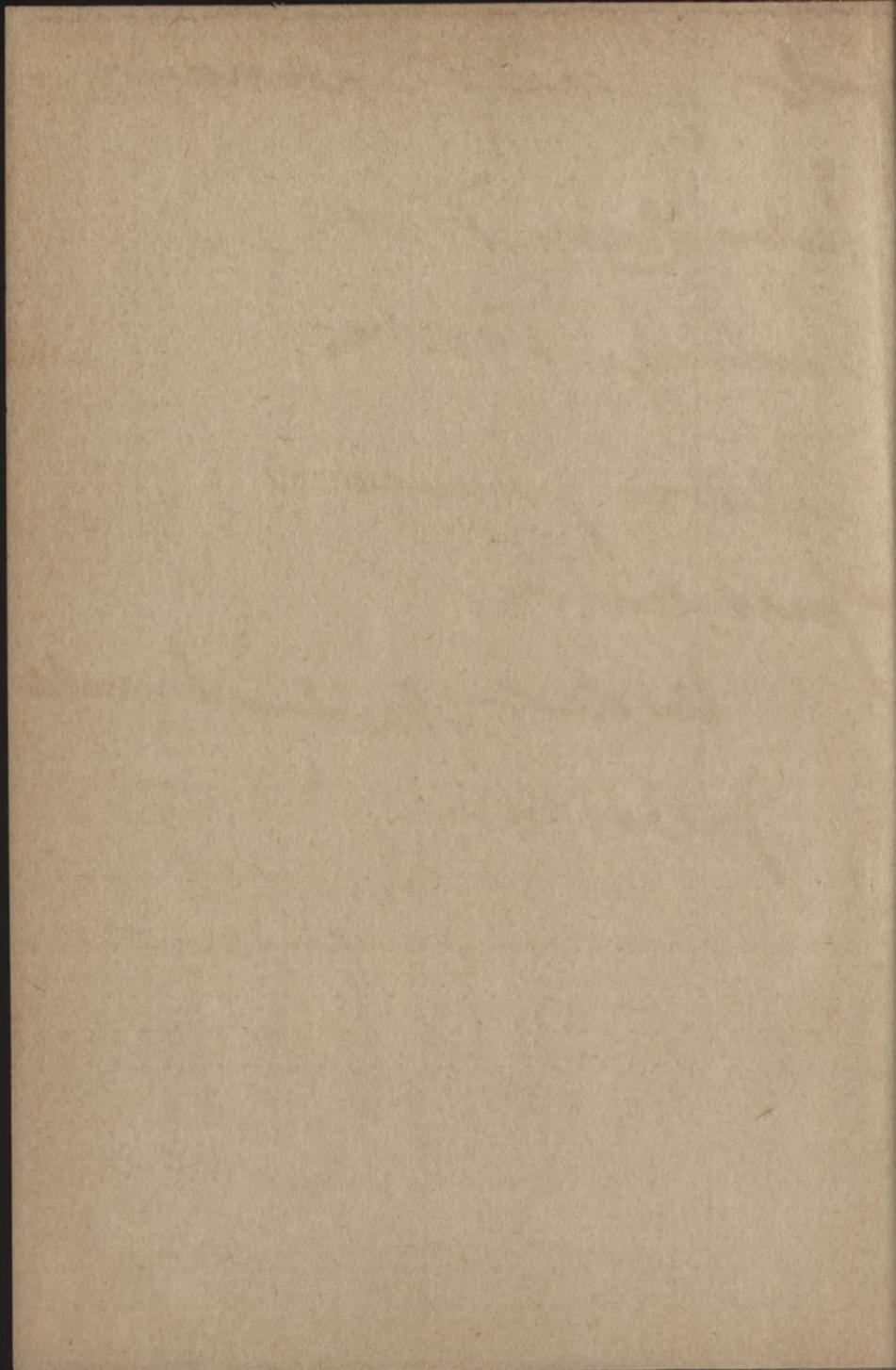
Un abrazo Macdonus Servandus

Julio 1944

Para la biblioteca de Sotomayor
donde perdurará
Homenaje de

Julia Dabone de Ruiz Sa
†

Julio C. Dabone



PAPELES
DE RECIENVENIDO

CONTINUACIÓN DE LA NADA

INSTITUTO IBERO-AMERICANO
de Gotemburgo, Suecia

PROSISTAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

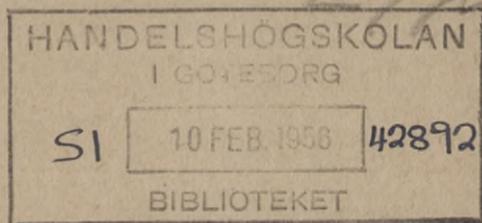
*Boleskärp (Argentina)
t. 1:
Essays*

MACEDONIO FERNÁNDEZ

**PAPELES
DE RECIENVENIDO**

CONTINUACIÓN DE LA NADA

PRÓLOGO DE
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA
IBERO-AMERIKANSKA INSTITUTIONEN
— vid Handelshögskolan i Göteborg



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

1944

Queda hecho el depósito que
previene la ley 11.723

Copyright by Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1944.

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Acabado de imprimir el día 30 de junio de 1944
Imprenta López — Perú 666 — Buenos Aires

PRÓLOGO

Este libro de Macedonio es el primero de él que va a ser proliferado en bastantes miles de ejemplares y en una editorial de catálogo fijo, escogido y arraigado.

Por eso se hace necesario ensanchar su biografía y dar un concepto total de su obra.

Me merece una profunda dilección Macedonio, no sólo por su talento sino por su bondad y por su ternura extraordinarias y verdaderas pues ya no trato ni me encargo de biografíar más que a los hombres buenos y no precisamente a los que lo son porque están en el principio de la vida y no han podido aún ser malos, sino a los que ya han demostrado que son fundamentalmente buenos.

Aquí donde vive la vida del mérito su gran unión de vivos y muertos, o se adelanta uno lo bastante en todo lo que yo creo que me he adelantado, o la necrología es breve y efímera y no hay ese recuerdo de

noticias y remembranzas póstumas que repetidas e insistidas forman continuidad de la vida literaria.

Lo necrológico es aquí, tratándose del artista puro, actualidad de un solo día, sin ese insistir epilodal que implanta la memoria del muerto. Aquí en seguida llega el "archívese" y si no se publica en los grandes diarios el agradecimiento de la familia, el artista recién fallecido entra en el olvido.

Frente a estas cosas ha aplicado Macedonio una bella resignación pacífica, defendiéndose además del atrabancamiento y del asalto de la vida.

Gracias a esa ocultación y pacifidad en que vive se salva al cespado embate del gentío y de la publicidad. Está en la vida y se olvida de asistir a sus feroces liturgias, librándose de presenciar sus molestos banquetes porque hasta a los que no son molestos envía disculpas de no ir aunque esté sentado en un rincón del ágape.

Yo admiro más que a los que son arrebatados por la gloria, a los que disimulan sus merecimientos y medio ocultan su breve y maravilloso mensaje y se salvan de la publicidad apoteósica.

Conocí otro criollo, el gran pintor Figari, que vivía teniendo cuidado de su alma y como añadiendo papeletos intencionados y sutiles a las pruebas de su talento creador. También Figari publicó los papeles de un recién venido que llegó hace mucho tiempo.

Silverio Lanza fué en España igual que ellos y por eso hice su biografía y fuí el único que insistió en

llamar a su puerta de conocedor del intrínquilis del mundo y sus vanidades.

¡Qué ejemplares hombres salvadores de la repugnancia por la especie!

Macedonio Fernández es un admirable criollo que desde el pórtico de su escondida estancia es el que más ha influído en las letras dignas de leerse pues lo que él encontró es el estilo de lo argentino, fué como el hallazgo de la arquitectura manuelina para Portugal. Lo magno de Macedonio es la voluta, la espiral nueva del humorismo, la mezcla de lejanías en la paradoja, la operación en la forma. Encarnó el fenómeno de la sonrisa y la flema del hombre argentino ante el enorme espectáculo de su paisaje. No cabe dudar que en este tiempo, ante tanta responsabilidad de tierras y de ideas, la ironía de Macedonio, despejada desde la mayor pereza, es la magna respuesta al magno acicate del paisaje.

Lo que vi que Macedonio había encontrado, desde que leí sus primeras líneas fué una nueva arquitectura del espíritu, una nueva arquitectura literaria para encerrarse bajo ella en un cierto tiempo y en un cierto paisaje de tipo muy diferente al de los otros países que yo había visto.

La disculpa en Macedonio tiene toda la desproporción que sólo consigue en la atmósfera sudamericana. La inhibición adquiere grandeza de otro clima y de otro mundo.

Como modelo de esa genialidad en la disculpa se

publicó en "Proa" una carta a Jorge Luis Borges que merece ser reproducida:

Querido Jorge:

Iré esta tarde y me quedaré a comer si hay inconveniente y estamos con ganas de trabajar. (Advertirás que las ganas de cenar ya las tengo y sólo falta asegurarme las otras.)

Tienes que disculparme el no haber ido anoche. Soy tan distraído que iba para allá y en el camino me acuerdo de que me había quedado en casa. Estas distracciones frecuentes son una vergüenza y hasta me olvido de avergonzarme.

Estoy preocupado con la carta que ayer concluí y estampillé para vos; como te encontré antes de echarla al buzón tuve el aturdimiento de romperle el sobre y ponértela en el bolsillo: otra carta que por falta de dirección se habrá extraviado. Muchas de mis cartas no llegan, porque omito el sobre o las señas o el texto. Esto me trae tan fastidiado que te rogaría vinieras a leer ésta en casa.

Su objeto es explicarte que si anoche tú y Pérez Ruiz en busca de Bartolomé Galíndez no dieron con la calle Coronda, debe ser, creo, porque la han puesto presa para concluir con los asaltos que en ella se distribuían de continuo. A un español le robaron hasta la zeta, que tanto la necesitan para pronunciar la ese y aún para toser. Además, los asaltantes que prefieren esa calle por comodidad, quejéronse de que se la mantenía tan oscura que escaseaba la luz hasta para el

trabajo de ellos y se veían forzados a asaltar de día, cuando debían descansar y dormir.

De modo que la calle Coronda antes era ésa y frecuentaba ese paraje, pero ahora es otra; creo que atiende al público de 10 a 4, seis horas. Lo más del tiempo lo pasa cruzada de veredas en alguna de sus casas: quizá anoche estaba metida en la de Galíndez: ese día le tocó a Galíndez vivir en la calle.

Es por turnos y éste es el turno de que yo me calle.

Macedonio.

Descubierto por él el procedimiento ya es fácil convertirlo en truco. Sólo Macedonio no se aprovechó de su invento ni gracias a él caminó más de prisa ni más despacio. Apoyado en el marco de su puerta, bajo la filigrana de su portada vió avanzar el futuro.

Cuando en la lejana España leí sus primeros párrafos indagué en seguida su dirección y le escribí cartas admirativas y estimuladoras. Había encontrado en el panorama del mundo la nueva expresión de un pueblo, el aparente culteranismo de una tierra que vagamente conocía sólo como americana y que en la andanza del estilo de este escritor quedaba captada.

Corría el año 1927 y ya habíamos cruzado varias cartas de mágica fraternidad.

Escribía con la letra de la desesperanza porque debían haberle consagrado ya y su pelo era blanco y aún no se le había hecho justicia.

Macedonio aprovechaba antiguos papeles en que

había quedado grabada su condición de obligado juriconsulto, el lado sórdido que yo, Doctor en Derecho no he utilizado jamás, pero que en el largo éxodo de Macedonio le fué necesario utilizar como medio de vida teniendo hazañas de fiscal que quiso hacer justicia y que por no dejársela hacer hubo de dimitir.

En una de aquellas cartas venía su autobiografía que hoy sonsaco de la letra desvanecida y difícil.

Macedonio me escribía en 1927:

“Tengo 54 años; nací en Buenos Aires (ciudad máxima ya, por población, opulencia y dinámica, de la filiación latina, con 2.500.000 habitantes como continuo humano) el 1º de junio de 1874, de ascendencia, materia y potencia hispana con muchas generaciones de americano, hijo de Macedonio y de Rosa del Mazo, de 80 años hoy, descendiente probable del pintor J. B. del Mazo (de quien puedo haber heredado gran vigor visual, no uso anteojos, aunque no tengo aptitud ni discernimiento en pintura) y una de las matronas de más numerosas y profundas amistades en la Argentina. Por el sentimiento y la inteligencia, por la abnegación y las certezas de actitud práctica, ética y mística ella es mi dios visto y camarada, es perfecta, es perfecta pues no puedo inventarle nada que le añadiera virtud o belleza, y es mi opinión que toda idea sin representación (un dios no representado, una superperfección que no sabemos detallar) es un falsete de creencia. También es perfecta mi hija Helena, mis jóvenes hijos, muchos niños, muchos hombres, muchos amigos, muchas matronas

lo son; el dogma de no haber perfecciones es una hueca hablilla.

“Abogado desde los 21 años, ejercí mi amena profesión 25 años sin empleos del Estado.

“Viudo desde hace 10 años; cuatro hijos. Bienes patrimoniales de cierta importancia en la familia; individualmente casi sin bienes pero ninguna preocupación ni molestia económica desde hace dos años; antes, 30 años vividos en muy módica situación económica.

“Predilección por la metafísica, doctrina general de la ciencia, biología, psicología, problema del Arte, música (guitarra); en literatura muy atrasado de criterio y lecturas casi siempre, pero muy interesado en Estética de la Novela. Sin concepto ni gusto en pintura y escultura; algo sensible a arquitectura. He estudiado constantemente los misterios de la salud y desde ha tiempo considero a la terapéutica como una imposible esperanza antibiológica. En 15 años no he hecho medicación alguna ni prohibídome ningún alimento ni vicio; uso mucho café, mate, té y tabaco, no gusto del alcohol ni del juego, no hago ejercicios físicos ni creo en ellos. Vivo ha tiempo con salud imperfecta, variados entorpecimientos fisiológicos pero ninguna enfermedad de dos días de cama desde hace treinta y cinco años”.

Como quiero que esta biografía quede como un “pasaporte a la fama” del gran escritor que está escondido detrás de los biombos suntuosos de Buenos Aires, voy a dar su silueta física de acuerdo con otra carta recibida por mí en Madrid en 1928.

“Soy —me dijo en esa carta—, no obstante mi estatura regular y mi edad, sin peso: 53 kilos, sin grasa alguna, piel seca y fina, lo cual se debe con certeza a la enormidad de ropas de abrigo que uso y mi esquema causal en este punto es el siguiente: soy nervioso, o si no gran activo; por ello soy flaco, por esto friolento en extremo, por eso uso triple y hasta cuádruple ropa interior.

“Soy de ojos azules, frente buena y abundante cabello, cano desde los 25 años casi; en todos los restantes rasgos de rostro, muy mezquino; manos muy desairadas. Muy medroso del dolor concreto fisiológico. En cuanto a la muerte le niego toda efectividad, salvo para el amor, es decir, como separación u ocultación.

“Deseo terminar esta vida como místico”.

Como biografía que completa muchos años después ésta que fué para mí solo reproduciré una que acaba de escribir:

“Nací porteño y en un año muy 1874. Todavía no, pero muy poco después empecé a ser citado por Jorge Luis Borges, con tan poca timidez de encomios que por el terrible riesgo a que se expuso con esta vehemencia comencé a ser yo el autor de lo mejor que él había producido. Fuí un talento de facto, por arrollamiento, por usurpación de la obra de él. Qué injusticia, querido Jorge Luis, poeta del “Truco”, de “El general Quiroga va a la muerte en coche”, verdadero maestro de aquella hora.

“Así como la Psicología es la ciencia de todo lo

que se ignora del alma, mi primer libro acerca de la Vigilia y el Ensueño (no toda es vigilia la de los ojos abiertos) no contuvo de sabido sino cuáles y cuántas eran mis preguntas. En compensación, créome hoy en posesión de todas las respuestas. Pero esto no hará más buscado mi libro de preguntas. *Papeles de Recienvenido* fueron regalados todos, pero a juzgar por la gran aceptación que tuvieron es seguro que se pudo también venderlos. Conténían todos mis numerosos brindis que sumados así en una sola dosis ocasionaron atribuírseme un simpático plan de liberación arreglado a la inspiración de la terapéutica de las dosis "macizas", de boga hace unos años, que o matan o sanan.

"Naturalmente, los descritos éxitos no necesitaron más que un lapso de 30 años de silencio para que renaciera el impulso de escribir otros libros: el tomo de *Una novela que comienza* y, de pronto, antes de que se retire el público que suele ser muy confiado en los grandes anuncios de Última función, le sobrevendrán a éste CONTINUACIÓN DE LA NADA, la última novela mala (*Eterna y Dulce-Persona*) y la primer novela buena (*Adriana Buenos-Aires*), que aunque se venderán juntas y por un solo precio, clasificadas de gemelas, no serán la *Doble Novela* que según mi doctrina novelística constituye o contiene el único procedimiento por el cual puede realizarse plenamente la novela de *Belarte Conciencial* digna de la ulteriorizada conciencia contemporánea.

"En cambio de todo esto, pude prometer un silen-

cio de firme. ¿Pero qué vanidad de autor imagina sin horror el escape de liberación, la entera fe con que el público muestra que se atiene a ello?"

Con la curiosidad de esas cartas y el presentimiento de su autobiografía llegó el momento en que lo había de conocer.

Cuando llegué por primera vez hace catorce años necesité verle en seguida pues lo que más me había chocado en el nuevo mundo eran los convencionalismos y prejuicios con que tropezaba, más que en el viejo mundo quizás por los ambientes en que me había tocado vivir.

Él había estado lejos siempre de prejuicios y tópicos y por eso su literatura era tan vítrea y dejaba ver al hombre y al paisaje libres de asombros y problemas.

“¿Dónde está Macedonio? ¿Dónde?”.

Y cuando lo encontré lo hallé tal como lo esperaba, libre hasta del doctoralismo que también en mal hora vino de España y se agigantó aquí.

Nos abrazamos como antiguos amigos y encontré en él la huella de lo que había sufrido por no haber sido comprendido a lo largo de los años en esta fiesta de claridad que es Buenos Aires y que por eso amarga más al artista desoído.

Él me encontró criollo y me dijo una frase que no se me olvidará como la más halagüeña para mí: “que yo era el representante del sentido americano de España”.

Ya en su terreno me fuí enterando de cómo había vivido Macedonio en larga contemplación —habitan-

do a veces quintas desmanteladas, con muebles que no eran más que cajones vacíos.

Su bondadosa mirada que levanta todas las excomuniones, tenía la piedad del americano sin vanidad, el americano puro, que es sólo perdonador, comprensedor y cordial.

En esa hora de nuestro encuentro —tan esperado desde el año 25— ya había hecho Macedonio algunas salidas al mundo aplaudiente con la “Revista Oral” y con sus brindis únicos.

Había lanzado su *No toda es vigilia la de los ojos abiertos y Papeles de Recienvenido*, era aun leído por todos.

“Por culpa de la juventud artística de Buenos Aires, que conocí hace cuatro años —dijo él por aquellos días— estoy abismado en un problema de estética. Me desvalijaron por aquel entonces con tanta prolijidad e inmenso provecho de mi estética pasatista que hasta la fecha no he podido recuperar una ignorancia igual... Tanteando en el vacío estoy ensayando sin embargo la técnica de una nueva novela. Para construirla no quiero especular con estas “imágenes vividas” o “fuertemente pensadas” que constituyen el natural acervo romántico del lector y que invariablemente usufructúa el novelista”.

Así, en su misterio, Macedonio va preparando su *Niña de dolor, la Dulce persona de un amor que no fué conocido* y otros libros desde muy joven entrevistados. *Crítica del Dolor* (Psicología del esfuerzo o trabajo de exclusión de su acceso a la sensibilidad,

etc.). *La guitarra de un abogado* y como su obra suprema y metafísica *Ella* (Teoría de Eternidad de figura, sentir y memoria).

Pero en la obra detallada de Macedonio lo importante, su característica idealidad, lo que he dicho de él al principio y tengo que repetir varias veces a lo largo del ensayo, es su precursión, que ha sido suficiente como indicación para todos y flecha del camino. El sentido de la obra de Macedonio es de deseo de salvar el amor y la gracia de vivir a la austeridad de la muerte y para eso quiere escamotear lo concreto devolviéndolo a su inconcreción, moviéndole el innato deseo de otorgar lo descubierto a la voluntad de descubrición que palpita en estas planicies sonrientes de América que se burlan naturalmente de la conceptuosidad de los otros continentes.

Deslumbrado por el resol de la creación y de la idea, Macedonio busca subterfugios, maneras de mirar a otro lado y entretiene a lo implacable, como si distrajese así al acreedor. Por el retruco hace la carambola y eso es lo que han aprendido mejor algunos de sus discípulos.

Con la picardía respetuosa a lo divino, Macedonio se arrebujá en palabras y gana tiempo para que se "adiade" —como dicen en Portugal— la ejecución; la ventaja mayor que se puede lograr, viviendo la rogativa de miedo y valentía de Quevedo, el gran español, el más absoluto español de los españoles y el que más ha influído en Macedonio, en Oliverio, en Borges y en mí.

Basta una página del inmortal tonista —el que dió el tono del alma a la raza— para que sirva de palio a todos. Es el memorial que escribió pidiendo plaza en una Academia:

“Don Francisco de Quevedo, hijo de sus obras y padraastro de las ajenas, dice: Que habiendo llegado a su noticia las constituciones del Cabildo del Regodeo, como cofrade que ha sido y es de la Carcajada y Risa; atento a que es hombre de bien, nacido para mal, hijo de algo, pero no señor; hombre de muchas fuerzas y otras tantas flaquezas; puesto en tal estado, que, de no comer en alguno, se cae del suyo de hambre; persona que se hubiera echado a dormir, con la buena fama que tiene, si no le faltaran mantas, y que ha echado muchas veces el pecho al agua, por no tener vino; que es rico y tiene muchos juros de por vida de Dios; señor del Valle de lágrimas; que ha tenido y siempre tiene, así en la corte como fuera della, muy grandes cargos de conciencia; dando de todos muy buenas cuentas, pero no rezándolas; ordenado de corona, pero no de vida; que es de buen entendimiento y de no buena memoria; que es corto de vista, como de ventura; hombre dado al diablo, y prestado al mundo y encomendado a la carne; rasgado de ojos y de conciencia, negro de cabello y de dicha, largo de frente y de razones, quebrado de color y de piernas, blanco de cara y de todos, falto de pies y de juicio, mozo amostachado y diestro en jugar las armas, los naipes y otros juegos; y poeta sobre todo, hablando con perdón, descompuesto componedor de coplas, se-

ñalado de la mano de Dios. Por todo lo cual, y atento a sus buenos deseos, pide a vuestras mercedes (pudiéndolo hacer a la puerta de una iglesia, por cojo) le admitan en la dicha cofradía del Placer, dándole en ella alguna plaza muerta, aunque sea de hambre; que en ello recibirá merced y aun carmen, sin ser fraile”.

¡Lo españoles que revelan ser estos americanos cuando han fijado en Quevedo sus ojos de buho, ya que Quevedo no se puede decir que influya en nadie como intelectual ni como estilista, ni como nada antes que como españolazo tremebundo y tronador!

Macedonio establece esa lección racial de Quevedo en casa baja y con patios y dependencias de ancho fondo. En su recoleta estancia encuentra que lo americano, es lograr y acertar, con más solaz y haciéndose el ignorante de todo, mejores yuxtaposiciones de palabras, mejores largas al asunto de lo trascendental, consiguiendo las más agudas respuestas, haciéndose el sordo a las preguntas. Sólo escuchaba a su gran discípulo Scalabrini Ortiz.

Lo americano, sobre todo lo claramente argentino y en particular de Buenos Aires y sus alrededores, es encontrar un nuevo sesgo al viejo lenguaje —que no podrá nunca dejar de ser viejo aunque sea nuevo— y dar a la dialéctica una gracia ágil que sea su originalidad de dicha en otro sitio. Éste fué el hallazgo de Macedonio Fernández.

Hizo virar el párrafo y el concepto hacia sus fuentes de posibilidad primera y encontró el sensacional rodeo del criollo civilizado.

Tipo representativo como pocos en un medio que propende a ser doctoral —lo más “standard” transplantado y desarrollado hasta el énfasis— Macedonio da su ironía de no creer en lo que viene abultado de siglos en su mentira y contradice —eso es lo mundo nuevo— esas doctrinas superengañosas, con sus sencillas y adánicas doctrinas de emoción, amor y buena muerte.

Eso que sucedía después de muchos años de retórica inútil e imitativa y que debió suceder al encararse con el castellano el primer argentino dueño de su alma peculiar, dejó sentado el ritmo de lo que va hacia caminos inesperados y viene y va como poseyendo el secreto nítido de lo que habiendo sido claro algún día no ha vuelto a ser claro hasta hoy.

¡Lo que hubiera escrito Macedonio Fernández si desde el principio cierto público le hubiese aseverado que estaba en lo cierto! Pero él se ha pasado cuarenta años viendo pasar al tiempo incomprensivo y partidario de la oratoria.

Esa parsimonia, ese encuentro de caminos trasversales y laberínticos en la gruta submarina del habla y de lo que se puede decir con ella, es el arte de Macedonio Fernández tan puramente criollo.

Frente a los brindis exuberantes y firuleteados del pasado, Macedonio es el inventor de los brindis sobrios, mates, remartillados y guasones —con guasa ontológica.

Fué él quien primero que nadie no creyó que en un banquete había que lucir la elocuencia tropical, en

primer lugar porque la Argentina no es tropical y por lo tanto necesita la buena y sutil controversia y disquisición de la payada.

Esa condición de prósbita del hombre que mira lejanos horizontes, que no ve lo cercano y sin embargo ve la voluta de lo lejano, la veta de la calígine que serpentea sobre la loma de lo remoto, la incertidumbre entre irse al pasado o irse al porvenir de la idea, que es su primera duda hasta optar por el presente, es la condición de Macedonio.

Él pone todos los reparos y sigue todos los vericuetos y abre con su llavero puertas de delante y puertas de atrás y quisiera que todo se resolviese en el cuarto que no existe, en un escotillón en que se puede ser un rato inmortal y hay asiento para sonreír y para sorber un mate de inmortalidad con sabor a paja mojada por la tormenta.

Todos sus libros y sus trabajos sueltos —hasta los papeles que pierde al venir en *sulky* de la estancia a la ciudad— están llenos de celos de la realidad, de un haber estado y querer creer y hacer creer que no se ha estado, liberación del alma concedida al argentino por unos paisajes que vivían a gusto de estar solos, de estar indescubiertos, como no queriendo saber de nada sino de una vaga y dulce sospecha de no haber existido. En realidad el argentino es nativamente el hombre para tomar las cosas menos en serio que nadie y son los importadores los que le han dado ese falso atuendo de tomarlo todo demasiado en serio. Gravedad y profunda ironía son los dones del hombre de

acá parado en el marco de su puerta de casa frente a la pampa.

Esa ingenuidad sería de los problemas que hay en Macedonio Fernández —como la había en Silverio Lanza— es el máximo a que puede llegar un escritor para mi simpatía. Ni mayor perfección ni mayor sabiduría.

Macedonio es el gran hijo primero del laberinto espiritual que se ha armado en América y hace metafísica sosteniéndola con arbotantes de humorismo, toda una nueva arquitectura de metafísica que, como se sabe, sólo es arquitectura hacia el cielo.

Es el representante del pueblo manso y bonancible y no engañó con pedagogías a la inconsciencia, sino que la superó por encima de la lógica cansina tan chabacana por lo simple y por lo sin sorpresas que es.

Lo americano en esta latitud es lo sinuoso en la suposición.

Frente a los maestros en el disimulo y los maestros fuleros, el criollo sin dejar de llamarles maestros les tiene preparado un golpe de furca sin violencia, guasón y desobediente.

América mira con chunga a los que vienen a dominarla sin saber que ella es indomitable. Ella lo recibe todo como si llegase en trance de contrición, como yendo a morir lo que fué para ser otra cosa, dando aquí sus últimas boqueadas de lo que era.

¡Que no se hagan ilusiones los conferenciantes!
¡América es despectiva y porvenirista!

Por eso Macedonio ante el engañoso “propalador”

—los hay también que no son engañosos y conste que no me cuento entre estos excepcionales conferenciantes puesto que yo soy engañador y medio, salvándome ese medio más que me hace volver casi a la verdad— Macedonio opone su actitud de sedante y sedente cazarro filosófico, pero no en el salón de la conferencia sino en el salón de su casa gozosa de estar llena del puro aire de Buenos Aires.

Recibe las cosas del pasado destiempándolas, poniendo delante de él lo que pasó detrás. Así un día descubre ante la ruleta de Mar del Plata que si el azar no se puede prever se le puede corregir como a un clico mal educado. El secreto es ir modificando las puestas hasta encontrar en las *chances* desfavorables la posibilidad de perder menos que en las otras. “La combinación no era mala —dice Macedonio— pero figúrese cuál no sería mi sorpresa al descubrir un día que ¡doscientos años antes ya me la había plagiado D’Alembert!”

Ingenuo de arte y viejo, ahora que yo convivo los días de la gran patria Argentina comprendo mejor el martirio y la orfandad que ha tenido que sufrir en los caminos de soledad espiritual de su persistencia. El que todo sea grande, clarividente y prolífico alrededor hace que el artista sufra más que en ninguna parte su abandono.

Admiro en él la suprema prudencia argentina y la indolencia que es la respuesta de lo escondido a lo que exige demasiada presentación pública.

Vive las disquisiciones que inmortalizan el alma con

sus sutilezas, adurmiendo al tiempo, pues si en América se acuesta el sol también se acuesta el tiempo y se le pueden hacer rasonadas mientras duerme. Macedonio ha dicho en su vigilia observadora de la verdad: "La realidad trabaja en abierto misterio".

Es un verdadero grande hombre americano, inefable, superior, con su larga vida de payador de silencios, sin haberse acercado a los concursos, superior a todo doctor —sin necesidad de apiadar la melifluidad de algunos reporteros que sólo buscan viejos inútiles y postrados—, paralelo de Platón en el páramo florido de la ciudad más nueva del mundo.

Feliz él que pudo vivir disculpándose de no asistir a las ceremonias inútiles, mirándolo todo a través de sus ojos color de horizonte, siempre entre lo auténtico y lo inmortal, masticando en los momentos célebres ese dicho tan americano, de "habla tú por mí ya que tienes la boca abierta".

Se ha dado cuenta en su antifilosofismo que "sólo es belarte aquella obra de la inteligencia que propaga no un tópico o faz de la conciencia, sino la conmoción de la certeza del ser de la conciencia en un todo y que para eso no se valga del raciocinio".

El americano es metafísico y quiere decir lo inaudito sin que crea que por eso hay que ir contra la civilización.

América, por esa ansiedad mayor, se ve que es la que va a emprender la burla de la filosofía, gracias a un sistema de teorización veloz, remontado y genial. Macedonio ya inicia esa burla destructora y vengativa

y por eso él cree haber encontrado que sin doctrinas, explicaciones y principalmente sin raciocinios, puede crearse al momento la nada intelectual por la Humorística conceptual o Ilógica de Arte.

Los brindis de Macedonio son célebres; en ellos se excusa y no se excusa, y dice y no dice: así el dedicado a Ricardo Güiraldes, que acaba con un "se continuará", así el dedicado a Figari y a Norah Lange y a Gerardo Diego, cuyo comienzo es del mejor estilo:

"Es tan poco lo que tengo que decir, señores, que temo me tome mucho tiempo el encontrar en un brindis tan estrecho un lugarcito donde situarle el fin. Si la nerviosidad de una improvisación (sacada del bolsillo) y lo breve que es me imposibilitaran hallar un lugar de final en mitad u otro punto de ella, será con gran pena que me verá continuándolo indefinidamente y postergando para mí eternamente el goce de los aplausos que tan espontáneos se reservan para la conclusión, si la concurrencia no ha concluído antes. Sin embargo, pongo a disposición de las personas que deseen conocer esta corta oración los borradores terminados de ella. Y todo lo que termina es breve, como averiguó Shakespeare".

Así en el "brindis inasistente" al doctor Cordero y que comienza con la gracia y la incongruencia, en serie, de todos:

"Comida sin discursos, sin oradores, el gentil amigo Dr. Cordero imaginará cuánto debe gustarme esa tan decretada e imposible cesantía de la alocución. De un banquete sin brindis no quisiera perder ninguno,

haría por llegar antes del último que, por lo muy precedido, da tiempo de no nacer a las tardanzas —luego del cual es indudable que el banquete sin brindis comienza.”

Siempre resultaba Macedonio un escamoteador que en definitiva no pudo escamotearse.

“Distinguido literato: ha de tener usted a bien explicarse mi personal inasistencia a su banquete por el hecho de que un amigo al que rogué faltar por mí no supo desempeñarse y tuve que hacerlo yo mismo.”

Profundo aventurero de la vida y de la experiencia, sirve más su teoría política que la de los profesionales de la teorización. Oigamos por eso su posición frente al problema social.

“La propiedad, el capitalismo, es una buena transacción práctica, no es una ética. Pero tampoco es práctica si no es condicionada por la fecundidad y por la conciencia en el aleatorio capitalista de que se respeta su vocación directiva y su mucha buena suerte a condición de que dé y sepa dar inteligente, restituir al trajador directo; el rico debe saber —muchos ricos lo comprenden bien— que se le consiente, sólo porque vigilar burocráticamente la ética de la apropiación, de los salarios y de los intercambios sería más empobrecedor. Así entendido, la civilización económica social actual tiene la gracia de ser una aleatoria sociedad de *buenos perdedores* sin rezongos ni proliferación de utopías y que antes de estas dos guerras llevó la humanidad a mayor riqueza a pesar de desniveles individuales patrimoniales más fuertes. Todo paso que dé

la humanidad para alejarse de ese gran tipo social dadivoso y sin envidias y sin *avaros* —repugnante tipo de las sociedades aldeanas— será causa de grandes sufrimientos de los hombres futuros”.

Juega con personajes extraños y encantadores, con “Deunamor”, con “Quizagenio” y con la “Dulce Persona de un amor que no fué sabido.”

Esa teoría suya de que el mundo es de inspiración tantálica y que explaya en su hermoso y misterioso trabajo titulado *Tantalia*, revela la angustia y rebeldía del hombre del *otro mundo* y su vago deseo de atormentar, de ser atormentado, de cometer crimen, que hay en lo puramente americano y que está ya en Maldoror, un sentimiento extraño, blasfematorio, cansado, irreverente, parricida, que muere en la gran bondad española que lleva como brújula el alma criolla.

No reaccionó a la grandeza civilizada con inquina y con ingratitud sino con la sutileza del estilo acabado que no se debe sino a los grandes, oponiendo como filtro de la pureza redimida de América su suave sonrisa, su “me dirás pero no me pillarás”, su más correcta bromística frente al timo de lo llegado a los puertos; las olas bravas y embravecidas acabando en la playa americana como sonrisa de espuma. Por eso hemos encontrado en él la réplica nueva, el civilizado libre, el payador en persona que contesta con graciosa cachaza a todo lo conceptuoso.

Capitán de su barco y de su carro pampeano, Macedonio sabe que todo sólo tendrá explicaciones por lo

español, que sólo buceando en ese tesoro de ciencia vital que es tanto del americano como del español, se logra que no quede dentro de los cuerpos un alma confusa y absolutamente desorientada.

Macedonio ha comprendido esto como nadie, sin reserva ninguna, conectado con todo lo clásico para hallar desde el gaucho, a la guitarra y al alfajor.

Macedonio es el que ya no es un escritor romántico más en la lista que completan con igual grado españoles y americanos, sino el primer torcedor del estilo, con esa gracia en la torcedura que crea un nuevo estilo arquitectónico, y además es el primero que tiene esa risa de no estar en el mundo, esa risa como la que pudiera haber habido antes de llegar Cristóbal Colón.

Humorista trascendental, se pone gafas ahumadas para tomar la sopa —así siempre tendrá sustancia, aunque él dice que lo hace para no sufrir los reflejos de los platos— ha inventado la palabra Belarte para invalidar la doble y rancia de Bellas Artes y no cree que el órgano sea un instrumento de armonía musical y a la ópera la cree “música en toneladas”.

Como buen americano de esta latitud, le divierte lo que comienza y no acaba, la broma macabra del no suceder —por eso esas novelas suyas que no son más que prólogos—, siendo una cosa muy representativa de este género ese conferenciante que en la Radio de Buenos Aires se hizo célebre porque quería comenzar una conferencia durante noches y noches y sus colaboradores cómicos nunca se la dejaron concluir.

Macedonio quiere crear y ser el personaje de la

ausencia absoluta. A eso le está dando vueltas desde el principio.

Quiere dar al lector “el susto de la inexistencia”—de él y de su personaje— y eso le salvará del susto de la muerte que sólo atenaza duramente a los que se creyeron más existentes y personajes.

Quiere no ser nadie ni nada. Adelantarse a la desaparición y gozar en el momento consciente lo que ha de ser eterno: el ausentismo.

Ha dado así una dramaticidad especial al miedo de no ser y a la timidez de vivir creando “el hombre que fingía vivir”. Él ha descubierto parte de su secreto con estas palabras: “Dentro de la metafísica del autor (Ostensibilismo Inexistencialista) sólo la crítica de la noción-impresión nula, vacía, de *existencia*, liberta (justificadamente) de la hipótesis sólo verbal, irrepresentable, pero desalante, intimidante del Aniquilamiento”.

Ha conseguido la simple y divina genialidad de escurrirse por la vida, pasando delicadamente el puente que va de la inmortalidad de que viene a la inmortalidad a que va. De ahí que su personaje más querido sea Nec (No-Existente-Caballero).

Por eso sólo escribe la carta que no se manda, el brindis de quien no fué y el libro que no se escribió.

Lo que más teme es que el lector le exija tres tomos de 300 páginas, porque como él dice:

“El libro es la más frágil, desentonable, irritable, fatigosísima de hacer pieza de martirio destinada quizás siempre a la frustración, a descontentar, pues su

valer y virtud ha de emular con un valor máximo y descansado, el del Silencio, que no tiene compromiso alguno con lo más difícil, desviable y precioso: el Tono, la involuntaria "verdad de persona" que nos publica en el libro".

Va comprendiendo que el gran hombre ha hecho un poco el primo al entregar a la humanidad demasiado alimento de Arte, con un terrible sacrificio siempre impagado en vida y él guarda para su intimidad el recreo de su espíritu y escamotea y escatima su obra a propósito.

Pero su éxito es esa inhibición lograda y no lograda, como gran entrada y gran salida del clown que disculpándose y haciendo y no haciendo consigue la más grande de las ovaciones que escuchó un artista.

Él con verdadera modestia se pregunta: "De los tres aplausos que hay: el de llamar al "mozo", el de espantar gallinas de un jardín y el de cazar una polilla a vuelo; ¿cuál será para esta novela?"

Su obra no es muy caudalosa ni lo será, porque en el nirvanático criollo la siesta es lo supremo y toda la vida se la pasa sesteando.

A propósito de esto, es admirable su ensayo sobre la siesta, *fiesta de la intelección*, que él define así:

"La siesta: dormir del perfil, es decir, dormir de lo individual, es el hecho mayor de las Cosas, el mayor dato de la inteligibilidad. Nos dice: "Ahora sé tú el deslumbrado que ve". En otra hora lo real y la inteligencia se son extraños."

Macedonio cree que la intelección prospera en la

siesta y no en la noche y eso me hace pensar que América no es nocturna sino diurna, así como todo lo bueno y genial europeo es nocturno.

Es admirable la concepción de la siesta que él llama "la sin estrellas noche de la Reverberación Siestal" y la ve en "Discusión con los noes totales del silencio" y hasta supone "el gallo insomne en la Noche de la Siesta".

En el trato con él y con sus amigos me he ido enterando a través de los años de cosas y cosillas que pueden completar esta biografía.

Son sus misterios a través del tiempo, su historia llevada en retazos por las ráfagas del viento.

Aquella su juventud inquietante, cuando el compañero muy inteligente le presentaba a su novia con palabras parecidas a éstas: "Aquí tienes a mi compañero de facultad, que es el más gran talento de todos, el que se salvará y triunfará de toda nuestra generación."

La novia de esta anécdota que me recordaba la escena, me dijo que Macedonio con la cabeza baja, no respondió nada, como si meditara abrumado por aquella responsabilidad, pero al cabo de un rato habló y dijo:

—¿Me quiere usted decir señorita, cuánto se tardará en digerir unas uvas pasas?

En esa época, al acabar su carrera sin sacar su título, se va al Paraguay con otros tres amigos para vivir en plena verdad de la naturaleza la utopía suprema y se llevan provisiones para mucho tiempo, pero a los tres meses vuelven defraudados.

Pone chapa en el portal de su casa y aparece en su consulta de abogado un norteamericano, que al quererle hacer depositario de una gran cantidad de dinero, encontró su resistencia y eso le encareció la fe en él y desde entonces le encargó sus asuntos y fué muy generoso, porque, como Macedonio decía al contarme ese suceso: “lo interesante es tener picardía y resolución para averiguar si se puede confiar en tal o cual abogado”.

Como Macedonio tiene la malicia y el misterio del rey de los linyeras —la única manera de afrontar una sociedad indiferente—, se pierde varias veces en medio del bosque de la vida y vive en pensiones absurdas y una larga temporada en una habitación adjunta a una juguetería de barrio, como un Diógenes que sólo pidiera que no le quiten el sol. Allí disfrutó el vivir en reflexión perpetua y tenía una sartén colgada de un clavo como si fuese una guitarra y dos veces al día sacaba su sartén, prendía un hornillo, se hacía unos huevos con papas, la limpiaba y volvía a colgarla sin más inquietudes.

Macedonio que es el argentino que ha dado con el estilo propio de la pampa, con el arabesco porteñizado, vive la angustia pavorosa de América —esa angustia que se mezcla a una gozosidad extraña—, sumergiéndose y volviendo a salir del mar de tierra.

—¡Macedonio! ¡Macedonio! —le llamo yo en el acantilado costero.

Macedonio a veces responde y consiente en que nos veamos.

Cuando la guerra española, me dijo:

—Nunca ha estado más desprestigiada la muerte.

Después añadió, hablando de una patología de la conciencia espectadora del esfuerzo de conflicto ético, con su gran concepto de España:

—España no es espectadora nunca... No quiere ser espectadora. Por eso como presentía el espectáculo de la guerra mundial, el mundo dividido en bandos, se adelantó... Su eticidad no consintió ser espectadora por más tiempo... Dirimió una contienda ética. Ninguna conciencia y máxime la española, sobrevive a una prolongada situación de espectadora inerte de un pleito ético.

Hizo una pausa y continuó:

—Nosotros somos espectadores, y por eso América es el continente banal... Actuar en la vida sólo como espectadores —muy pocos como lectores— no trae más que consecuencias baladíes y por eso esta apetencia de aquí por los *cabarets* y el alcohol... El estado de banalidad trae hasta la apetencia de la muerte y eso hace que aquí suelen decir del que se ha muerto: Ése ya se libró..." Por eso no hay proporcionalidad en los suicidas que se destacan en mi memoria, entre sus comodidades y su suicidio.

Macedonio cuando emprende un camino divagatorio no para y por eso siguió diciendo:

—Eso mismo hace que sea un crimen dejar que los niños vean jugar a la pelota... Deben jugar ellos mismos...

El enigma de Macedonio, su interpretación de la

vida como santero que vive en los pueblos próximos —el verdadero filósofo de este pueblo que no tiene por qué estar siempre en la amanerada Universidad—, tiene mayor gravedad cuanto más se complica y se ahonda su retrato.

Tiene todo el derecho a ser oráculo de lo que aún no ha tenido oráculo terrígeno, porque ha sufrido abandono absoluto en este mundo tan desolado para el escritor raro y porque él ha insistido con fe asombrosa, sin que le hayan pagado nunca nada por sus trabajos —si pagan puede uno vivir tan poco y tan ahogado que es preferible buscar el milagro por otros lados— y además porque su vocación es la *Explicación* (Estética, metafísica, biológica).

Va más allá de todos los caleólogos y de todos los retóricos y por eso él llama *Culinaria* al arte sensorial. ¡Qué gran lección la suya cuando contrapone a la literatura seria y de *Pasión* la humorística y dice con regla de oro: “la humorística debe ser puramente sorpresa intelectual y no caso cómico de la vida”!

Es así cuando dice esas cosas, una especie de Martín Fierro de la Estética, con esos atisbos cumbres de aquél que dijo:

El tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir.

De esa vida real y singular viene la irrealidad tranquila de Macedonio. Haciendo ejercicios de franciscanismo, Macedonio entró en una especie de apatía

sublimada, que después, con más fortuna, no ha hecho más que crecer como una enredadera.

Los que le iban a visitar en aquella época le encontraban encapuchado con una bufanda amarilla, y sobre ella, encasquetada una galera. Tocaba la guitarra —en la que es maestro místico— y de vez en cuando encendía tres cerillas y se calentaba el estómago, cosa que según él le daba un gran resultado.

Tenía debajo de la cama una maleta de alfajores que ofrecía a sus visitantes, pero un día que notó que éstos abusaban de su invitación, salió con estas palabras:

—Dicen por ahí que se han colmado cementerios con comedores de alfajores.

Parece ser que en aquella etapa de su vida tuvo amores con una señora que había matado a su marido con un tenedor. Parecía feliz con ella, pero un día la abandonó.

Un amigo le preguntó entonces: —¿Por qué hiciste eso?

Macedonio contestó con llaneza:

—Porque al verla mondar una manzana pensé súbitamente que a mí me iba a tocar padecer el cuchillo.

“No me mates con cuchillo,
mátame con tenedor.”

Embrollo así en detalles macabrosos la vida de Macedonio, para que quede puntuada la veracidad vi-

tal de este hombre, que después creará que la vida es sueño y vivirá en plena vaguedad incorpórea.

Necesitó toda esa vida de aventura y pobreza, después de haber despilfarrado una fortuna, para entrar en su segunda y definitiva riqueza, cuando se disfraza de hombre tímido y anciano.

En esa segunda parte de su vida que imita que es la tercera, es un cómico que simula la dulce senectud. Es la dulzura a que le lleva su experiencia. Pone así en práctica ese deseo tan americano en estas latitudes de ser tratado como viejo y que hace que la madre llame al niño en pañales *mi viejito*.

Por esa afición a decir “¡Mi viejito!” al niño, Macedonio que era un hombre serio desde la niñez y que por lo tanto tomaba las cosas tal como venían, se dió a ser “viejito” desde su primera edad y su sonajero fué Pascal, dominado y zarandeado con su alegría de niño.

¿Cuánto tiempo lleva este joven de ojos azules e infantiles haciendo de viejo? ¿Quizás más de sesenta años? No se sabe. El caso es que se acogió desde muy temprano a esa jubilación que admite ya la vanidad de las pasiones y que permite una vida suave y condescendiente mientras se toman interminables mates.

En la pristinidad del suelo americano, el hombre descansado en vejez cree que va a ser más viejo que la casa que habita —estilo colonial— y trata a la casa como a una jovencita que no le podrá alcanzar y que sin embargo le secunda para que se apoye en sus muros

y columnas. No sale a la calle por gozar más de esa inmortal unión de hombre y casa.

Propende a la desidia sana y por eso estaba en América la ideal Jauja. De ahí que sea un crimen contra este hermoso mundo la idea de la superpoblación.

Macedonio Fernández responde a la verdad del paisaje y se vuelve contra el poblado excesivo que va contra la juventud y adolescencia que goza aquí la Historia.

El hombre de los ponchitos, las estolas, los *talets* y las echarpes, vive dulce vida junto a su fallecida madre y su fallecida esposa doña Elena de Obieta.

Así pasan los años hasta que después de la viudez y la orfandad absoluta, de nuevo enamorado de la Eterna, última señora de su vida, ya tiene su arte resumido en el alma y en los libros.

He estado mucho con él, he leído sus cartas y sus páginas escogidas y hasta he asistido a la boda de su bella hija, aquel día en que Macedonio no llegaba a la iglesia en medio de la impaciencia general.

El año 1939 había sonado con sus mil novecientas treinta y nueve campanadas y en un día de su mes de julio recibí un libro con el título de *Destino de Llorarte* y que firmaba un Adolfo Fernández de Obieta.

Primero hubo una gran confusión sobre quién pudiera ser ese Adolfo. En las primeras páginas había un laberinto.

El libro estaba dedicado "A mis hermanos Macedonio, Elena y Jorge", y a la cabeza de la poesía pri-

mera dedicada por Macedonio —después vi que no era el Macedonio de los tres hermanos— a su madre Rosa del Mazo, había dos líneas que decían en enigma:

Muertes son dos
Que a cinco unen.

Después venía otra poesía firmada por Macedonio —otra vez no el hermano sino el padre—, con este título con voz de muerta:

MUERTA MIMOSA TUYA QUIERO SER
ELENA BELLAMUERTE

y después por fin venían las poesías del Adolfo a su madre.

Salí del laberinto por donde había entrado, por las dedicatorias. Una decía con la firma de Adolfo Fernández de Obieta:

“A Don R. G. S., al que ha creado la máxima tentación, la de sustituir este mundo por uno remediante que él tiene construido y dado, con todo lo que pidieron hasta hoy las quejas mundanales”.

En otra aparecía escrito con la firma de Macedonio Fernández, secundada por un paréntesis que decía: (El metafísico del Mundo como *No-Ser*), lo siguiente:

“A. R. G. S.

Al mayor realista del Mundo como no es”.

Ya estaba aclarado, el caso era un caso de maravilla, pues el poeta Macedonio Fernández, mi antiguo

amigo, aparecía del brazo de un gran poeta que sólo podía ser hijo suyo y que en el introito de su libro le había permitido recordar primero a su madre —la abuela del nuevo poeta—, y después a su esposa, la madre de todo el libro, “Elena Bellamuerte”.

La biografía de Macedonio se enriquecía, pues, con este libro, dedicado a una madre que apenas conoció el hijo, porque murió cuando era muy niño. He leído muchas veces este libro que está lleno de aniversarios, de retratos —en uno vestida de “República”—, de cintas, de morires y de muchos no haber muerto y cada vez lo encuentro más admirable.

No puede faltar en la biografía del poeta padre una poesía del poeta hijo. Sea la titulada *En tu cumpleaños*, por ser la más breve:

Madre, hoy cumples años.

¿Sonríes? ¡Claro! Ya sé que eres eterna, sin principio ni fin,
Y es sólo mi palabra una voz de la tierra.

Hoy cumplirías años. Sin ver tus ojos, sin tu voz ¿cuántos?

¿Acaso te besaría, ajado el rostro, el cuerpo débil,
Cano el cabello, caída la cabeza?

Cuando fuera a despertarte, con una flor y un beso

¿Advertiría los surcos por los que han descendido

Los días y los años?

¡No! para mí sería tu faz, la de mi infancia,

La primera y la única,

Cuando deletreé tu nombre.

Porque no hay vejez a las miradas

De los que se amaron sin entristecimientos.

¡Ay! ahora recuerdo, entonces tampoco cumplías años.

El día de hoy era tan sólo

El de más besos.

Macedonio Fernández, agrandado en su misterio y su criollismo por su hijo, que a la vez prueba como nada, en un más allá de la raíz a flote, la ascendencia puramente castellana de su alma y de su estilo de milagro, ha quedado después de esa aparición más metido en su butaca presidencial, más metido en la estancia, que apenas se sabe entre qué caminos y tranqueras está.

Vuelve a estar identificado en Macedonio otra vez lo que es verdaderamente América y no de boquilla o sólo por suposición.

Hay que ver para eso —para comprender bien la autenticidad— cómo retruca en la larga perspectiva de la civilización —sin negarla, que eso es vil— las palabras que llegan atónitas a él, como billarista de continentes que hace su carambola tomando los mares por bandas de su billar. Notó Macedonio con sagacidad que empujándolas cuando traen el paso quedo de bolas perfectas, elásticas y esféricas, pareciendo que van a morir en su marcha, basta un breve empuje para que cobren un significado rediviviente y compongan sus jugadas de viejos y nuevos siglos.

Homero sin ceguera y lleno de proverbios, juega también a los chistes y él me ha dicho con gran modestia: “Sé que no valgo ni quedaré, salvo por algún chiste muy estudiado que resultó”.

Él obra en su alegría seriamente y no incurre en ese grave pecado de otros que es la puerilidad —más fatal que voluntaria— pues lo que disuelve todo arte, toda comparanza y toda pretensión es *la puerilidad* (la viejería que se hace la inocente es otra cosa). —Si, está bien... Pero tiene un fondo pueril y lo pueril —que no tiene nada que ver con las feminidades de la mujer— no es Arte de siglos ni aun de menores lejanías...

Desde luego, como Quevedo quedará también por sus chistes soberbios de delirio americano como cuando se supone intendente y dice:

“Como intendente tuve la visión de la supresión edilicia de las esquinas, con lo que concluyó la plaga política que se apoya en las paredes. Extirpación tan completa constriñó a las niñas a dar vueltas a la manzana, en el balcón únicamente, a vista de sus padres. Doté de dos veredas de enfrente y de rumbo Norte-Sud que es el más vistoso, a todas las calles” o como cuando dice a un amigo que le diga a Luis Alberto Sánchez que tan admirable prólogo ha hecho a su libro *Una novela que comienza*: “Decile a Sánchez que hay un nuevo problema obrero: los desocupados de Puerto Nuevo han presentado un pliego perentorio exigiendo aumento de horas de trabajo. ¿Qué haremos los laboristas?” o como cuando afirma que: “Hay peluqueros que usan la conversación con raya al medio y alcanza para dos clientes a la vez”.

Entre sus últimas cosas, no coleccionadas en libro, hay una breve que llega como ninguna a la trascendentalidad del chiste:

“PROSA DE MAREO”

“Qué extraño me pareció que yo, Luciano, que era desde quince días el mucamo de faenas varias pero la más activa la de acudir a atender o a abrir la puerta a quien llamara, al volver esta noche de domingo de mi primer salida quincenal de la casa, de la que como digo era el mucamo porteril, retornando de la alegre comida con la familia de mis parientes, siempre abundante, cordial, animada y de buen vino, cosechado en la casa, sin adulteraciones, que por esto nunca mareo, lo aseguro, todo bien en suma lo de aquellos domingos con mis parientes; qué extraño me pareció que en aquella casa donde Luciano atendía única y prontamente a la puerta, se tardara tanto, hasta un tercer campanillazo, para ver venir desde el fondo una figura de paso lento y que ahora veo de cerca que no es Luciano.

¿Por qué no era Luciano el que me abría, aunque tardando tanto, cosa impropia de él? Comprendo perfectamente cómo era que a Luciano le abrían la puerta, pero ¿por qué sólo a mí no se la abría Luciano? No soy terco; me conformo pronto; no soy discuti-dor, aunque me gusta tener razón y me tomo trabajo para demostrar que yo tengo razón. Yo comprendo que era Luciano a quien le abrían la puerta por la razón de que ya se sabe que había salido y tenía que volver, pero ¿por qué a grandes y chicos, a señores y

humildes siempre era Luciano quien les abría la puerta, y no a mí, ahora?

¿Los compañeros del servicio de la casa se habían combinado para contrariarme, o alguno de ellos porque suele quedar resentido a causa de que le discuto siempre cuando yo tengo razón? También en casa de mis parientes me parece que las muchachas alguna vez hallan divertirse conmigo, pero si me encuentran algo que les divierte es sin menosprecio y pronto vuelven a respetarme. Ahora aquí ya es ofensa; la persona a quien se confía abrir la puerta no me la mandan, sino una cualquiera: estoy seguro de que Luciano mañana no les dejará pasar esto de reemplazarlo por otro para atender a la puerta. Me conformo, pues, y sigo a la mucama Luisa caminando tras ella después de cerrar yo, Luciano, la puerta”.

Y en medio de todas estas eutrapelias su lección va hacia la muerte que considera como inexistente, pero que es lumbrarada de sus elucubraciones y yo he visto su última cátedra —un panteón estilo Academia de Pitágoras— en la Recoleta y en cuyo frontis está escrito su mismo nombre —el de su padre muerto y también con nombre de Macedonio— visto al pasar un día en que íbamos a la tumba de otro amigo, observando yo que Adolfo sacando una rosa que llevaba en el bolsillo la dejó prendida en el candado de la puerta como si el candado fuese una alegoría del corazón de su madre, de Elena Bellamuerte, allí yacente.

Espíritu creador entre muchos espíritus imitado-

res y estériles, sirvió para que muchos se comunicaran a través de él con el polen reavivante.

Ha tenido el asombro y la soledad del hombre de espíritu en esta tierra pródiga de horizontes e interrogaciones.

¡Se borrarán muchos nombres de la riqueza y del pormayorismo pero el nombre de Macedonio Fernández no se podrá borrar nunca porque fué el precursor de las más finas disuaciones ante el excederse de las cosas y de los hombres!

Frente a tantos hombres empajados que pasan a nuestro lado —y de los que sólo quedará su cubierta de plumas— Macedonio quedará porque no está hecho de vano plumaje y no se ha dejado llevar por los tópicos ni por los engaños verdes de la naturaleza.

Él sólo se llama con modestia no desprovista de guasa “Artista de Buenos Aires” y nunca ha tomado parte en esa vida pública que cada vez va siendo más y más un torneo de vanidades.

Escondida flor de raza —la auténtica raza americana— está siempre oculto como esas orquídeas únicas que buscan los cazadores de orquídeas en lo alto de los árboles de las selvas o de las cúspides misteriosas. Está escondido, se dice que está escondido y lo más sorprendente es que en el mundo de los éxitos momentáneos y esnobísticos sigue escondido. ¡Prodigio envidiable de su destino!

Pero algún día se le buscará y con esmerada atención se gozará de su sutileza que fué el primer ojo de agua del estilo socarrón y manumitido del nuevo mun-

do sin torniquete rural y sin reminiscencias de ninguna moda.

La primer sorna argentina auténtica —sin misoginia ni pequeña xenofobia— que mereció el convencional empaque de lo amanerado y resobado durante siglos, la tuvo Macedonio tomando su bien cebado mate a la puerta de su casa.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

SALVEDAD

Ni ésta, pasajera, ni una eterna obra literaria, ni un autor común ni uno privilegiado de inmortalidad, pueden atribuírse audiencia en la tensión noble de esta hora mayor de la humanidad. Con escalofrío tendría que mirar un autor consciente el desaire del andar aparecido de un libro suyo por entre la desatención suprema de una humanidad en única ennoblecida contención.

De una edición de sólo doscientos ejemplares ésta es esencialmente una segunda, después de casi quince años de aquélla y de prometida ésta.

Para que su manuscrito yacente en un armario no moleste mis pocas energías mentales, que dedico a la pulsación actual de lo humano, lo saco de cerca de mí; todo nos gasta a los ancianos.

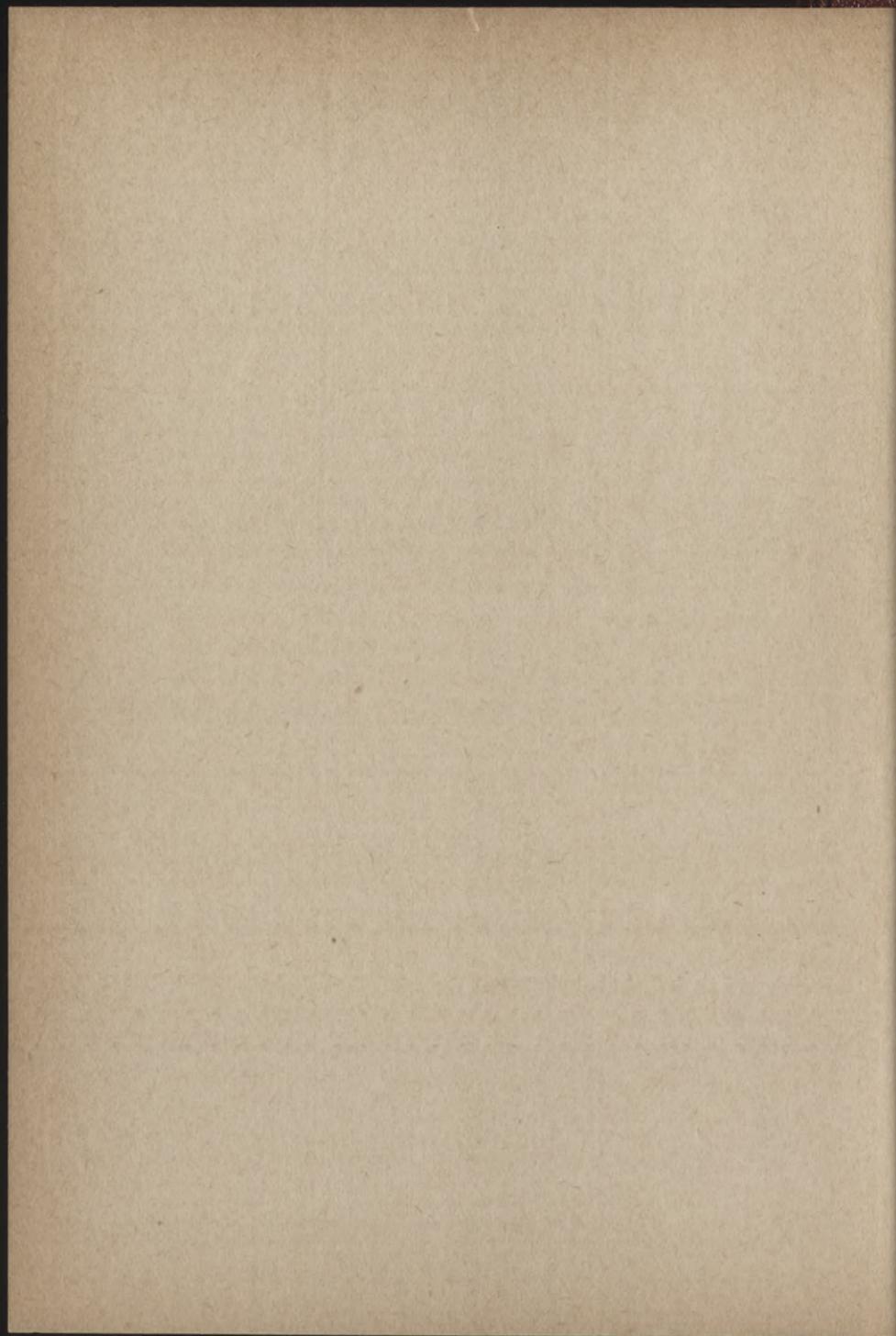
Creo que salvo pocos renglones felices no apporto novedad en la humorística que había estudiado tanto. Que el lector, condolido, a mí personalmente me perdone lo que, juzgante, no perdonará al libro.

Si muchos miedos, y una constante imposición del Misterio hacen humorista, nadie escribirá más alegremente, hará más optimistas que yo.

M. F.

I

PAPELES DE RECIENVENIDO



EL RECIENVENIDO

(FRAGMENTO)

¡FUE tan fortísimo el golpe que no hay memoria en la localidad de que en los últimos cuarenta años se haya registrado temperatura tan elevada en la región golpeada! (Otra cosa que los más ancianos del país no recuerdan es que yo haya sido visto con dinero algún día en ese mismo intervalo; pero eso lo diré más adelante, cuando otro hecho excepcional requiera el énfasis de una referencia a cosa no acaecida en cuarenta años. Esos intervalos de 40 años tan cómodos se encuentran en cualquier localidad, a menos que hayan sido recientemente atropellados por una locomotora y que todavía el ayuntamiento local no haya iniciado su reconstrucción. Es muy conveniente que una vez registrado un terremoto y puestos hacia afuera sus bolsillos, se le coloque en el departamento contiguo al de intervalos de 40 años y al de las temperaturas más revisadas y registradas, y que estos tres locales estén siempre a la izquierda y a breve distan-

cia de la Estación del tren, que es el lugar donde se elevan las tarifas, con amplia facilidad para descarrilamientos a la derecha. Un poco más allá... Todo viajero que no se haya quedado en su casa debe saber distinguir el lugar denominado un poco-más-allá, sin lo cual andaría tan extraviado como si no hubiera leído nunca —lo que no puedo creer— mi discreta obra “La Guía del Cojo en el Camino Recto de la Vida”.

Soy de un temperamento tan instructivo que no puedo dejar de informaros que todos los pueblos existentes —los inexistentes son malsanos— deben tener una estatua del inventor de los lados derecho e izquierdo y los de revés y anverso, distinción ésta que sólo los agujeros escurren. No me pregunten ahora el por qué los comisarios más *abusivos* siempre se abstuvieron de llevar presa a ninguna estatua, que viven en las plazas como los vagabundos, ostentando el mal ejemplo de su holgazanería. Aborrezco las estatuas: casi siempre son hombres con sobretodo griego, o amplia levita de mármol. Si absurdo suele ser el traje actual del varón, esos botones y trencillas de mármol, ese trozo gruesísimo de mármol que simula los faldones levantados levemente por la brisa, son intolerables, y todo para que un hombre esté allí asegurándonos con su mano y su boca que nos va a decir cosas elocuentes y no se le oye en todo el día.

Si uno fuera a hacerles caso, no penetraría en ninguna plaza, pues están a la entrada con el brazo tendido hacia mí (y demás personas). Dicho brazo grita: “Vete, deténte”. No atienden recomendaciones

aunque en vida no hacían otra cosa que pedir o dar empleos. Felizmente la naturaleza los ha dotado de la incapacidad de darse vuelta, y aprovechando un momento el gran sistema es entrar por el lado opuesto, apuntándose de camino un cafecito en el boliche de los “Tres Ángeles y Medio”, que hace tanto negocio a espaldas del grandioso personaje. Voy a cerrar aquí el paréntesis; es fácil volver a abrirlo).

Un instante, querido lector; por ahora no escribo nada. Estoy callado para meditar acerca de un telegrama que leo en “La Prensa” y que me asegura no haber sido destruída por la explosión la ciudad próspera y antigua de Muchagente —Vielemenschen—, sino levemente dañada y tan poco que si hubiera explosiones de gigantescos arsenales que mejoraran las casas de las ciudades, ésta sería una de ellas. Hace tres días la ciudad voló; a la tarde ya la mitad había reaparecido y con la otra mitad o dos mitades más que se encontraron intactas ayer, resulta que el ciento por ciento de las cuatro cuartas parte goza del orden restablecido y hoy tiene más mitades que antes. Los muertos por la explosión tienen de nuevo donde vivir y creo que hasta hay dos casas más: quizá una para mí y otra para el corresponsal de los telegramas. Yo no voy a viajar fuera de mi domicilio para ir a una ciudad de gran explosión postergada, cuando en este momento me avisan que está servido el desayuno. Viajar: uno está expuesto a hablar idiomas que no sabe, por no estar callado en alemán, que tampoco lo sé hacer. Además recibí una notificación del Minis-

terio de Policía recomendándome no ir al país para no aumentar la disminución de alimentos que abunda en toda la nación. Yo iba a contestar al Ministerio interpelante que no podía reinar el hambre en Alemania porque como república que era —según se advertía por la orientación de las calles y la costumbre de que los habitantes de las casas las ocupen por dentro—, ninguna entidad puede reinar en ella.

Pero pido al lector ayude a no meterme en semejantes incidencias. A veces se pierde la vida en un incidente, siendo la vida útil y los incidentes inútiles. Mejor es seguir practicando la longevidad, como lo hago yo desde la niñez, porque si bien la muerte mejora la reputación de las personas...

Mas recuerdo que he suspendido el escribir hace ya mucho rato y si el lector se ha tenido cerca voy a explicarle lo que pasó con aquel golpe.

Recordará el lector que al empezar este libro me di un golpe y tomé la pluma en seguida para detallar que por efecto de él —como el suelo está al alcance de todas las personas, no faltará al lector ocasión de verificar la exactitud del síndrome a posteriori de un golpe—, podré decir con solemnidad: los signos premonitorios o semiológicos de haberse dado un golpe, son: tumefacción en la región receptora, gran número de espectadores que antes estaban ocupadísimos a varias cuadras de allí, tres vigilantes a pitadas alternantes... (Estos vigilantes no pueden arrestar a un golpeado sin traer mucha gente.) Pero me temo que estos paréntesis van a cansar al lector más aún que

si se tratara de un libro consagrado como la Divina Comedia o el Paraíso Podado u otra obra bostezable como las quejumbres de Fray Luis de León o del constante inocente Leopardi... Sin embargo, estoy con León: hay que huirle a los voluminosos dorados y artesonados y buscarse asiento alejado donde le caigan a otro (me acuerdo cariñosamente del prójimo) o entrar en salones donde ya se hayan caído o en el que el artista haya esculpido en el piso las peligrosas cornisas. El suelo no nos cae encima: es el mejor adorno de una casa y por eso en la Antigüedad, tiempo de las cosas bien hechas, se colocaba un suelo a los edificios haciendo juego con el techo y en dirección opuesta, de manera que el que penetrara —los edificios no son impenetrables— en ellos, tenía el gusto de ignorar continuamente si había puesto los pies —el cojo Agesilao ponía un pie y una muleta, y se le perdonaba cojear porque se había hecho querer— en el cielo raso o en el piso. Esto ofrecía la ventaja, nadie me lo va a creer, de... Pero se me ha olvidado esta ventaja: debo haberla leído en algo que se ha escrito y en el afán de pasarle el libro a otro no he retenido bien el párrafo. Lo que es difícil de retener es al lector: ¿por dónde andará ahora? Uno, al menos y sin pretensión, necesito. Al principio lo había conseguido y no he sabido cuidarlo. Es inmodesto, y quizá le incomodará, haber topado con el único libro en que solamente el autor habla. En lo que precede puedo haberme desconceptuado, pero las próximas páginas me

acreditarán de escritor agradable, nada genial ni erudito y muy conocido.

(Escrito en una aldea donde la reciénvenidez, de sólo una vez, no se le saca uno nunca. En Buenos Aires, que estima inverosímil haber vivido hasta los treinta o cuarenta sin conocerla por lo que hay que sacarse pronto la reciénvenidez tardía, todo el primera vez llegado, que conoce en los semblantes el mal gusto del no haber nacido en ella, se apresura a dar una instruidísima conferencia sobre "La Argentina y los argentinos" tres días después de desembarcado. Esto da resultado; se comprende que conferencia tan pronta y con tal tema no es la colosal fatuidad y entrometimiento ignorante que suele sospecharse, sino la ansiedad por quitarse cuanto antes la pátina de reciénvenidez.)

EL ACCIDENTE DE RECIENVENIDO

-ME dí contra la vereda.

—¿En defensa propia? —indagó el agente.

—No, en ofensa propia: yo mismo me he descargado la vereda en la frente.

—La cornisa de la vereda —apuntó un reportero— le cayó sobre el rostro a nivel de la tercera circunvolución izquierda, asiento de la palabra...

—Y del periodismo —insinuó el accidentado.

—Que ha recobrado en este momento. —Y sigue redactando el periodista: —El artesonado de la acera...

—No se culpe a nadie, propongo...

—No, eso es para suicidarse.

—De mi pronta mejoría, quería decir. Ruego al señor reportero que figure algo en la noticia de “decúbito dorsal”.

—No hay necesidad: los operarios tipógrafos lo ponen siempre. O si no, ponen: “base del cráneo”.

—¿Se me dirá si me puedo levantar sin deslucir la noticia de un suicidio?

—¿Iban mal sus negocios?

—Nada de eso: la única dificultad ha sido el cordón de la vereda.

—¿Puedo anotar oposición de familia a su noviazgo?

Otro insiste en que había mediado agresión y le ruega aclarar si se interponía “un viejo resentimiento”.

—Alguien, un desconocido desde mucho tiempo atrás para usted, avanzó resueltamente y desenfundando un cordón de la vereda *Colt-Browning* se lo disparó.

En fin, Recienvenido empieza a sulfurarse y los increpa:

—¡Yo estaba aquí antes que ustedes y mis informes son más anticipados! Voy a darles un resumen publicable:

“Yo caí: fuí derribado por el golpe de la orilla de la vereda; sin embargo, no necesitaba ya serlo, pues mi cabeza salió a recibir el golpe yéndose al suelo.

“Caí; fué en ese momento que me encontré en el suelo. Ninguna persona había.

—¡Estaba yo!

—Y yo.

—Y yo —dicen los reporteros.

—Muy bien. No imaginando que hubieran tantas personas en torno mío que me precisaran, invertí unos minutos de desmayo en estarme quieto sin apresuramiento. Cuando desperté, me supuse o que había recibido parte de la vereda en la cabeza, o que había

leído algún capítulo de Literatura Obligatoria del Mío Cid o el Cielo del Dante. Rodeado, en las cuatro direcciones de la instrucción pública, N. S. E. y O., por infinitas personas en número de setenta que habían abandonado importantes negocios para formarme un cinturón zoológico suburbano, se llamó a la Asistencia Pública, para que me trajera un vaso de agua que nunca llegó.

—Retardo de la Asistencia Pública —anota un cronista.

—Algo de delirio —otro.

—¿Me permiten? —siguió Recienvenido—. No obstante la falta de horario, el accidente es la única cosa que yo nunca he visto desperdiciar; el agua caliente, el fuego, desperdiciamos con frecuencia, pero siempre alrededor de aquél he visto a muchas personas que están juntando al accidentado, rodeándolo para que no se filtre y desparrame, formando un círculo tan perfecto como perfecto es el centro de él formado por la persona más o menos completa en el momento que ha tomado el papel de accidentado.

CONFERENCIA NO ANUNCIADA DE RECIENVENIDO
EN EL LOCAL DE SU ACCIDENTE

DESEOSOS de ser “útiles a nosotros mismos y a nuestros semejantes”, para lo cual nos han educado gratuitamente, dejamos ¿en pos de alguien, de la “bella desconocida”? a Recienvenido, bregando en medio de la vía por levantarse de su accidente. Autores como somos de muchas autobiografías exactísimas, hemos experimentado que aparece de tanto en tanto en las narrativas un momento literario en que el escritor debe dejar a su protagonista: ese instante sonó ahora, cuando todo nos impulsaba a consolarlo, demostrándole que no se había caído sino que, miradas desde una ambulancia de la Asistencia, las personas que se quejan y muestran desgarradas las ropas parecen caídas.

Irritábase por nuestro alejamiento y la concurrencia de gran público que, llegado seguramente de otro punto arribó, no obstante, tan pronto como si la ambulancia lo trajera por previsión gubernamental junto con los auxilios en vista de la morosidad del público no

oficial, o como si existieran destacamentos de público apostados distributivamente en las proximidades de los lugares para accidentes, que acudirían en un instante a curar con su presencia a la persona que al final de una caída es atropellada por el suelo. La rapidez con que se improvisa una concurrencia en redor de un asesinado, robado o derribado, evidencia el esfuerzo de amor propio con que la población quisiera demostrarse superior en ligereza de piernas a la víctima.

En una caída de tres metros el piso llega demasiado tarde, aunque siempre contundente, y daría tiempo al público para llegar antes del accidente que es lo que merece una ciudad como Buenos Aires, pues es descrédito para una metrópoli de canillitas y futbolistas que cualquier común accidentado los supere en agilidad y llegue siempre al lugar antes.

Tal lo dijo en su exordio, en aquella ocasión de conferencista, Recienvenido, irritado por su desastre y tratando de humillar a la gente que se había agolpado a mirarlo.

Disertó así: "Deberes y Responsabilidades de un Público de Accidentes:

"Si os proclamáis habitantes de la ciudad que no sólo vende más diarios sino que gracias a sus raudos canillitas los vende más pronto, y del mejor fútbol del mundo, no os hagáis nunca esperar de un accidentado y penetráos de que el único modo de no llegar tarde es el de llegar antes del suceso. Esforzáos, por lo menos, en ser un público de las caídas que llegue antes que el suelo.

“Inmediatamente, vosotros que lo esperáis le diréis, lisonjeándolo merecidamente:

“—Crea usted, señor, que es la única persona que ha conseguido quebrarse una pierna en el metro cuadrado donde usted está. Muchos lo han intentado y nos han hecho esperar repetidamente, sin conseguirlo.

“Es admirable cómo de una vereda tan baja, en un suelo tan escaso y con una pierna tan pequeña, habéis conseguido una cojera tan completa y que esperamos os durará.

“Además, vuestro accidente tiene el mérito de que se ven claramente todos los elementos causales del suceso; tan pronto como os avistamos percibimos que el motivo ocasional de vuestra caída tenía que haber sido el hecho de haber, durante vuestro sueño de la pasada noche, soñado con bananas enteras; y como los sueños se realizan por mitad, ahora habéis caminado sólo sobre las cáscaras.

“Añadiremos, para no haceros esperar más como conferencista y finalizando con un consuelo, que recientemente comprobamos que los públicos de accidente también se caen. Estábamos presenciando un desfile militar, desde las localidades altas de un gran árbol, cuando éste se viene abajo, porque resultó que lo que creíamos ombú había sido una planta de espárragos crecida morbosamente pero débil no obstante su magnitud.

“Os escuchamos respetuosamente” — finalizaréis diciendo, y yo tomaré entonces la palabra.

“Me habéis halagado, alegrado tanto con lo que os atribuyo haberme dicho, que voy a recompensaros con tales manifestaciones, que, aunque fatigados de tanto abrir la boca, vosotros, virtuosos de la boquiabriencia, volveréis a abrirla de vereda a vereda, como suele decirse elegantemente, con lo que vais a oírme.

“Soy el marido “sintético”. Los hombres por síntesis, como yo, estudiamos las importantes pequeñeces que el hombre por alumbramiento (y otros detalles) desdeña. Además, como lo habréis advertido, no soy el Hombre Invisible sino, al contrario, el Hombre Evidente, algo más raro, útil y difícil.

“Yo he estudiado la duración del tiempo que invierte un botón que se cae y pierde, en esconderse tras la pata de la cama hasta que se va su amo. Entonces se encamina a treparse sobre el techo del ropero. Este tiempo también lo estudié. Un botón, en seguida de extraviarlo, debéis pesquisarlo primero bajo la cama y sólo más tarde sobre el ropero, pues emplea tiempo en esta ascensión.

“No os sobrevengo con la novedad de que se acabó el Infinito; ni la de que este mundo se ha combinado con todos los botones cosidos flojos como traje hecho (con lo cual uno se cree nuevo y lo creen nuevo); ni la de que el hombre que se ubicó en el vacío para vivir eternamente, se abanicaba. Ni siquiera os recomendaré que acepte cada uno su lote de ridículo, de anti-

patía. Ni disertaré sobre el Suspiro Irrompible o Los Anteojos de No Ver.

“Soy un hombre módico que quepo en todo mínimo de todo caso y cosa: de las inmensas y graves cifras de finanzas, comercio y producción del número de fin de año de los grandes diarios, la única noticia que busco es la de que no se haya perdido la cosecha de “huevos de gallo”.

“En fin, os comunico que así como el destino de los autos es la abolladura, el mío era desde el principio la longevidad y por el método de todos los longevos: seguir vivo. Pero otra cosa además de eso necesitamos los futuros longevos. ¿Qué he hecho yo de diferente del hombre común de corta o media vida?

“Yo creo que el longevismo... Ordenemos mejor la exposición.

“La corbata larga, de nudo con cuello duro doblado y apretado, que se lleve constantemente desarreglada, salida, empacada, es al mismo tiempo lo que conquista más pronto el amor y dedicación de toda mujer y la secreta causa del longevismo.

“No conozco a nadie que haya pasado por más tentativas de ahorcamiento por parte de los amigos y hasta de un transeúnte femenino cualquiera o de un mozo servicial de bar, que yo con esa corbata. No conozco a nadie que no haya sido turbado por las señas, invitándonos a un aparte inopinado, de algún empleado de tienda o de un transeúnte o mozo de bar. Era equívoco, era riesgoso seguir estos llamados. Acatándolos, al poco rato me hallaba afablemente tironeado de mi

corbata (es el atletismo que no falta a las personas más endebles; un fuerte tirador de corbatas empacadas, torcidas, saltadas, voladas, derramadas o flojamente oscilantes, vive en cualquier frágil humanidad).

“Todos los que tienen latente vocación para verdugos de ahorcamiento se alistán inmediatamente ante una corbata desanudada y os piden os entreguéis, con atlético gesto; se apoderan de los extremos de la corbata y os la arreglan desarreglando todo lo demás incluso a vos.

“Y, sin embargo, la indemnidad contra los ahorcamientos es un seguro de la longevidad. Sobrevivir a una corbata mal anudada es el método de la larga vida.

“Sin saber estas cosas, nadie puede ser feliz. El que no las sabe es tan desdichado como un público callejero de bobos ociosos que no saben elegir entre uno y otro de dos accidentes que ocurren en el mismo instante en distinto lugar, por la anarquía o falta de concordancia de los programas para accidentes de ese día.”

Entre los papeles de Recienvenido no hemos encontrado continuación o final de esta conferencia. Sea porque lo que se concluyó fué el público, molestado por las intemperancias de Recienvenido, o porque a su conferencia le ocurrió también un accidente.

EL BASTÓN DE RECIENVENIDO

DESDE que dejé olvidado mi perro, colgado en una percha del vestíbulo o metido en el paragüero de una casa que visitaba, decidí reemplazarlo por una ornato-compañía más inseparable, pues personas de mucho éxito en la retención de sus varitas garantíanme no recordar caso alguno de olvido de bastón, aparte de otros inconvenientes que no se promueven entre bastones en los vestíbulos y sí entre perros.

Tan positivo aserto me extrañaba. Simplifiqué rápidamente la situación mental para llegar a la verdad: olvido de comprar bastón, olvido de este mismo bastón y olvido de haberlo olvidado, porque la memoria de olvidar no hace distingos y el que olvida un bastón sería contradictorio que recordara haberlo olvidado y haberlo poseído.

Supongamos que yo (adoptemos la hipótesis en primera persona) he perdido o no un bastón. Si Vd. por ejemplo (adopte Vd. la hipótesis; es justo que

Vd. también sea obsequiado con supuestos), presumimos que es mezclado con el pavimento por un automóvil. . .

Noto que Vd. es moroso en calzarse la hipótesis que le he brindado. Mientras espero que se la pruebe, lector, para ganar tiempo me ocuparé de otra cosa, por ejemplo de. . .

En fin, no pretendo sino que, como acabo de hacerlo, las diferentes hipótesis que por momentos exija mi relato sean turnantes, sin abusar asignándole a cargo de Vd. los peores supuestos. Además, como suministrador de todas las hipótesis de mi libro y como el lector de buen humor es el que ha hecho todas las reputaciones literarias, no haré caer sobre Vd. ninguna hipótesis cruel sino cuando note que, algo soñoliento, está completando la horita de sueño que le falta de anoche, libro en mano. Entonces mi hipótesis no será en su mente más que un ensueño sin consecuencias. Yo también conozco los mejores locales y oportunidades de completar sueño; un sueño abundante favorece mucho a la inteligencia, y es así que yo dormía tanto, por ejemplo cuatro horas en casa y tres en la Facultad, que llamaba la atención por mi despejo; hubo que inventar clasificaciones tan altas para estimularme, que yo las pasaba cómodamente por debajo.

Con mi sistema se aprende más que faltando a clase. Sin embargo, un día primaveral en que no asistí me resultó provechoso, pues supe tantas cosas de Juanita, la tercera prima de un mucamo vecino, que con los dos tercios de parentesco que éste no usaba me enteré

más del Paraíso que oyendo la conferencia de Teodicea.

He aquí un prólogo cuya continuación depende del lector; se lo abandono. Pero el bastón, que con esta interrupción ya parece funcionar como bastón perdido, vuelve a nuestro asunto. Recienvenido lo había elegido de los más largos en una vidriera. La gran distancia a que estaba el regatón de la empuñadura, hacía llegar a su portador de una vereda a otra más pronto que sus congéneres comunes, y parte de la reputación de puntual que tenía Recienvenido se debía a esta virtud de su regatón, de llegar un poquito antes; era, en fin, la magnitud a que debía estirarse una varita de gusto, pues esas pequeñas que parece que no se llevan, o que a cada paso el caballero las alza de la vereda, distraen a los botines de su tarea, siguiéndoles una conversación como la del hombre de la esquina con el vigilante en el centro de la calzada a medianoche, que perturba a éste en su trabajo de no estar en su casa, único trabajo perfectamente continuo y por lo tanto delicadísimo que es dado al hombre efectuar.

Cuando lo dejaba en un paragüero, no trababa pelea de perros con otros bastones, ni idilios con el pie de las sombrillas; le merecía tanta confianza a Recienvenido que a veces, en asunto grave, éste iniciaba su discurso diciendo: "Yo y mi bastón opinamos".

EL "CAPÍTULO SIGUIENTE" DE LA AUTOBIOGRAFÍA
DE RECIENVENIDO

DE AUTOR IGNORADO Y QUE NO SE SABE SI ESCRIBE BIEN

Nota del Editor. (*El autor también figurará escribiendo*).

PRESENTAMOS el más escrito de los ocho capítulos de esta obra, que no se cree haya habido quien la escriba, pues su autor era tan desconocido a los diecisiete años que es imaginable cuánto habrá progresado después, tanto más cuanto la precocidad fué la primera cualidad que adquirió; a los nueve años era ya casi un niño y a los once ya tenía un hermano que entendía a Bergson; lo que éste mismo no pudo nunca con toda la inteligencia que le consiguió su influyente familia.

Tan es así que si tan es así no fuera todo lo que de él se sabe no se ignoraría todavía. Como desconocido es el más completo que haya sido encontrado con vida en la historia desde el pasado hasta una semana próxima que tenga días; más adelante no se sabe lo que sucederá y limitamos nuestra aseveración a lo pasado

y al retazo de porvenir que está inmediatamente detrás de una próxima salida de "Proa" (no he leído a Bergson pero lo escribo regular, como queda probado); fieles a "Proa", el formato de porvenir que nuestra inteligencia alcanza a columbrar no pasa de ahí; un día más y no sabemos nada. No venimos tan bien informados como Mahoma que llegó exacto el primer día de su era; si arriba un día antes no tiene donde acomodarse en el tiempo.

Tenía el porte y los rasgos de fisonomía de extremo parecido a los del héroe desconocido y pudo ganarse la vida lo mismo que este funcionario europeo, si no fuera que lo diferenciaba un desaire héchole por la Naturaleza: la pronunciada curva en la espalda, que dicen algunos era una pulmonía de repuesto que llevaba. Admiten otros que su torso presentaba ese martillo a favor, por efectos de excesivas lecturas; no porque lo que uno lee se le gane allí cuando no sirve para la cabeza, sino por descuido de su postura en el acto de consumir renglones.

El preámbulo, que hasta aquí era corto, virtud que no le va a durar, no podemos apagarlo todavía. Tenemos que decir que con el mismo trabajo que se tomó el autor para hacer esta autobiografía pudo decirnos algo de su propia vida. No nos dejaría así, tan completa como si nos la hubiera prometido, una ignorancia erudita y sin compostura ya de sus vicisitudes y carácter, que pasamos a editar bajo evidentes dificultades. Nuestro autor es verdaderamente incógnito; si no fuera que Shakespeare tiene ya con quien se le confunda,

sería una satisfacción ofrecérselo para ese propósito. La lectura de sus obras no nos procura base para juzgar sus talentos de escritor; ignoramos siempre si cumplía años, si nació disgustado, si mejoraba de las enfermedades o moría cada vez; si su vida se prolongó hasta el fin de sus días o pudo la ciencia hacerla concluir antes; si disputó que su deceso era prematuro o se puso del partido de la concurrencia mortuoria que lo lamentaba por tardío; si por extremo de puntualidad se presentaba siempre en el lugar de la cita un cuarto de hora antes de llegar o al contrario tenía reputación de ser el primero en llegar tarde, a casa del dentista u otros locales de distracción; si se conocía cuando tosía o nadie lo oía por tratarse de tan famoso desconocido; si logró que el porcentaje de horadación de su inteligencia por obra de las buenas lecturas y las instrucciones pública y universitaria fuera menor que el soportado por jóvenes más respetuosos, como yo, por ejemplo; si donde se le invitara a comer (iría yo; ¿es extensiva la invitación?) agrandaba los agujeros del mantel que circulaban cerca de su mano para investigar hasta qué dimensión podían abrirse los ojos de la dueña de casa ante ese espectáculo exasperante y luego la mortificaba diciendo que: agujeros mejores y de color más sufrido que éstos se vendían en cualquier negocio, donde había, además, jabones para lavar de agujeros los paños, y cepillos para echarlos fuera del mantel junto con las migas. Su conversación de sobremesa la efectuaba debajo de ésta (debajo de sobre es imposible: debajo de mesa) gateando, moles-

tamente interesado en recolectar los agujeros que no habían dado en la bandejita de migas; y luego remiraba todo alegando que el más surtido de ellos no estaba en ninguna parte, lo que metafísicamente era indefendible; según la hipótesis más plausible y festejable, debía haberse zafado por dentro de sí mismo y desaparecido; de lo que no se responsabilizaba. La señora se aprovechó vengativa, de la debilidad gramatical incurrida por nuestro íntimo desconocido: ¿Dónde está su gramática, hombre de Dios? ¿Cómo puede un agujero sólo ser surtido? —Yo lo he visto surto junto al botellón y después no lo vi zarpar.

Esto último y algo anterior, pertenece a lo que no se sabe de él y lo insertamos como muestrario de la variedad inmensa de cosas que somos capaces de idear para rellenar una existencia de contenido ignoto; es prueba también de que si algo más ignorábamos de él lo haríamos público. Las más adelantadas excavaciones que se hacen en las bocas de sus vecinos no dicen en qué ciudad o barrio vivió y sólo han completado nuestro desconocimiento con la información de que él mismo no se conocía: ante un cobrador del gas Recienvenido se extasiaba tanto como la Compañía por saber quién era el Recienvenido que conseguía deber, más pronto que el más diligente vecino, tres meses de gas en un momento; y se internaba en su busca, corría a llamar a Recienvenido.

Cuando vuelva tornaremos a tratar de él. Si se llega a saber que algo más puede ignorarse de él, nos apresuraremos —hágase a un lado, lector, que podemos

atropellarlo— a comunicarlo; no consentiremos que se nos supere en la ignorancia que nos hemos labrado pacientemente a su respecto ni en la prontitud en difundirla. Si supiéramos que tuvo por únicos amigos a Mark Twain, Sterne y Gómez de la Serna —“buenos criollos” todos— y que procuraron ser contemporáneos para visitarse con más frecuencia, no lo ocultaríamos; y no disimularíamos que, quizás enojados, Sterne y Mark Twain se sentaron en la primera vereda del otro mundo a esperar a De la Serna a quien el público retiene en la inaplacable *aspiración* de greguerías que es leer de él, atento sólo a su propio gusto, sin considerar que Ramón no halla quien le prepare risa, cocina y no come, guisa y no sisa y tanto como se queda, tanto se le espera, del otro mundo en la primer vereda.

Lo advertimos porque quizá la lectura no lo dé a ver; con la presente obra entendemos hacer el lanzamiento, la primer entrega, la soltura, despavorido lector, de la inesperada y acreditada Literatura Confusiva y Automatista, de lectura fácil (de omitir), en la que se espera tanto... del lector, de su originalidad; inaugurámosla en vista del reducido resultado de la otra, cuya perdición se preveía, desde que el público se obstinó en utilizarla principalmente para lectura — a veces sus lectores tenían un volumen en las manos y otro en la oreja; y encendían el uno en el otro. Todos sus defectos se hicieron públicos así; ocasionáronse desventajosas comparaciones con el papel en blanco y sobrevino la nostalgia de esta clase de papel,

que debe haber existido alguna vez —toda una hoja en blanco de papel parece haber sido encontrada inmediatamente encima de la torre de Babel, del Arca de Noé y del descubrimiento de América en ruinas—, y que habríase de volver a inventar como el agua en un cabaret.

Dejemos esto y sigamos viviendo, me digo. Y concluyo.

EL EDITOR.

He aquí el mencionado capítulo. El desagradecido autor lo precede de una nota originada por mi prefacio, cuya palmaria injusticia inclinará hacia mí al lector, sobre todo si se encuentra a bordo de un buque de compañía tempestuosa y el barquinazo de una ola me lo echa encima. No me mortifica su publicación. Es muy gastado, y nadie hace caso, el recurso de notas y explicaciones.

Héme aquí por fin. Surjo únicamente para que no se me confunda con cierto Editor. Soy sólo el autor de un manuscrito encontrado. En tan modesta calidad no debía deparármese, no me convenía, un inagradecible editor grandote, de voz resonante, a cuyo lado deba yo pasearme por la publicidad, como me ha resultado con éste y como le sucede a ciudadano rebano y menudo, presumido y pulido, a quien le llega amigo rural, hombrón estentóreo, aumentado con grandes botas, que parece haberse calzado dos galpo-

nes de su establecimiento; y tócale hacerle conocer la ciudad y divertirlo.

No se me suponga partícipe en la facción de esa nota. No tiene más propósito que expedir una apretada serie de chistes indoloros y calmosos, mal acertados y ni siquiera ajenos: imposible otro autor de ellos; recolectados y guardados por años, metidos y yuxtapuestos a la fuerza, uniformados con el traje de chistes de familia, que los imprime, ya tan reídos en casa, que no les queda qué sacárseles por lectura. Y hay que ver cómo los festeja. Es seguro que no le ha quedado ninguno; antes de diez o más años no vuelve a hablar: hoy mismo habrá comenzado la nueva recolección.

Lo de imaginada nueva literatura es cosa de desesperados; no la conozco y no me gusta.

Si lo hubiera animado el deseo de favorecerme, sabe perfectamente que, por ejemplo, soy el inventor del paréntesis de un sólo palito; de la solapa desmontable contra solistas (es una solapita artificial, de gran sencillez, que sustituye parte de la solapa natural, que nace con el saco, de gusto agradable y fácil digestión.) Caramba: estoy confundido con un invento higiénico que proporciona la longevidad, por nonagenaria que sea la edad del que usa el remedio por la primera vez. Es un medicamento, que quién sabe por qué y felizmente para la humanidad, no se puede conseguir gratis, fácil de destapar y verter, que suplanta el extremo libre de esa orejita o solapa que tienen los sacos... (¡Ah! un error feliz: ahora estoy en el invento de la

solapa que debía tratar primero) que tienen los sacos y de la cual se apodera el solista experto, desengañado de la fugacidad del hombre abordado en la calle. Una vez posesionado de vuestro saco el solista ya no hace caso de vos: se limita a hablaros pero no necesita miraros. Al contrario, escudriña la calle atisbando otro candidato para cuando se le apague el actual y entonces desmontáis la solapa, la atáis al buzón que se suele parar en esa esquina; y... ese tranvía que pasa es el que os lleva adonde marca su itinerario, tan bueno como cualquier otro.

Inventé los cuellos de camisa iguales a los otros, pero que se pueden llevar en los bolsillos o dejarlos de usar; como Intendente tuve la visión de la supresión edilicia de las esquinas con lo que concluyó la plaga política que se apoya en sus paredes. ¡Extirpación tan completa constriñó a las niñas a dar vuelta a la manzana, en el balcón únicamente, con la moral a vista de sus padres! Doté de dos veredas de enfrente y de rumbo Norte-Sud que es el más vistoso, a todas las calles y cuando este rumbo tan solicitado se agotó...

Supongo no habré dado motivo al lector para cavilar si la desmontable de mi invención, sería extensible a los solistas escritos.

Recuerdo que en las primeras experiencias con la desmontable, el atacante quedaba con el trozo de solapa en la mano tendida, como quien ofrece una muestra de género y por fin le pegaba una estampilla y la echaba en el convincente color rojo del buzón: porque la

tiesura, redondez y sinapismado color de un buzón concluyen con cualquier vacilación. La perfecta necesidad de una solapa para entablar un "solo" la comprendí ya a causa de no haber visto en las calles que se entablara con un caballero desnudo; y preví el infalible efecto de una desmontable. Los "solos" de viva voz extinguieron; se refugiaron en las imprentas originando aquel gran renacimiento literario, cuyo partero creo fuí, y al que contribuí también con mi autobiografía de recién venido; se dijo de mi libro que nunca había sido escrito antes, tan extraordinario pareció. Pero tampoco nunca fué leído después, porque la suma seriedad que se apoderó de mí al redactarlo dió a mis primeras páginas un tono tal de tercer tomo y "continuará" que aquel lector que con sólo perseverar la lectura dos páginas, recuperó el sueño, soñó que aún no había empezado a leer la "Autobiografía" (tanto era su sentimiento de bienestar), fundando su ensueño en que no recordaba nada del primer tomo: las perseverantes trescientas páginas que seguían se las hubieron con un lector dormido.

Quédame por computar las cosas desagradables que me atribuye el Editor como invitado social. La apreciada señora a quien alude, muy al contrario, nunca me habló con desagrado; ni volvió a invitarme a comer, pues era de mucha memoria y no necesitaba mi presencia para recordarme siempre.

En cuanto al agujero que yo buscaba era uno que me había hecho en la mente una reciente lectura; ya entonces continuaba escribiendo Maeterlink, precursor

de Bergson, Boehme, Novalis, y otro caso de memoria excesiva; ya también Leopardi había descubierto la maldad humana; y... todavía no había quejas de mí: nadie había empezado a leer lo que sigue.

EL CAPÍTULO SIGUIENTE

(PEQUEÑA NOTA DEL EDITOR)

SEÑOR Director de "Proa".

¿He acertado con el Sr. Borges? ¿Con el Sr. Güiraldes? ¿Con el Sr. Brandán Caraffa?...

Y bien, soy el más obsecuente dirigido de Vd. y congratulándome del acierto con que inicio el día pues su dirección en "Proa" es la que siempre prefiero leer, me redacto por su atento servidor y comienzo con estas palabras:

¿Qué se me dice, Sr. Director? ¿Parece que "Proa" está bastante lázarocosta y que entre este número y el próximo podrá circular holgadamente la eternidad? Si a "Proa" la hubieran hecho de darse vuelta, concluída su primera existencia podría ahora empezar a vivir del lado del revés. Para leer de este lado yo preparé a los lectores con aquel trabajito de metafísica, y cuando en Octubre se vea en todo detalle lo que es un número no salido, esmeradamente abstenido, se

sospechará por qué no publiqué juntos el artículo y su comprensión, reservando ésta para los ejemplares que por turno se alternarán en no aparecer hasta un desconcertador último de la no existencia invariable de "Proa", que se hojearía doquiera con el afán y la certeza, firme en todo ente sensible, de que el "ser" es la única posibilidad, de que la muerte se vive también y tanto.

Yo traía completamente empezado el prometido capítulo y entraba a la Redacción cuando Editor me alcanza a medias con la voz y me detiene todo con el brazo que le sale de ambos hombros. "Proa" no sigue, me dice, ha se decidido que el último número no contenga nada de género "siguiente"; sino sólo conclusiones y abstenciones, a fin de que la entrega postrera tenga catadura al mismo tiempo de última y de no salida. Su gran Capítulo Siguiete hágalo doler en otra Revista...! Así me aturdió y distrajo dejándome en la puerta, fallida mi esperanza de una publicación sin "nota" suya...

¡Qué hombre pesado! Para bien que se calle habrá que dejarlo decir. Agradecido a tal tolerancia condesciende en llegar al estado de inacción oral al final: antes de eso no hay silencio posible sino el ajeno. Francamente la noticia me sobresaltó como un café con leche derramado y ya que se ha derramado yo le sacaré un provecho a la comparación que no se esperarí de una catástrofe tan "completa". Colectando con la cucharita algo de azúcar y de líquido hago a Vd. mi Director una pregunta: ¿Los números que no

aparezcan serán más fáciles de dirigir o al contrario será como cuando un "completo" se hace mantel y las puntas líquidas avanzantes animadas de un gusto sin prevenciones por todas las posiciones y rumbos del espacio se tienden tan prontas y divididas que no hay que pensar en dirigirlas, tanto más cuanto que, lo primero que han hecho es suscribir vuestro pantalón claro a su acontecimiento y preparar una semana de prosperidad para las tintorerías en todos los trajes vecinos, a cuyo socorro hay que acudir ante todo? Invariablemente, he notado, se ataca la inundación con denuestos, pero en la nerviosidad del momento se asestan con trémula puntería y no tienen eficacia para contenerla. Es un verdadero incendio, Sr. Director, en que no se sabe nada del fuego.

Pues, deseaba mucho informar a la Redacción que la publicación de aquel fragmento de Recienvenido en "Proa" me ha valido grandemente, atrayéndome numerosas órdenes o encargos de rellenar vidas desconocidas por mérito a la especialidad de mi aptitud probada en dichas páginas.

Varios parientes de personas ignoradas me han requerido para biografiar a éstas. Pero a menudo sus estimadas órdenes llegan deficientes en datos acerca de las personalidades de existencia y parentesco con ellos ignorado, y debo prevenir en general que aunque muy gustoso sólo podré satisfacer sus pedidos si como mínimo, se me concreta el dato del lugar y fecha en que no se supo que existieran. Así no correré el riesgo

M a c e d o n i o F e r n á n d e z

de confundir un desconocido con otro. De otra manera con un solo desconocido tendría para todos los solicitantes. Con este aviso, me apago y soy

De Vd. amigo y att. S. S.

EL EDITOR

SOBREVIENE DICHO CAPÍTULO

ANIVERSARIO DE RECIENVENIDO

NO sé si por algunos excesos de conducta o por observancias poco estrictas en mi régimen de vida cumpliré en breve cincuenta años. No lo he efectuado antes porque cada vez que impacienté el tiempo, adelantando algún acontecimiento, me cambiaron uno bueno por uno malo. La elección de un día invariable de cumpleaños me ha permitido conocerlo tan bien que aun con los ojos vendados cumpliría mi aniversario.

Alguien dirá: ¡Pero Recienvenido, otra vez de cumpleaños! ¡Vd. no se corrige!; ¡la experiencia no le sirve de nada! ¡A su edad cumpliendo años!

Yo efectivamente entre amigos no lo haría. Mas en las biografías nada más exigido.

Otros juzgarán que el anuncio de mi próximo aniversario va encaminado a incitar a los cronistas sociales para recordarme con encomios. "Nadie como el Sr. R. ha cumplido tan pronto los cincuenta años"; o bien: "A pesar de que esto le sucedía por primera vez cumplió su medio siglo el apreciado caballero como si

siempre lo hubiera hecho". Alguien con algún desdén: "Con la higiene y la ciencia moderna, quién no tiene hoy cincuenta años". "A su edad no tenía mucho que elegir".

En fin lo cierto es que nunca he cumplido tantos años en un solo día.

Nací el 1º de octubre de 1875 y desde este desarreglo empezó para mí un continuo vivir. La autenticidad de mi condición de solterón en ese momento fué indiscutida, pero yo le añadí el malhumor que la distingue, pidiendo inmediatamente en el idioma que no tiene filólogos el Libro de Quejas. Cuando me lo facilitaron tres meses después en una sacristía, me había olvidado de los motivos de protesta fuera de que no habían dejado espacio en el sucio, malhadado y gran tomo los que se habían quejado primero. Puse mi nombre y la fatuidad de tenerlo me distrajo de reflexionar que aquél era el "Libro de Quejas", de la vida.

Éste fué mi punto de partida y la fecha que escogí para mis aniversarios. Pero la serie de mis cumpleaños ha sufrido recientemente una variante.

Hace cinco años conocí a la mamá de un amigo rosarino y vine a saber que. . .

No lea tan ligero, mi lector, que no alcanzo con mi escritura adonde está Vd. leyendo. Va a suceder si seguimos así que nos van a multar la velocidad. Por ahora no escribo nada; acostúmbrese. Cuando recomience se notará. Tengo aquí que ordenar estrictamente mi narrativa porque si pongo el tranvía delante de mí no sucederá lo que sucedió.

Ahora continúo. Me había trasladado a Rosario para hacer anotar en el Libro de Patentes, invento por medio con otros dos inventos míos, uno nuevo (recordará Vd. que soy inventor y esto justifica ciertos estados de intensidad intelectual —a veces parezco dormido en estos paroxismos— durante los cuales mi libro no adelanta nada, como habrá Vd. advertido). ¿Nota Vd. que continúo? Pensando en ello en mitad de los rieles del tranvía, iba yo a redondear teóricamente un procedimiento automático para limitar la prestación del fuego de los cigarrillos que me había encargado la “Compañía de Fósforos ya Raspados”, cuando sin ninguna dificultad un coche-motor me embistió cerca, pronto y todo. Como yo no abandono un pensamiento tan adelantado, media hora después salía de la Asistencia con mi invento completo y vendido.

No interrumpí tampoco mi cumpleaños, que era ese día. Mas conducido por un amigo a su casa de familia, festejábase en ella el onomástico de la mamá; y tanto fué lo que se conversó que la señora y yo vinimos a entender por qué el día de nuestro aniversario nos había parecido siempre tan estrecho, a causa de que lo ocupábamos dos personas con el mismo suceso. En el acto mi pronta imaginación percibió que había allí algo que pensar y patentar.

Tengo desde entonces con la señora una combinación, por resorte de la cual debemos ocupar alternativamente el 1º de octubre para día natalicio, a cuyo efecto ella me avisará cada año si le gusta ese 1º de octubre. Yo recomiendo mi combinación aunque

hasta hoy no me ha dado provecho; desde entonces la señora no ha expresado su opción por ningún año ni siquiera por ensayar el procedimiento: probablemente teme que falle.

La cláusula del aviso fué un error; y además siempre será prudente combinar con personas formales. De todas suertes desde dicho pacto desapareció de mis cumpleaños aquel malestar muy parecido al que se experimenta cuando a uno lo están leyendo en una Revista que ya con ese número ha salido del todo.

Por eso me esmero aquí en cesar y aquí apago yo también que ya es tarde, y aún más tarde que ahora; y es fineza que el lector estima, madrugar el concluir y yo gusto de naufragar con quien navego¹ y no en otro barco; asimismo huyo de asistir al final de mis escritos, por lo que antes de ello los termino.

Y no hay escrito mío en que no me acuerde al Fin de la comodidad del lector, (si no se la buscó ya él) que en todo "Proa" no estamos haciendo otra cosa. Le preparamos el total de su comodidad: dejamos de aparecer; y así, de una sola vez, hacemos más por él que con doce números seguidos. No habíamos pensado antes en este modo de divertirlo... Que si lo pensáramos antes del primer número... Otra vez haced las señas más claras, señores lectores: cuando íbamos a salir con la presente revista parecíame que las señas que nos hacíais eran las de salir. Porque las hacéis como no las queréis, diremos imitando a sor Juana Inés de la Cruz.

¹ Concluir con la revista "Proa" que concluía.

CONFESIONES DE UN RECIÉN LLEGADO AL MUNDO LITERARIO

(ESFORZADOS ESTUDIOS Y BRILLANTES PRIMERAS
EQUIVOCACIONES)

TENGO que asentar las siguientes observaciones y otras no menos siguientes que me comprometo a que se me ocurran.

Con motivo de la carestía de los cigarrillos, éstos se han puesto más baratos, y para que parezcan menos cortos, los hacen más largos. Para una persona que por primera vez es un recién llegado, esto le confunde de tal manera que le entra el sentimiento de que lo están viendo por la calle desnudo saliendo de una sastrería.

No es menos cierto que existen insomnios que afectan al mismo tiempo la facultad de dormir y la de estar despierto; y, lo digo con toda la seriedad del hombre durmiendo, para elegir entre dos coqueterías, óptese por la peculiaridad de ser un gran dormilón, porque es factible aparentar dormir —aunque fatigoso—, y no es fácil aparentar estar despierto. Aquí se

sabe (por los diarios, como todo) que una persona que ha sido despertada durante un simple cuarto de hora, por la caída del techo sobre su cama, o por el paso sigiloso de un gato por la pared que debería tener el terreno de enfrente, y continúa durmiendo de seguida hasta que la desayune alguna sirvienta, no dejará de proclamar por todo el día siguiente, el infalible día que cuelga de cada noche por su extremo Este: "No he pegado los ojos esta noche". Obsérvese lo que es la obra de insomnio: quita el sueño en torno nuestro y a veces al mismo paciente.

Cuando un día anterior es precedido de un siguiente, contando desde adelante, ocurre una separación entre los dos practicada mediante una noche, intervalo de faroles, tropezones y comisarías, que muchas personas ocupan en preparar una conversación sobre insomnio, para las personas de su familia; hay quienes hasta durmiendo piensan en los suyos.

Recién llegado por definición es: aquella diferente persona notada en seguida por todos, que llegado recién a un país de la clase de los diferentes, tiene el aire digno de un hombre que no sabe si se ha puesto los pantalones al revés, o el sombrero derecho en la cabeza izquierda, y no se decide a cerciorarse del desperfecto en público, sino que se concentra en una meditación sobre eclipses, ceguera de los transeúntes, huelga de los repartidores de luz, invisibilidad de los átomos y del dinero de papá, y así logra no ser visto.

LOS AMIGOS DE LA CIUDAD

EN los vendavales lo primero que vuela, sin desanimarse, con toda regularidad, son los techos; más fácilmente cuando la población termina por todos los rumbos en casas. Si no hubiera sino edificios centrales, muy mitigado sería este desorden, así como es cosa segura que la supresión de la delantera de los autos imposibilitaría a los transeúntes de darse contra ellos y estos vehículos serían usados sólo por dentro.

Sin ninguna pretensión difundo estas informaciones. Pero sí es cierto que me halago de poder comunicar lo siguiente:

En cierta localidad por influencia de un municipal cuyo nombre no os perdono equivocar pese a mi modestia, organizóse tan bien el desorden de partida y de llegada de los techos en las tempestades que todo perjuicio se anuló, pues si bien es cierto que no pudo impedirse que estos preciosos adornos de las habitaciones se alistaran, como siempre, de los primeros en la subversión del viento, se les había podado con medida tan exacta los aleros anualmente, junto con la poda de árboles y por el mismo personal municipal tan experto, que las azoteas expedicionarias ofrecían el

espectáculo de un trabajo inútil, dado que iban cayendo sobre las casas cuyo techo acaba de volar, reemplazándolo tan bonitamente, que la familia ocupante no notaba interrupción alguna en el servicio de techados.

Cuando la circulación de techos se daba por terminada, quedaba, naturalmente, destechada la primer fila de casas y descasada la última línea de techos, algunos de los cuales podían haberse asentado sobre una vaca o un peral, sin provecho comparable al que procuran cubriendo casas. Entonces por un movimiento municipal envolvente se hacía girar los techos dispersos, en una hermosa curva hacia atrás hasta que cayeran sobre la fila de las casas destapadas; a veces una tormenta del opuesto cuadrante lo hacía todo. Sólo una vez se tuvo inconveniente con esta preparación sabia; y fué que los techos de aquel municipio eminente volaron injustificadamente, engañados por un remesón de terremoto que creyeron vendaval y usurpando por error el turno de los cristales, que son los que deben romperse y desordenarse en los días en que corresponde terremoto.

La hábil fórmula de municipal preocupación que rememoro, tuvo particular premio por obra de un vecino rico y agradecido, quien regaló a la urbe un bosque; la municipalidad dispuso dotarlo inmediatamente de arbolado, pues nuestra comuna no aprobaba otro decorado, con fondos oficiales, que el constituido por plantas y no era congruente que el bosque, nuevo bien municipal gratuito y valioso, careciera de este ornato invariable de calles, plazas y jardines.

BOLETERÍA DE LA GRATUIDAD

No obstante lo muy concurrida que está siempre esta deliciosa boletería, he podido abrirme paso y he comprado, gratuitamente, la siguiente información, que os doy a precio de costo: En todas las ciudades, aunque nadie lo haya gestionado, hay un abogado más alto de estatura que los otros; pero en Buenos Aires, donde el suelo muy bajo favorece las estaturas, hay el abogado más alto del mundo, gran amigo mío y muy buen compañero, es decir, hasta la altura de los hombros, que es hasta donde lo conozco y soy su amigo. Es un caballero y debe ser bueno, aunque yo no lo acompañe, en la demasía hacia arriba. Es tan alto que podría su cabeza tropezar con su propio sombrero puesto. Pero no se dude por esto de que con los pies llega hasta el suelo, como me lo han preguntado algunos; es allí donde comienza nuestra amistad y la posibilidad de entendernos.

Pues bien, en Córdoba donde por la elevación sobre el nivel del mar, a los viajeros de Buenos Aires el piso

les llega hasta las rodillas, por falta de costumbre, no tenéis idea de la preocupación que pesaba sobre Buenos Aires cuando este abogado crecía (fué él quien me mandó a Córdoba en 1900, con una misión por 2 días, los que yo le di a elegir, a mi vuelta, entre los 32 que me había quedado) y no comprenderéis la emoción de alivio que corrió en nuestra capital cuando los telegramas de los diarios serios anunciaron "que el Dr. N. ha cesado desde esta mañana de crecer". Esta noticia fué confirmada hasta la seguridad, y llegó a mí en Córdoba cuando yo me hallaba casi a punto de aprender a usar el suelo cerca de las suelas. Como yo vivía en la preocupación de que llegaría un momento en que se haría imposible escalar la amistad y el trato con mi amigo, mi alegría fué tan fuerte que cambié por 7^a vez de hotel en Córdoba y me olvidé de diversos pagos prescriptibles. La línea de hoteles que yo había escogido para acreditar con sucesivas traslaciones mi propósito de regreso, partía del centro hacia la estación ferroviaria, pero como todos ellos estaban en Córdoba yo telegrafiaba: "No puedo regresar porque todavía estoy en Córdoba". Así que cuando me encontré con el Dr. N. en Buenos Aires no necesité darle ninguna explicación. Por otra parte, al encontrarme de nuevo con un suelo tan bajo, mi fatiga para recobrar pie me hubiera impedido especificar explicaciones. Durante un mes no podía estar conversando con nadie sin hundirme en la conversación, empezada a nivel; y la tarea de bajarme las rodillas para no

quedarme en el aire me imposibilitaba toda atención y cortesía.

Han dicho algunos que sólo una cabeza tan cerca de las nubes como la del Dr. N. pudo concebir la idea de mandar abogados a Córdoba. Otros insinuaron aquí que yo tuve la habilidad de que mi último hotel fuera el más próximo a la Estación y al agotamiento de mis recursos pecuniarios, coincidencia no casual.

Así se alteran las cosas con el tiempo; otro día tendremos para rebatir esto.

DESPEREZO EN BLANCO

EN aquellos tiempos pasados tan lejanos que no existía nadie, pues nadie se animaba a existirlos por lo muy solitarios que eran para toda la gente, y además, no se podía pasar ningún rato en ellos porque carecían de presente en el cual todos los ratos están contenidos y otros además, pues como estaban perdidos en la “noche de los tiempos” no se veía dónde estaban; lo que impidió alojarse en ellos, todo lo cual lo sabemos por la Paleontología —tan conocedora del pasado como ignorantes nosotros del presente—, en aquellos tiempos que las personas más ejercitadas en la vejez recuerdan olvidar, nuestros pies eran cascos y el hombre inteligente les dió un amparo que no necesitaban, rodeándolos de botines por la parte de afuera, acomodo que nunca habían conocido, pues hasta entonces habían pertenecido al mundo exterior y no sabían lo que era ser ellos una cosa de adentro de nada; por el contrario, se caracterizaban y se les

reconocía por hallarse siempre disparados y lo más distantes posible siendo lo más alargados, externos, salidos y correcalles que hubiera, además de su singularidad eterna de ser un artículo par, y andar obli-gando a todo a ser par, como par de medias, par de botines, a diferencia de la nariz que se basta con un arco de anteojos, puesto encima para ser impar.

Es comprobada la constancia de los zapateros que nunca han variado de ocupación siendo ellos siempre los que hacen los botines y han aconsejado su colocación en los pies como la más cómoda, muy superior a la costumbre nunca usada de llevarlos en una valija o en el bolsillo. No son los peluqueros pues los que hacen todo incluso botines, como pretenden hacerlo creer por su peinado y la conversación que dirigen a la cabeza del cliente como para llenársela por si está vacía. Si usasen la conversación partida al medio como su inimitable peinado, tendrían para dos clientes a la vez, mas como cada cliente tiene otro artista para él en ese momento, un fuerte sobrante de conversación fluiría hacia la puerta del negocio y correría por las calles, teniendo su manantial en las barberías y su cauce en la calzada, que según indica su nombre, es jurisdicción de los zapateros.

No veo otro camino para que los peluqueros inva-dieran, como tanto lo han deseado, el oficio de aque-llos, logrando hacer brillar su arte en ambos extre-mos anatómicos. Por otra parte, el peinado es una manera de pensar por fuera de la cabeza, por lo que debieran sentirse orgullosos los artesanos que toman-

do la navaja al dejar las tijeras, nos tienen tan acobardados y sitiados como para despojarnos de nuestro cabello sin protesta ni intento de fuga.

Pero volviendo al asunto inmediato que no olvidaré un solo momento, quería enseñar que si las durezas plantales originaron los botines, éstos están haciendo nacer tantos que pronto volveremos a la dureza única. Es, pues, un círculo el progreso y la espiral de Goethe no condice con el piloso principio y el coriáceo final de la anatomía humana.

UN ARTÍCULO QUE NO COLABORA

DESDE los tiempos cuando los jilgueros volaban hasta los en que se tuvo gobiernos capacitados para postergar con urgencia cualquier asunto y especialmente la hora de los eclipses solares, que a veces por descuidada combinación de los astrónomos preparadores caen en instantes en que sólo pueden disfrutarlos los trasnochadores más próximos, se me viene solicitando de "Martín Fierro" un artículo breve o que yo sea breve en un artículo. (La preocupación de "Martín Fierro" por sus lectores no reconoce límites; pero nada lo hará feliz, pues por nuestra parte el límite de los colaboradores no reconoce preocupación.)

Me costará pena por estar fuera de mis hábitos, aparte de ser cosa notada que siempre seguimos la misma costumbre que hemos cambiado. De mi agrado ha sido que los artículos parecieran breves; mas tras múltiples pruebas resulta que el lector no se atiene a la apariencia; los desea efectivamente cortos; sólo así los ve breves. Artículos que duren poco, ¡qué gente de sueño fácil!

Por diminuto que sea un trabajo debe empezar.

Pero los Directores no lo entienden así; no pueden ver que un artículo se empiece. Es un alarmismo tal que sólo se tranquilizan de que no será largo si uno les promete no comenzarlos.

Todo lo que puedo es empezarlos cortos. En este esfuerzo he logrado hacer de mis primeros cuatro renglones una reconocida notoriedad de brevedad. Está debidamente codificada entre todos los lectores del mundo la regla de ausentarse después de la cuarta línea; a esta altura yo cuando leo, suspendo; cuando escribo, sigo, pero justificadamente, pues la brevedad ya la he satisfecho al principio.

Me parece que yo hago como todos (dicen que el tartamudo cree que todos son de su tartamución. Me gusta más el dicho "el ladrón cree que todos son de su condición", porque es aconsonantado; y es un placer tan grande leer "ón" y unos segundos después otra vez "jón!" Sólo así el dicho contiene sabiduría). A la altura en que autor y lector cesan de acompañarse puede escribirse ampliamente. Y está tan bien acomodado esto de no pasar del cuarto renglón, que ningún lector sabe que desde la línea siguiente no hacen otra cosa los autores que hablar mal de él.

Así, pues, es inútil el empeño de los señores Directores de "Martín Fierro". Después de la cuarta línea no hay nadie a quien proteger.

Por lo demás, yo distraiendo a ambos Directores, al uno con los jilgueros y al otro con el eclipse, he logrado que sin oposición este artículo quedara totalmente empezado.

ARTÍCULO DIFERENTE

EN los días en que toda la literatura es: “Señor, habiéndose derretido la ley de alquileres, prefiera Vd., desde hoy, en esta *su* casa por esa *mi* casa, pagarme 80 pesos más, etc.”, me dirigí a “Martín Fierro” pidiéndole me aumentaran espacio para los escritos. Con tal mala suerte que se me contestó mandara sólo artículos cercados o sea contenidos por un cerco y que tuvieran la solución cerca, y, además, que ocuparan un solo lugar. De modo que no he podido saber qué gusto tiene un aumento, cuando toda la población lo sabe. La comunicación de los directores no dice si avisarán cuando estén de mejor humor; no usan post-datas que alegren. Si insisto me van a prosperar hacia la calle.

Así que, estimado lector, hoy no publico más que la mitad de lo que se ve aquí.

Toda persona que haya estado en este mundo sin techo y con moral, redondo en esta semana y que no sobra por ningún rumbo, habrá redondeado, en día

de soberbia, el pensamiento de haberle tocado sólo a él nacer del lado en que las tortitas tienen azúcar, que es frente mismo adonde sobresale la manija del planeta que “gira alrededor de sí mismo” —si pudiera yo girar en torno de mí mismo me repararía la espalda del sobretodo al retirarme de cada pared—; y viendo que este mundo no es como los días jueves que alcanzan para todos, sino corto, de economizar, que se consume por donde lo gastan, disfrutándolo el que llega primero —que no son todos— tendería su mano afanoso a dicha manivela en procura de dirigir el globo hacia donde él está; si bien esto es algo imposible en mecánica estricta hallándose la persona y el mango en un mismo sistema de coordenadas. Pero las “recomendaciones” son la genuina cuarta dimensión que se busca, y en mecánica laxa, interesándose personas de influjo se le cepillaría la incongruencia a mi proposición. Un sobreviviente de las conferencias de Einstein me garante que esto es todo lo que le entendió; me confesó dicho amigo que él asistía con el plan de entender; de modo que no hay nada que dudar en el asunto; ni se puede discutir cuán enojoso habría sido para Einstein conocerle semejante plan.

Sigo aquí porque es donde debe continuar un artículo diferente.

Siendo esto así y lo demás de otro modo, es casi seguro que las continuaciones alargan los artículos y también que todo hombre creyó alguna vez tener en su poder la manija de este quejadero redondo y que

no hay en Buenos Aires esquina tan larga que permita esperar en ella todo el tiempo necesario para catalogar cuantos proyectos se le ocurrirían a tal hombre de lo que haría y desharía con el mundo, en que nosotros estábamos tan tranquilos. De mí sé decir —suerte que me tengo a mí hoy y aquí; si no no sabría nada de lo que piensa una persona en tal emergencia— que hallándome en esa afortunada prerrogativa imprimiría a dicha manivela impulsión tan brusca y bajo tan exquisito cálculo de direcciones, que saltarían del planeta las 298 morales, las 1413 religiones, las 921 superioridades de raza y nacionalidad, y los 198 motivos de envanecerse de haber nacido en algún punto (¡qué trabajo me dió formular tantas cifras variadas, sin repetir centenas ni decenas!), cuyas despedidas entidades encontrándose y fundiéndose compusieran un grumo que tapara el agujero de entrada al mundo de la infatuación y la mala voluntad.

Ahora, considerado lector, espérame en esta esquina, que vuelvo en seguida: tan pronto como me haga millonario y haya entendido al tiempo como forro del espacio, según Einstein. Si tardo más de lo imputable a estos motivos, será porque estaré buscando el farol de nuestra ciudad a cuya luz sea fácil comprender por qué razón hemos creado una civilización de privados sexuales, de prohibidos; tardando todavía será que mi solapa está en manos de un partidario de Debussy frente al Odeón, o porque estoy pasando lentamente de la teoría luética a la parasitosis, como nuestro genial clínico, o porque estoy frente a la bobería

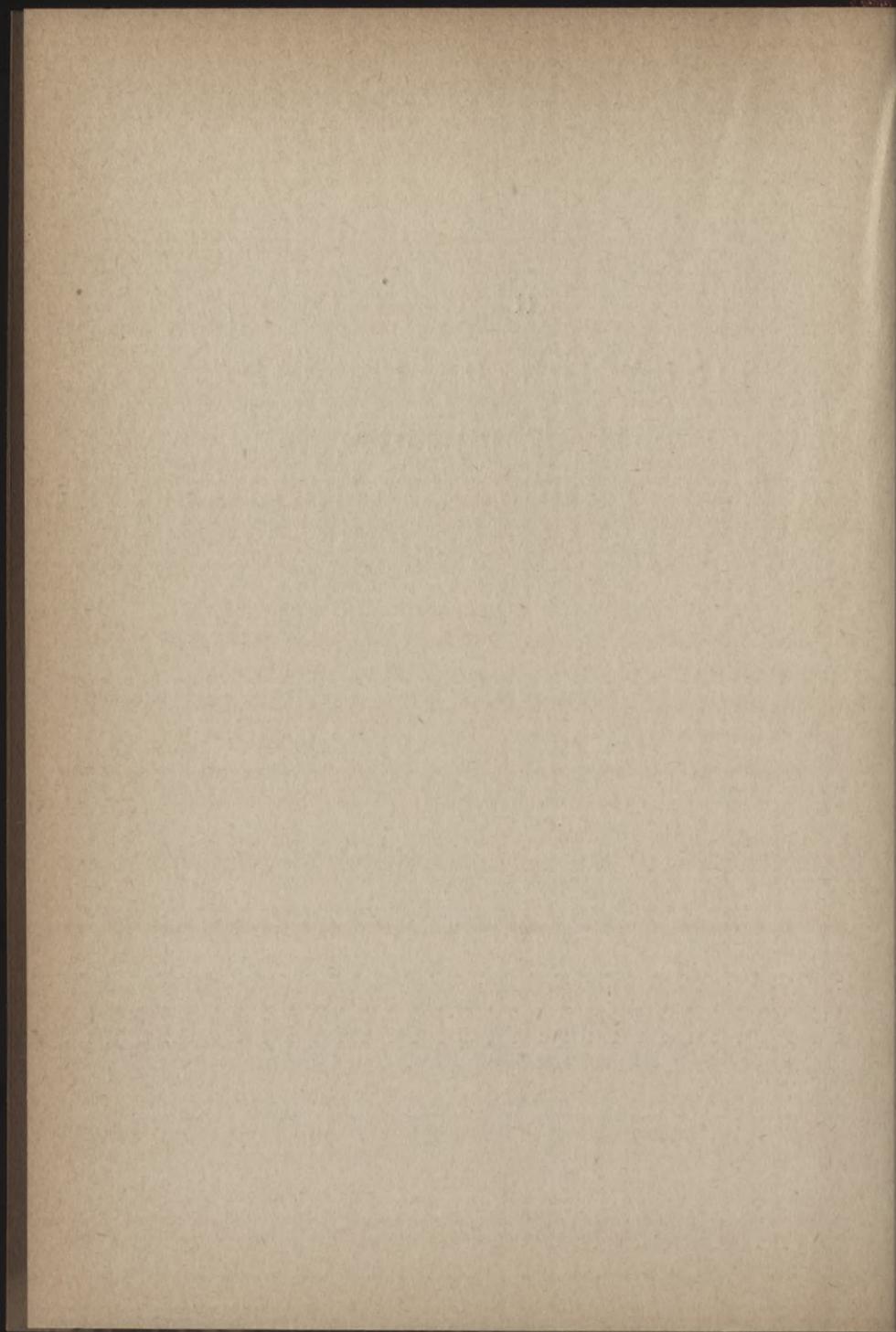
en mucho bronce de Rodin, procurando adivinar en qué piensan los músculos del "Pensador" (¿es Dempsey o no es Dempsey? Los pensadores son más friolentos; éste se saca la ropa para poder pensar).

En fin, en un país de pastores, con diez generaciones de dieta cárnea, en que se permite comer remedios y se prohíbe comer carne, hay mil motivos de entretenerse con tal que uno no se entretenga delante de una vidriera de frigorífico, quizá porque éstas, afiebradas por el tráfico, han dado también en atropellar.

II

CONTINUACIÓN DE LA NADA

(MITAD INCONFUNDIBLEMENTE 2º)



(ATENUANTE)

Todo sobre, e incluida, la Nada; sólo de la Nada pero no toda; de la nada hay más; algunos de sus entornos, pues son muchos.

UNA reflexión que se me ocurrió con el retardo usual en los temperamentos activísimos que se alaban en todas las biografías, es la de que el inverificable lector de "Papeles de Recienvenido" quizá no se decidió a creer hasta hoy que ese libro era el principio de la Nada. Para que no vacile más, me pareció un deber caracterizar mi nuevo trabajo como de continuación de ella. Ya no esperará más aquel lector para exclamar: "¡Bien me lo parecía, aquello era el Comienzo de la Nada!" Ahora los lectores de Recienvenido comprenderán que la Nada y su Ayudante han empezado. Y hasta sabrán que es continuable.

La nada por imperativo de su concepto es tan opuesta de lo grosero del realismo que ofrece la dificultad, luchando con la cual me verá el lector actual si llega a lector siguiente o posprefacial, de que quien la trabaja tiene muchos momentos en que no sólo no sabe

si está escribiendo la segunda o la primera parte, sino aún de si ha acertado con la nada, y si certeramente es de ella que está tratando. Y eso que quien con ella mucho trato tenga le notará hasta insolencia en su cadadura Existencial.

Un presentimiento de este arte noble de la nada por la palabra hay ya en todas las obras inconclusas —cartas no contestadas, discursos, sinfonías, estatuas trunacas— de las cuales un inexperto o grosero en lo artístico lamentaría que por una adversidad o catástrofe no hayan seguido; yo las encuentro que tocan a lo artístico, precisamente en lo que les falta, que son como especies de comienzos del no empezar, de llegar por lo menos a lo de entrada inacabable, o sea al noble cultivo de la nada.

Amo y cultivo la nada insolemne, no me refiero a la nada voluminosa en páginas de tanto discurso y “memoria”. Sería deplorable que el lector se extraviara en lo existente cuando yo le prometo como único arte pasearlo en las espesuras de la nada.

Comience, pues, la nada y no con poco bulto; como ocupa lugar, sólo lo que quepa de ella en este libro tendrá el lector. Pero no la piense concluída.

Debo aclarar, autobiográficamente, en estas notas con la nada perseguida, que mi afición al lleno de los vacíos se me manifestó de entero *desde joven*. Cuando ya lo era, hice una frase atrozmente literata como ésta: “Ido el Sol, el mundo se llena de su ausencia”;

después en crónica literaria esta otra: "Este libro viene a llenar un gran vacío, con otro". Me ocurrió, en fin, para llenar algo, pues no duraba vacío conmigo, integrar un terceto sumándome a un dúo. Helo aquí: Un amigo había escrito un libro de título "Hacia la Vida intensa"; años más tarde, otro amigo encantador publicaba a su vez "Hacia la Nada", satisfaciendo una íntima preocupación de su temperamento negador de las posesiones de la vida. Queriendo integrar con ellos un terceto armonioso, llegó a ocurrírseme por fin proyectar mi libro "Hacia la Nada intensa", que nunca se publicó. (De paso señalaré un vacío: el bibliográfico de un libro que falta sobre las industrias del vacío.)

Viniendo a mi libro, querido lector, espero que reconoceréis que también es de los que tienen el mérito de llenar un vacío con otro, como todos los libros. Viene a colmar ese gran vacío que han cubierto todas las solemnidades escritas, habladas, versificadas, desde miles de años, tanto vacío que no se entiende cómo ha podido caber en el mundo. Con la diferencia de que el vacío que llena con otro mi libro es su verdadero asunto. Hay que descomponer la última de las cinco parejas inmortales: Sócrates y Platón, Plauto y Terencio, Castor y Pólux, Héctor y Paris, Solemnidad y Esterilidad; cuando lo serio va con lo solemne, es que lo serio no va: lo mío no va solemne porque no es estéril: por fin tendréis la Nada.

He anunciado, pues, que en "Papeles de Recienvenido" dejé anticipada con positivo volumen a la Nada,

en su primera mitad, como espero que haya sido unánimemente conocido por los entendidos. Consagración tan pronta y aguda me hizo ya "autor comprendido" con sólo principiar. Es serio que yo dé la mitad con final, la segunda, bien diversificada parte, aunque sea una lástima que la Nada se concluya. Pero ¿siempre ha de aumentar?

A FOTOGRAFIARSE

AUTOBIOGRAFÍA

POSE Nº 1

EL Universo o Realidad y yo nacimos en 1º de junio de 1874 y es sencillo añadir que ambos nacimientos ocurrieron cerca de aquí y en una ciudad de Buenos Aires. Hay un mundo para todo nacer, y el no nacer no tiene nada de personal, es meramente no haber mundo. Nacer y no hallarlo es imposible; no se ha visto a ningún yo que naciendo se encontrara sin mundo, por lo que creo que la Realidad que hay la traemos nosotros y no quedaría nada de ella si efectivamente muriéramos, como temen algunos.

En vano diga la historia, en volúmenes inmensos, sobre el mucho haber mundo antes de ese 1º de junio; sus tomos bobalicones es lo único que yo conozco, (no sus hechos), pero los conocí después de nacer, como todo lo demás. Lo que me podría convencer sería el Arte, más gracioso y verdadero: un preludeo

de Rachmaninoff, una mirada creada por Goya, pero no es tan crédulo el arte, no abre la boca ante los cortejos de pompas fúnebres, como la historia.

Nací, otros lo habrán efectuado también, pero en sus detalles es proeza. Lo tenía olvidado, pero lo sigo aprovechando a este hecho sin examinarlo, pues no le hallaba influencia más que sobre la edad. Mas las oportunidades que ahora suelen ofrecerse de presentar mi biografía (en la forma más embustera de arte que se conoce, como autobiografía, sólo las Historias son más adulteradas) háceme advertir lo injusto que he sido con un hecho tan literario como resulta la natividad. (El dato de la fecha de ésta se me ha pedido tanto y con una sonrisa tan juguetona, que tuve la ilusión de que ello significaba que era posible una fecha mejor de nacimiento mío y se me alentaba a elegirla y pedirla, que se me habría de conseguir. Por si acaso, aunque no han progresado ni declarándose estas cortesías, dejo dicho que me gustaría haber nacido en 1900.)

Como no hallo nada sobresaliente que contar de mi vida, no me queda más que esto de los nacimientos, pues ahora me ocurre otro: comienzo a ser autor. De la Abogacía me he mudado; estoy recién entrado a la Literatura¹ y como ninguno de la clientela mía judicial se vino conmigo, no tengo el primer lector todavía. De manera que cualquier persona puede te-

¹ ¡Muchas gracias!, dijo la Abogacía; ¡Nadie se asuste!, dijo la Literatura; ¡Conmover!, dijo la "todo es lo mismo" Impasibilidad.

ner hoy la suerte, que la posteridad le reconocerá, de llegar a ser el primer lector de un cierto escritor. Es lo único que me alegra cuando pienso la fortuna que correrá mi libro: "No toda es vigilia la de los ojos abiertos". No se olvide: soy el único literato existente de quien se puede ser el primer lector. Pero además mi libro, y es más inusitado esto todavía, es la única cosa que en Buenos Aires puede encontrarse aún no inaugurada por el Presidente. Se están imprimiendo todos los certificados de primer lector mío que se calcula serán necesarios. Y para retener al libro el segundo precioso mérito que lo adorna, el Editor ha puesto vigilancia en todos los caminos por donde pueda acercarse una Inauguración Presidencial infortunada ¹.

¹ Alusión al sinnúmero de inauguraciones actuadas presidencialmente por el Dr. Alvear.

AUTOBIOGRAFÍA DE ENCARGO

POSE N.º 2

Soy argentino, desde hace mucho tiempo: padres, abuelos, bisabuelos; antes España por todos lados. Creo que desciendo de uno de los mayores o más grandes, —qué feo y obligatorio modo de calificación — pintores españoles, del cual heredé y he acrecentado una incapacidad completa para el dibujo, vista poderosa, pupilas de un inútil color azul, pues veo el mundo bajo los mismos colores que lo ven los de ojos negros y el agua es incolora para mí como para ellos, de modo que el que se tomó el trabajo de pintarme las pupilas —debe haber sido Dios— no previó, por esta vez, que yo sería torpe para utilizar adornos; o quizá estoy mirando por debajo de las pupilas como quien se levanta los anteojos a la frente; si esto me sucede sin saberlo no es extraño, pues recién a los cuarenta años he sabido que duermo del lado derecho. ¿De qué lado duerme Vd., lector? Vd. me contestará: “—Antes dormía de espaldas, pero ahora . . .” —¿Có-

mo "ahora"? ¿Ya se duerme Vd. en mi primer página? Déjeme hablar... "—¡Cómo "déjeme hablar"; ya quiere Vd. ser autor! — Y bien, sinceramente, somos dos descontentos de lo que estamos: yo escribiendo, usted leyendo, y de buena gana nos intercambiaríamos.

Soy un convencido de que jamás lograré escribir. Ahí está ese gran pensador que se me hizo odioso desde que quiso encerrarme en el duodécimo paréntesis de su primer página; salté el palito final cuando ya lo estaba parando él y me juré no leer. Pero no leer es algo así como un mutismo pasivo, escribir es el verdadero modo de no leer y de vengarse de haber leído tanto.

Tengo profesión liberal; soy bastante pobre. Si dijera "estoy pobre", el lector creería que le iba a pedir algo; es la verdadera frase pues mi mala situación no es accidental. Esto lo explicaré después, recuérdemelo.

Soy flaco y más bien feo. En cuanto a mi salud, ni un boticario hijo de médico y casado con partera la tiene peor. Tengo un lote de enfermedades, pero creo que con una me bastará al fin. No las combato porque no sé cuál es la que necesitaré en mi último día, día que espero será muy concurrido y en el cual todo el mundo descubrirá, con un talento que siempre disimularon, que yo era buena persona (como yo lo había notado y lo he dicho siempre).

Por el momento no tengo más que cincuenta años, lo que no es mucho si se tiene en cuenta mi primer

fecha. Contando los que viviré todavía algunos me dan sesenta; descontando lo dormido con los ojos abiertos (he leído tanto, se hace tanta política en mi país, hay tantos vegetalistas, moralistas, salvacionistas, tantas estatuas de hombres abnegados, tantas hondas y agudas sentencias jurídicas con "acopio de doctrina" acerca de si los pasadores de las ventanas debe reponerlos el propietario o el locatario, tantos mártires de la obra pedagógica, tantos centenarios de hombres ilustres a causa de que cada uno de ellos tuvo su respectivo nacimiento, fecha que se soporta cada año por impulsión aniversaria, tantos conferencistas y concertistas, tantos discursos de "piedra fundamental" de inauguración), me atengo, por contradecirlos, a cuarenta.

Mi altura no es mala; depende del uso. Por debajo empieza al mismo tiempo con la de Firpo; por arriba deja suficiente espacio hasta el cielo, pero es muy mala para erguirme bajo un postigo de ventana aunque un momento antes me ha servido bien para atarme los botines. Parece increíble que todavía se usen los botines donde no alcanzan los brazos.

Supongan ustedes que yo nací, desde chiquito, en una casa de modistas y supongan también que en aquel tiempo, como hoy, había cosas, no todas, que se hacían a prueba, se daban a probar; y que en tal casa había una salita ahondada de espejos para probar las clientas los nuevos vestidos. (Creo que un índice científico del grado de felicidad de una época y comunidad es el mayor número de cosas que se acostumbra "dar a

probar" y no sé si hoy, me parece que sí, son más que las que disfrutábase en mi juventud.)

En aquel tiempo, puesto el vestido, la persona se veía un poco menos que antes; ahora ese menos verse la persona ha aumentado, menos menos; casi el vestido no tiene nada que ver con esto de cubrirse, con la ventaja ¡increíble! de que se ve la persona y el vestido. (Alguna vez estudiaré cómo el desnudo se reduce a ser modestamente un escote totalitario simultáneo o la suma de todos los escotes sucesivos inocentes posibles a una sola persona.)

Hasta la edad de seis años, yo entraba y salía (hoy no hubiera salido) de la salita de pruebas y ninguna de las clientas me veía, veía que yo andaba viendo. Todo fué descubrirse en casa que yo había cumplido los seis años (yo no creía que se le conociera a nadie en la cara; ¿cómo se sabe?) para prohibírseme la entrada bajo pretexto de que yo antes veía y ahora miraba. Pero saqué de ello el provecho de una gran inclinación por las matemáticas en punto a curvas y ángulos.

A los siete años ya aprendí a venirme abajo de un balcón y llorar en seguida; el golpe no me desconcertaba; no me acongojaba antes de llegar al suelo cuando todavía no tenía utilidad el llorar ya.

Fué demasiado grave para un principiante: caí diez metros seguidos, orientado en perfecta vertical y sin *entretenerme* nada en el trayecto como siempre se me ha recomendado en los "mandados": todo lo hice sin ayuda. 10 metros para piernas de 7 años es mucho

siendo uno solo el que se cae y además los matemáticos no lo aprueban ni quieren creerlo por la desproporción de metro por año. Tan grave fué que no es seguro que yo exista después de ella y de tiempo en tiempo los diarios anuncian mi defunción porque algún cronista ha oído en conversación que hace cuarenta años me tomé de la baranda de la vertical durante diez metros continuos.

(El suelo, que está dondequiera que un porrazo se completa y que, buen compañero, no falta a nadie en la caída, es la altura nunca menospreciada de un aviador de piso, como yo. Esos navegantes del aire que se lanzan afanosos a lo alto como si se propusieran volver a fumar el humo del cigarrillo exhalado momentos antes, harían algo análogo a lo que recientemente me aconteció a mí cuando caminando con un amigo tropecé, mientras le hablaba, tan violentamente hacia adelante, que alcancé las palabras que acababa de pronunciar: me oí a mí mismo y tuve oportunidad de corregir un cierto gran disparate comenzado en ellas.)

Ejecuté tan bien el venirse abajo que se me atribuyó vocación especial y en el barrio cuando algún chico por descuido pudo caerse, viéndole todos al borde de un balcón vacilando, corrían a mi casa a buscarme para que yo tomara por él el encargo de la caída. Mis chichones sobresalían no sólo en el cuerpo sino en el barrio; aún entre tumefacciones, ya de por sí relevantes, las mías sobresalían y en chichonería comparada era yo persona de fama.

Mi norma, en fin, era: empezar con caídas la maestría de equitación, pero, de caballos chicos.

Como escribo bajo la depresiva inseguridad de existir, basta por hoy de una literatura quizá póstuma; soy más prudente que Mark Twain, el otro solo caso¹.

¹ Un mérito excelso en Twain es que fuera tan jovial a pesar del terrible infortunio en que vivió todos sus años después de la edad de ocho, cuando, bañándose con su hermano mellizo y en extremo parecido, ahogóse uno de los dos sin que nunca haya podido saberse cuál.

BIOGRAFÍA DE MI RETRATO EN "PAPELES
DE RECIENVENIDO"

POSE N° 3

CUANDO miré aquel retrato largamente y fui convencido de que aquella cara tan decidida, perfilada y alegre era la mía, tuve el acierto de hacer publicar en los diarios una circular previniendo que yo no era el que se había sacado la lotería en la jugada de esa semana, porque comprendí sensatamente que mi retrato de "Papeles de Recienvenido" —y ese retrato es lo único que se ha leído de dicho libro— era "la cara del hombre de la lotería recién sacada". Con todo, tuve que mudarme de domicilio —lo que con menos motivo ejecuto más o menos mensualmente— y se insistió ante mí para donaciones filantrópicas, etc.

Después de ese exitoso retrato he trabajado quince años en parecérmele, que tal es la dificultad; creo que esta tarea logra menos resultado feliz que la del fotógrafo en hacer buena una cara fielmente fotografiada. Y en lugar de servirme para algo la experien-

cia, resulta que cada año me sorprende más torpe en el parecido.

Lo añadible aquí, siguiendo el eco del título de este libro y para que no se me acostumbre el lector a leer corto, sería que:

Así como tan lozana imagen de una fisonomía otra me constriñó al plan de mostrarme lo menos posible en persona para que siguiera vigente y aprovechado al sumo el retrato, así debí luego recluirme del todo para que no se me conociera el carácter luego que unas páginas del Poeta Máximo que es a mi juicio Ramón Gómez de la Serna me favorecieron con un elogio grandísimo de mi carácter e inteligencia.

A aquella fotografía y esta biografía se debe mi constante estar a domicilio. (Pues el haber dejado las llaves en el otro pantalón es para cuando uno se queda afuera de la casa ¹.) Y las fotografías fieles a otra cara no hacen infiel a sí misma a la nuestra.

Adiós, lector, no te acompaño a la puerta porque ¿quién va a salir a la calle para desmentir retratos y biografías propios?

¹ Noto que aquí el lector clama por un descanso. La Nada lo ahoga.

BIOGRAFÍA POR CORREO

POSE N° 4

ME parece que es un hecho de la vida, o sea un hecho biográfico, un suceso que permite decir del biografiado: “Entre sus *actos personales* hubo el hecho de recibir una carta por correo, sin ningún pre-anuncio y de una persona que de diez años atrás no veía y de quien nunca se imaginó haber llamado la atención, una carta toda ella empleada bajo estampilla de correo en biografiarlo, con una gracia, agudeza y calor de estimación gratísimos”.

La epistolar biografía la hago conocer de mi lector actual para que se diga de mí, tenga o no otros méritos: “Era hombre de hechos —que biográficamente son actos— como el de recibir cartas amenísimas, cartas con una total y amenísima “biografía por correo”, espontáneamente, de persona que sin trato durante diez años simuló haberse olvidado de olvidarlo, o disimuló haberse acordado de olvidarlo”¹.

¹ O: “Disimuló haberse olvidado de olvidarlo, o simuló haberse acordado de olvidarlo”. Arrégleselas, lector, entienda; pierda un kilo aquí; no le hará mal, no le pese, que, siguiendo, pronto pesaremos lo mismo.

CARTA CERRADA A MACEDONIO FERNÁNDEZ

Quiero decirle a Macedonio Fernández algo que él ya sabe. Quiero decírselo, no porque lo sepa él, sino porque es un secreto: un secreto entre los dos. Hasta hoy no había leído ninguna de sus obras. Me refiero a sus obras escritas. Pronto he de decir por qué lo he hecho hoy.

Macedonio Fernández es grande. No tiene perspectiva. Porque es aún más grande desde lejos. Allá, en su cuarto de la calle Guido, abrigado por tres o cuatro chaquetas de punto bajo el sobretodo, envueltos la cabeza y el cuello en una bufanda gris de la que se escapaban unos lacios mechones blancos, me rodeaba, sin saberlo, de una suave atmósfera de calor y de intensidad de la que antes gozaba yo sin saberlo y de la que ahora sufro por saberlo.

Hacia las personas que más he querido, siempre sentí el cariño por arrebatos, por oleadas. Hasta con meses de intervalo. Con años, quizás. Pero yo no quiero ofender a Macedonio Fernández. Él sabe.

Tango del pensar. Cigarrillos del pensar. Cuarto desnudo del pensar. Desorden del pensar. Rasgueo del pensar. Luis Alberto Sánchez se equivoca: a Macedonio Fernández nunca lo oí puntear. El *from from* de su guitarra me acompaña a veces, como su calor.

Porque he tocado la guitarra de Macedonio Fernández. Solía prestármela, no sé si de buena gana. El

no sé no quiere decir que no me importara. Significa que yo carecía de tacto. Pero él me la entregaba con una sonrisa. Como si supiera que esa guitarra no servía para tocar. No creo que fuera la guitarra de un abogado. Era la guitarra del pensar.

De un lado de la pared, su cuarto, denso del humo de mil marcas de cigarrillos, de ideas y de sentires. Del otro, la pieza en que yo, con tanto afán como inconsciencia, me empeñaba en no malograr mis fracasos.

Macedonio Fernández no nació desnudo. Para mí que nació desollado. Por eso se abriga tanto. Yo, en cambio, nací curtido. Las horas me han desollado el alma.

Me alegro de no haberlo visto ante terceros, y me reventó haberlo encontrado en la calle. Ahora me gustaría estar con él aunque fuera en un café. De esperar esa oportunidad ya me han salido ampollas en mi esperanza.

Pero de él no me ha quedado ninguna imagen. Apenas una dedicatoria a lápiz en un tango de cuyo título es autor. Claro está, *Tango del Pensar*. Ese tango nunca aparece cuando quiero encontrar a Macedonio Fernández. Pero tropiezo con él siempre que, apurado, estoy buscando alguna cuenta impaga. Dije que de Macedonio Fernández no me queda imagen alguna. Apenas el *Geist* de los cuentos de Grimm. Y hoy salí resuelto a conseguir sus libros. Sólo di con dos: los *Papeles* y *Una novela que comienza*. Los demás estaban agotados. Le tomé rabia a Luis Alberto Sánchez.

Fué por lo del punteo de la guitarra. Y porque se olvidó de los postres que se aburrían, sobre sus encajes de papel, tirados por los cuatro rincones de la pieza. Y de la hermosa niña vestida de rojo que salió al balcón una tarde en que, a fuerza de no saber mirar hacia adentro, me asomé a la ventana. Y de otras cosas más.

No voy a seguir esta carta. Ya se me pasó el impulso, y a Macedonio Fernández no quiero servirle refritos. Pero quiero verlo. Quiero que me conteste esta carta largo y tendido. No sé con qué derecho lo pretendo. Ni a título de qué. No voy a disfrazar tampoco el *quiero*, con sus ropas de trabajo, de *deseo*, mal vestido de etiqueta.

PEDRO DE OLAZÁBAL

LA NADA DE UN VIAJE DE COLÓN

EN otro escrito tropezamos con la nada de un segundo viaje de Colón; una "Continuación de la Nada" debió apoderarse ansiosamente de un tópico tan digno de ella y cumplirle una minuciosa descripción. Para acreditar que lo intenté, aunque débilmente, hago un breve capítulo de repetición de chiste mental, pero no por él mismo sino por ejemplificar con él la manera como cumple el chiste su única definición: ser por un instante el absurdo creído, la nada intelectualista.

La estricta claridad, lo que la genuina inteligencia decide, es que no hay ni "ser" ni "no-ser", pero si se insiste, ha de reconocerse que si el ser es, también el no-ser es, y si el ser es de infinita variedad también debe ser de infinita variedad la nada. Un mérito que tendrá quizá este libro es la ejemplificación de la variedad de la Nada.

Colón se encontraba en Italia cuando nació. Aunque esto le ocurrió a Colón, como a todos los hombres, en un día y año, la fecha exacta no la tenemos hoy: se habrá echado a perder por no haber sido guardada en

un lugar seco y frío; lo cierto es que hoy hombres poderosos o ricos o de celebridad no disponen de esa fecha que los más humildes de Génova la supieron de memoria instantes después. Sólo hay de cierto que el hecho ocurrió en uno de los días de su primer año de existencia y que el día de su nacimiento fué tan exacto como el mejor del año en exactitud. Es una fantasía incomprensible, una teoría a la que nada de tonto le falta, sostener que nació en un día inexacto como alegar que nació en varios lugares: dos o tres de España y uno de Italia, además del de nacimiento. No hay discreción en rodear de estas tinieblas a las fechas y lugares de los reciénvenidos de talento.

Lo cierto fué que el asombro de verse nacido en Génova y tan Cristóbal Colón ya, no le duró tres minutos; desde la cama descubrió continentes en el dormitorio y luego en la cocina los fué descubriendo mayores: a los tres años se hartó de conocer una variedad de humeantes y relucientes receptáculos. Con estas oportunidades sabrosas fueron los contenidos lo que le azuzó a descubrir a América.

Es absolutamente éste el número de los viajes de Colón: dos que hizo y uno que no hizo y que viene a ser el segundo; no se ha encontrado en ningún paraje un cuarto viaje de aquél y el millonario más fuerte no creo que consiguiera adquirirlo auténtico. Las peripecias del segundo viaje han sido juntadas por el historiador Samuel, quien a la conclusión de su relato explica el modo particular como no se hizo, exactamente cual los diarios contemporáneos nos dan en dos

telegramas las atrocidades de un terremoto y a renglón seguido nos enteran de que no tuvo lugar, fué suspendido, o circunscripto por los bomberos; cada víctima retiró su cadáver, y los escombros que habían sido preparados fueron reservados en los depósitos municipales de gallardetes: parece además que estos escombros habían sido adquiridos por el Estado en una negociación poco limpia y no hubieran dado ningún resultado. Las víctimas han quedado contratadas, pues se aproxima la conmemoración nacional.

En fin, quizá si el segundo viaje ha existido, se ha embutido en el primero por la celeridad con que se sucedieron. De todas suertes, no se puede tomar en serio la ciencia de los historiadores; os hablarán del tercer viaje tan cuidadosamente como si se tratara de un viaje anunciado (de horario que uno pudiera utilizar), ni más ni menos que si acabarais de preguntarles qué comodidades ofrecía ese viaje para aprovecharlo con la familia. Del mismo modo un astrónomo, si le preguntáis por dónde más o menos sale el Sol, os dará tan precisos metros y rumbos como si supusiera que se lo preguntáis con urgencia porque tenéis que partir mañana para allí: tanta erudición disgusta a los que sabemos que la astronomía ignora todavía cuál es en el Sol la vereda de la sombra.

Discurro, sin embargo, que tras descubrimientos tan difíciles como los de los modernos exploradores, no sería imposible que se hiciera el tan esperado y deseado de hallar en alguna parte el segundo viaje de Colón; el primero y el tercero, es de todos sabido que se pro-

dujeron: el segundo en cambio fué tan rápido y a oscuras que quizá no tuvo lugar; si este viaje se hubiera perdido, tendríamos el caso de un viaje que naufraga y si nunca fué efectuado debieran moderarse los historiadores y limitarse a registrar que Colón hizo un primer y un tercer viaje manteniéndose sin viajar en el intervalo, ocupado en fundar un colegio y un puente como todos los que vuelven de América.

EL NECESER DE ESCRUCHANTE

EL maniquí que pasaba el día en la mercería y todas las noches era asesinado en la mansarda de un hampón en el mismo edificio, hurtado sigilosamente para ejercicios de asesinato y devuelto cada vez, cobró vida de tanto morir. Pareció preocupado una mañana: yo sé que lo que más le cosquilleaba era el instante de sentirse, nuevamente, a oscuras en la tienda, tomado de la cintura y el aliento del homicida.

Las cosquillas, su función y sensación son el mayor, más caprichoso misterio de lo viviente; ¿no podrían *empezar la vida*? Luego, dejando despavorido al mercero y más a una sensible clienta que pedía en esos momentos rebaja por la inquietante (así lo sentía ella) corbata del maniquí que su delicada mano palpaba, removiéndose y partió perdiéndose en la muchedumbre del Centro. (¿Debió quedarse cortésmente al tacto de la dama; no empezar la vida?; ahora se verá). Y se dirigió directamente a casa de Conan Doyle. Había

nacido máximo pesquisante; ahorcó a éste por mal novelista policial y rectamente fué luego hacia la tumba de Poe sobre la que escribió: "Estás vengado Edgardo Poe".

Esto era urgente. ¿Y la dama? Ustedes juzguen. Aquí es donde un cuento verídico no sigue; hay buen y mal modo de no seguir un cuento.

EJEMPLO DE UNA LITERATURA
DE CIRCUNSTANCIAS, DE QUIEN ESCRIBE Y VIAJA
EN EL TREN QUE PERDIÓ

SI es cierto lo que repetidamente los diarios de Morón, sobresaltados de noticias, informan a todos los que en el mundo se duermen por saberlo, que el conocido escritor oral Macedonio o Marcelino Rodríguez o Fernández, inconfundible notoriedad de la literatura contemporánea cuya celebridad crece día a día y no tardará, pues todavía no se sabe lo conocido que es, en llegar al público, ha resuelto por equivocación balnearia y estival trasladarse en junio a Morón, aprovechándose tanto de lo marítimo de Morón como de lo estival de junio, y con un paraguas lluvioso y un sobretodo grueso de baño ha venido en mayo para no empezar perdiendo trenes como los que dejan todo para el último instante y se apuran a hablar del tren perdido, lo que no carece por cierto de modalidad aristocrática: perder un tren es un esfuerzo al que no todos se resuelven, y envanece y es una especie de puntualidad: para los conversadores del tren perdido sería

suprema satisfacción llegar cuando se ha ido hasta la Estación quedándose únicamente en el lugar el gran Horario que impide confundir al tren siguiente con el tren perdido, el gran Horario, encuadrado, que nos dice para cada tren el minuto trascendental, único que sigue a su partida y en el que el viajero exquisito puede ya hablar de un tren perdido sin temor de que dicho tren esté allí todavía y se vea públicamente comprometido a alcanzarle después de haberlo lamentado por muerto.

Tal vez se ha alejado para lograr el olvido de las decepciones que ha experimentado imaginándose que hasta los ómnibus en Buenos Aires se detendrían para admirar su popularidad literaria, y ha buscado un paraje donde no conozcan que es un desconocido cualquiera.

Si es cierto, repito...

(Cerrado el artículo por ampliaciones.)

UN PACIENTE EN DISMINUCIÓN

EL Sr. Ga había sido tan asiduo, dócil y prolongado paciente del Doctor Terapéutica que ahora ya era sólo un pie. Extirpados sucesivamente los dientes, las amígdalas, el estómago, un riñón, un pulmón, el bazo, el colon ahora llegaba el valet del Sr. Ga a llamar al Doctor Terapéutica para que atendiera el pie del Sr. Ga, que lo mandaba llamar.

El Doctor Terapéutica examinó detenidamente el pie y “meneando con grave modo” la cabeza resolvió: “Hay demasiado pie, con razón se siente mal: le trazaré el corte necesario, a un cirujano”.

VERSIÓN GENÉRICA EN PALABRAS DE LA
VERBALIZACIÓN CORRESPONDIENTE AL ESTADO DE
“ESPERA EN LA ESQUINA” DE LO QUE NO LLEGÓ

CUANDO el Diablo estaba haciéndoles lados del revés a las cosas; desconcertando la concordancia entre los ojales de la camisa y los del puño a colocar; enseñándoles a los techos a lloverse y al llavero a quedarse en el pantalón que uno se cambió; dando uñas a las suegras sin yerno; creando la permanente gota de la lluvia del baño que cae en nuestro cuello cuando nos inclinamos sobre la bañera para lavar las manos; haciendo que los trompos no quieran bailar sino delante de nosotros de modo que cuando al lanzarlos se enreda el hilo en la púa el trompo nos da en la frente; haciendo enredos incontables con el hilo desovillado para el barrilete, con el cordón de la línea de pescar y la lana de tejer; poniendo el sol bajo y de frente a los que se dedican a la pesca; editando esos diarios de ochenta páginas esgrimiendo los cuales con gran bulla, enarbolándole las hojas, no encontramos dos que se sigan y detrás de ellos la familia no nos encuentra

para llamarnos a almorzar; inventando los guantes y los laderos de la cama que no sirven más que para su lado; ese grillo que se entra en la pieza y cuyo gotero de canto nos olvidamos cerrar al acostarnos, y esa canilla que quedó abierta y parece que el agua no cesará de extenderse en toda la casa; esa cabeza de fósforo que estalló entre nuestra uña y nuestra yema; la corbata que no corre dentro del cuello doblado mientras nuestra novia ha llegado y está sola con nuestro primo en el vestíbulo; esa algazara de gatos en el techo que no nos deja oír una trifulca de perros en la vereda; la llave que se quedó entrapada en la cerradura; el chico ahijado que viene a visitarnos cuando no había quedado en la casa más que la joven muca-ma; los dos sobres listos con dirección puesta para las cartas que metemos en el sobre que no es.

Cuando el Diablo hizo llegar al otro lado los agujeros de mantel... Cuando el Diablo...

AUTOBIOGRAFÍA NO SE SABE DE QUIÉN

Por M. F.

O: AUTOBIOGRAFÍA DE UN DESCONOCIDO HASTA EL PUNTO DE
NO SABERSE SI ES ÉL ¹

Y el único que tuvo tal recato, la exquisitez nueva y última sensibilidad de no ser sabido, aún en los instantes de su mayor popularidad, que él aprovechó para ocultarse, como lo hará ahora en esta autobiografía, en la que se ha refugiado para conservarse incógnito. Popularidad que ha quedado también sin saberse, y que marca y descubre a tantos de quienes lo que se celebraba era ignorarlos.

Y tan personal, hasta el extremo de no encontrársele un parecido de detalle con ningún otro. Hecho el catálogo de personas de las cuales nada se sabe, y que

¹ Estas nuevas noticias relativas al Desconocido que en libro anterior ya conseguimos hacerlo más ignorado de como era en su natural, son adiciones parciales casi ociosas al infinito de su desconocibilidad, que no se prestará nunca, en su dignidad, a la vulgar completez de datos de las Biografías.

no pasan de ocho o diez, no se encuentra en la lista una que se asemeje ni siquiera en el "aire de desconocido", que tanto dice y hace reconocerlo.

Debo al lector la explicación de cómo llegué a la instauración del género de la "autobiografía escrita por otro". Antes, en mi hoja de méritos de esta vívida literatura, había realizado, entre otras, una biografía de Xul Solar, y, a pedido, una "Autobiografía del Hombre", o sea lo que dirá y dijo siempre toda biografía individuada.

Como dichos escritos permanecen inéditos, podría ahora... He aquí la "Biografía de Xul Solar":

"—Ahí está Recienvenido; siempre rabiando. ¡Qué bien! — oí decir a Xul, el imperturbable admirativo, que llegaba con alguien más. Era éste una señora que quería conocer al "hombre santo" (que era yo según Xul Solar, que llama "santo" a toda persona que está siempre en lo mismo, sea matando o salvando)."

Y he aquí la biografía de la opacidad, descolor e intrascendencia del haber vivido, o "Biografía del Hombre", o médula de las biografías:

"Se cansó de estar parado; se cansó de estar sentado; se cansó de estar acostado. Y dió por concluído el vivir".

Mas, a pesar de la brevedad e intensidad alcanzada en estas "vidas", yo persistía en depurar el género, sobre todo el autobiográfico, y en seguir mis observaciones.

Por ejemplo, advertí que hay, además, para que nadie quede sin publicidad, el modelo de biografía sacada en instantánea, por cualquier persona con quien tengamos un incidente injusto en la calle. Por poco competente en improperios que ella sea, hará en dos minutos la nómina de nuestros defectos, reconociéndolos paladinamente uno tras otro, y al mismo tiempo que nos invitará desentonadamente a sustituirlos por las virtudes que a ella le adornan, hará cuanto esté en sus manos, y otras extremidades, para que el de los dos que necesite botica seamos nosotros. ¿Qué escritor puede en estilo tan de acto primo, tan sincero y acertador en sus páginas, biografiar como ese hombre en un momento de tanta actividad y vehemencia y en que le es tan urgente pintarnos de cuerpo entero, al mismo tiempo que nos lo aporrea? En una incidencia de éstas es donde el más modesto de nosotros tiene la alegría de saber cuánto se le conoce, en una ciudad donde creía vivir ignorado.

En fin, muchos libros aparecen con un retrato en la tapa; ¿esto indica que son los que tienen autor?; yo creía que las autobiografías eran los libros con autor y que uno mismo debe hacerlos por ser el mejor informado de la propia persona, y son, por tanto, obras en que el autor es desde el principio al fin quien las escribe y esto para hablar sólo de sí mismo, dos circuns-

tancias poco atrayentes y sociables. Quien habla exclusivamente y siempre de sí mismo hace la inmodestia de las autobiografías; este aspecto poco atrayente es salvado totalmente en mi autobiografía mediante el recurso de haberla hecho de otra persona.

Ésta es la explicación que os debía.

Aunque no afirmaríamos que falte quien ignore mejor a este autobiografiado (y si lo supiéramos le rendiríamos la pluma como al más autorizado), firmamos la presente autobiografía en razón de que ignorándose tanto de él toda persona puede ser su autobiografiado y tener la honrada inseguridad de, casualmente, no serlo; no podemos decir que seamos los más informados en ignorarlo y por ello los llamados a cuidar la conservación de la ignorancia acerca de él, difundiéndola en libros y alusiones.

Entre las frases sabias que de él ignoramos que haya dicho, y lo ignoramos de su propia boca confidencial, recordemos “que la parte que no se sabe de un hombre es lo que lo hace conocido”, y también que “la popularidad y la autobiografía o la confesión biográfica son las dos oportunidades más logradas de ocultarse, al par de la “fiel” fotografía”.

También ignoramos que solió decir que las biografías, autobiografías y entrevistas a hombres célebres son los novelones máximos y que deben manejarse al revés, como a los tercios vanidosos, mandándoles que hagan lo que no deseamos que hagan: todo lo que

afirma de sí el autobiografiado es lo que no fué y quiso ser.

Procediendo así se saldrá siempre bien informado tras la lectura de memorias, confesiones, testamentos, diarios íntimos, vidas y declaraciones de grandes hombres entrevistados. Así, todas estas labores, o digamos: una autobiografía hábilmente consumada, os hace al propio tiempo desconocido y célebre. En verdad los autobiografiados quedan, pues, como los únicos desconocidos auténticos. Hoy la publicidad se ha hecho tan esencial a todo, que la mera pasividad no nos gana concepto de desconocido; hay que tomarse las fatigas de una autobiografía.

Bajo estas normas, algún día podré decir:

Realicé la autobiografía del más experto y comprobado, y de mejor acabado, desconocido, de tan gran temperamento para no sabido que permitió crear a su respecto el único caso de ignorancia absoluta, científica digamos, acerca de alguien, y de tan varia y abundosa naturaleza que nunca fué posible concluir de ignorarlo, por abultado que fuera el acúmulo hecho de noticias faltantes de él.

Su gloria no se supo, y fué, en fin, el hombre que nadie lo supo, aunque tampoco sabemos si lo sabemos o lo ignoramos; quizá ya es demasiado saber acerca de él, pues su singularidad de indescubierto era tal que ni aún equivocaciones se podían mantener a su respecto acertadamente.

(Mi elección fué intencional, y previo recuento total en el mundo de no haber conocimiento alguno de él,

interrogando a todas las personas de bastante edad, aptitudes y difusión para ignorar todos los puntos acerca suyo.)

Satisface tanto, en fin, que salvo personas que hubieran salteado algunas páginas, o que salteándolas todas hubieran omitido corridamente el volumen, las demás terminaban la lectura admirando que un solo autor pudiera ignorar tanto de otra persona, y, tras este éxito, vinieron muchos a encargarme sus autobiografías.

Pero no pudieron resignarse a que yo no les oyera dato alguno de los muchos que habían acumulado para guiar a biógrafos. Sin el placer de dar datos de sí, que era lo primero a que había que renunciar en un tan estricto género biográfico como el mío, se retiraron desencantados.

Y sucedió también que personas que querían pasar en el mundo como hombres que no habían leído mi libro, fueron llevadas por la conversación hábil de algún incrédulo de ello, a exhibir tan completa ignorancia en punto a mi desconocido absoluto, que dejaron comprender que sólo podían haberlo aprendido leyéndome.

Sólo algún crítico de aviesa intención hubo que me felicitó por el parecido con que había sacado a mi sujeto en aquellas páginas. Los fotógrafos de damas y los biógrafos de desconocidos estamos en contra de semejante congratulación y nos honramos con no granjeárnosla.

EL CARTERO DELICIOSO

Si yo fuera dictador, haría dos ejecuciones: una de ignominia y otra de gloria. La de ignominia para el (habrá sido un imperdonable burócrata) que inventó los Cincuentenarios. Este bárbaro que no pudo desperdiciar una fracción de siglo para dar pretexto a nombre de plazas y avenidas, estatuas y pensiones, es probablemente el genio más señalado, el hombre que ha conseguido una fracción más de fastidiamiento de la humanidad, que no parecía ya susceptible de aumento.

Y ordenaría una estatua para aquel prodigioso aliviador de la humanidad (de la humanidad inteligente, de la que no contesta cartas) que en contraposición ingenió quemar todas las cartas que cayeran en su poder y enterrarlas en el fondo de su casa, con lo que desde entonces hubo un aligeramiento de la carga de la vida para toda la generación privilegiada de ese tiempo, que pudo decir por unos veinte años: "pero cierta-

mente he contestado hace tiempo, en ese año en que el cartero Álvarez fué convicto de haber quemado varias decenas de miles de cartas”.

El modo irreprochable de reunir recursos para esa estatua (desgraciadamente mi idea estimularía a esos almacenadores de vacío y suciedad y destructores de ojos que se llaman filatélicos), sería que el Director de Correos procediera a la emisión de una estampilla nueva con el retrato del benemérito Álvarez; la estampilla típica para las cartas que no se mandan.

Y así con las cartas, y las Memorias de los Congresos y Diplomáticos y Actas y Diarios de Sesiones, se podrían rellenar muchos pantanos.

(Advierto que siempre me ocupo de las estatuas ajenas y nunca de la propia. ¿A nadie se le ha ocurrido pensar que mi escritorio es el único paraje del mundo en que pueden hallarse páginas en blanco? Por este solo hecho meritísimo debería reservarse para mí la primera estatua que sobre. Pienso que desgraciadamente habrá que esperar mucho hasta que haya pedestal en blanco.)

PÁGINA INVOLUNTARIA

DOS personas tan caracterizadas por la claridad y a quienes por ello debe suponérseles aseguradas contra confusiones, han sido claramente confundidas la una con la otra: Einstein y yo. Todo esto desde la época en que, inventando mi peine de un solo diente, empecé a usarlo conmigo mismo no encontrando quien quisiera ensayarlo y aunque precisamente era yo por mi cabello abundante quien no lo necesitaba para nada, siendo su aplicación para hacerse raya los calvos, pues por su sencillez y poco bulto el acto de peinarse con él era poco llamativo aún para el mismo que lo empleaba, quien quedaba convencido, tras usarlo, de haber hecho algo de peinarse en su cabeza, sin preocuparse de si a uno y otro lado de la raya había algún cabello. Como Einstein no acostumbraba peinarse y yo lo hacía con mi peine de un solo diente, exclusivamente, dado que el uso de este peine mío deja las cosas en la cabeza como las encuentra, nos parecíamos de cabeza, con la

diferencia de que él no usaba peine alguno pero usaba la cabeza y yo usaba el peine de un solo diente pero no la otra cosa.

Afortunadamente la confusión que a pensadores tan claros no es gustosa aunque me es honrosa, va a cesar: los millonarios yanquis, a quienes ha visitado Einstein últimamente, se han cotizado para comprarle al sabio un peine completo y pagado del todo. Esos millonarios suponen que cuando Einstein piense con la cabeza peinada ellos podrán entender sus conferencias: hasta ahora sólo las han aplaudido.

Y Einstein de nuevo inconfundible seguirá en su obra de confundir a todos.

LECCIONCITA DE PSICOESTÉTICA

A NOCHE, a horas asaltadas y de madrugar (el acostarse) primer acto cotidiano del portarse bien, comenzador de toda virtud en casa, y virtud suficiente para justificar y dotar de un pedestal de explicación a todas las feas estatuas de feas personas que duelen a las plazas de todas las ciudades (sin enojarse puede uno decir que aborrezco a la Historia violadora de tumbas y degradadora del nacimiento individual terreno, porque hurga y molesta los destinos clausurados, bellamente clausurados por la muerte, y la limpidez del nacimiento, esa tan bellamente intacta hora de un aparente comienzo personal, nuestras dos horas de beldad, las perfectas Apariencias del comenzar y del cesar personal. Esta miserable Historia nos esquilma la magnífica dotación estética que no falta a nadie y a veces para muchos de nosotros es quizá la sola milicia de belleza de que fuimos capaces: nacer y morir, pues revuelve destinos que callaron para declararlos “cau-

sa" del vivir subsiguiente de los hombres injuriando a un tiempo la belleza de severidad de la ocultación irrevocable personal y la de limpidez de nacer).

Como digo, Anoche—Yo...

La cosa cesa aquí, deliberadamente. Me he propuesto que el lector llegue a darse cuenta como yo mismo de que cuando alguien, un autor o un amigo pero alguien que nos interesa, dice inicialmente o al correr de su escrito "Anoche, yo", hace más arte en esas sólo dos palabras que el que obtendría con toda la continuación y serie verbal, relato o poema, en que resuene este "Anoche, yo". Nunca en todo su relato o construcción conseguiría una conmoción, habrá puesto tan cerca de sí al lector, como en este sonar evocado, de un Anoche—Yo personal y díchole de tan cerca.

(Honestamente aseguro al lector que las refinadas conciencias artísticas de autores y oyentes de los humanos del futuro no tolerarán las construcciones, no usarán sino el Chiste sin contexto, la Metáfora sin contexto, la frase de la Pasión sin contexto. Y así las obras de la Prosa serán tan breves como las de la Música, que contienen una inmensidad poemática en una sola carilla: una Sonata completa se oye en quince minutos y en ellos nos ha dicho y suscitado tanta sensibilidad concienical como una larga novela, de 300 páginas.)

Le di al Editor en un sólo libro 10 oportunidades de páginas en blanco: quedó tan enamorado de esta liberalidad con él que, metido en ánimos, previno a toda su clientela que su imprenta no aceptaba sino libros con 10 o más páginas en blanco. Sabido es que éstas son las originales páginas de editor en todo libro de páginas de autor.

EL NO-HACER

La mera omisión no es un suficiente no-hacer; invención de una nueva dignidad: la omisión por Acto.

El no-hacer-nada, o simplemente, el No-Hacer, no es un género en el que se hayan hecho ya todos los progresos; véase en lo aquí narrado cómo podía enriquecerse todavía el noble género: Se titula el sensato cuento: "La Diosa Omisión" o "El Taller del Ocio".

EN aquella Estancia donde nadie hacía nada hubo un día en que los habitantes se alegraron al divisar que iba llegando lenta, descansadamente, una persona que no conocían. Los que llamaremos estancistas, tenían por momentos la incomodidad de dudar de si no faltaría todavía algo qué dejar de hacer, que a lo mejor habían descuidado de omitir; y este desconocido de tranquilo andar, por su desgarbo y modos reposados, expresión personal de contento y despreocupación, parecíóles que tenía todo el aire de ser un experto en el no-hacer y el no-suceder, que eran las cosas en que

vivían colaborando los estancistas sin discrepancia, y también sin jactancia, pues ya digo que no estaban satisfechos del todo, sospechosos de hallarse, sin darse cuenta, omitiendo todavía alguna omisión.

Sí, el desconocido calmoso debía traer un algo que se pueda no hacer, una ampliación del catálogo; en efecto, y no en efecto, es decir parcialmente en efecto, el desconocido no era tal genio del no-hacer y había tenido la fortuna de que, por casualidad —pues por investigación y trabajo nunca halló ni buscó nada— conoció en la ciudad el precioso vivir del burocratismo.

Explicó a los estancistas, una vez que se les hizo amigo y fué invitado a quedarse eternamente (aunque no fuera más que por no tener el trabajo de no quedarse) y a cooperar e identificarse con todo el no-hacer del Establecimiento, que había algo que añadir al puro no-hacer; éste era incompleto, carecía de su elegancia que fué siempre la belleza esencial de la Omisión, porque faltaba un ingrediente primario de la ociosidad que él descubrió en toda oficina del Estado, donde no sólo se le imparte al empleado nuevo en seguida la prohibición de hacer sino que se les hace firmar un horario de presencia en la oficina, y, para que su no hacer se vea, se le encarga confeccionar toda clase de *memorias e informes*, lo que no es trabajoso porque consiste simplemente en arrancar páginas de cualquier novela y firmarlas. Además, el recién llegado, y el ya empezado a quedarse, añadió una extraordinaria información, a saber, la de que los desocupados de Puerto Nuevo, con abundantes razones, se

habían quejado del exceso de horario previendo que, por el espíritu de contradicción, el Gobierno decretaría prestamente el aumento de aquél.

Así empezaron en la Estancia las memorias e informes de capataz, de proveedor, de cocinera, con otras tantas páginas de novela que quizás, bien encuadernadas en un solo tomo, constituirán la novela modelo de continuidad.

Esto era la autenticación del No-Hacer, que es lo que les había faltado siempre a los estancistas.

EL NECESER DE LA OCIOSIDAD

ME gusta lo difícil; nada más difícil que el ocio; me gusta el ocio. Pero estoy despectivamente sospechado de trabajar, o al menos de ejecutar un ocio perezosamente ensayado. Hay que serlo y parecerlo; sólo se cree en el del rico, porque se ve su abrumador utilaje, el peso de su complicado y enrevesado palacio, donde el obtener un vaso de agua requiere el zapateo atropellado de cuatro escaleras, dos ascensores, tres campanillas triples, una airada reprimenda del mayordomo a tres mucamos y de la señora al mayordomo.

El desocupado se quejó de exceso de horario, pero antes lo había hecho el rico pensando en el obligado Mar del Plata, el viaje a Europa, los conferencistas, el tedio del largo abono al Colón, el hospedaje al príncipe, la confección de gauchos para la exhibición de la estancia, las mentidas interminables "cuentas" del administrador.

Para que mi ocio sea creído, no viéndoseme en las fatigas del rico —pues al pobre nadie se toma el trabajo de crearle su ocio— daré pronto un gran volumen que tiene ya nacido el Título (el mejor título, el esperado, es decir el de prometer libro) y algo del cuerpo; tengo ya clientela hecha para mis promesas de obras, no sólo porque las cumplo con volver a prometerlas sino porque no las cumplo de otro modo y mi descansada clientela sólo en mí halló este descanso, y no se me va. Se estudiará en él: “El utilaje de desocupado”, “El neceser del escrucante”, “Dónde está y dónde no está el Ocio”, “Dónde no ver trabajar”, “El maniquí para homicidios”, “La corbata del ahorcado”.

Con estos datos ya se ve que puede cualquiera anunciar con confianza mis estudios; no fallará su incumplimiento.

FANTASEO EN UNA SOLA FRASE

GRACIAS a la colaboración de variadísimos profesores de aritmética y filología que llamaban todas las mañanas a nuestra puerta con sus dobles canastas-bibliotecas de legumbres, frutas, géneros, jabones, peines, llegados a mi domicilio expresamente desde el fondo de Turquía, Calabria o Albania, para esmerar mi dominio de las matemáticas y del idioma castellano y que controvertían brillantemente con mis padres la pluralidad inacabable del tamaño de los metros o de los sonantes y olientes dobleanchos de la pieza de percal que intentaban sustituir por lonjitas de medio-ancho; hombres capaces en su pericia profesoral de acortar la docena, escurrir los anchos, desecar los litros, captar el precio reteniendo la mercadería y olvidar de memoria el vuelto, y esto bajo las dificultades de que nosotros no sabíamos nuestro idioma y ellos nos lo hacían de nuevo todo él; gracias a esa colaboración, digo, me liberté completamente del men-

tido lenguaje y de la fementida regularidad, rigidez y fijeza de las ilusorias unidades de largura, volumen, contenido y peso con que nos habían engatusado en el colegio los profesores nativos, y conocí la verdadera química del aceite puro de oliva que, asociado a agua, maní, algodón, girasol y lino venía hecho un verdadero puchero, y la del vino, de lluvia y zumo de aljibe.

Así he confesado al menudeo el sólido saber que hoy me asiste a la lucha por la vida. Y si hay que decir que ninguna de estas ambulancias de erudición fué llevada a la cátedra, también consta que el público ha premiado sus metros cortos, litros enjugados y delgados, casi lineales, volúmenes que restablecieron la verdad en mi espíritu, con casas, terrenos, estancias, créditos y depósitos.

DÍAS ACTUALES DEL QUE CON LOS ANTERIORES ENVEJECIÓ

PRIMER COCHE DE HUMORISMO FORD-MODELO, 1943

LA muerte natural (sin Violencia química, mecánica, infecciosa, de fatiga, de temperatura, hambre o sed, etc.) no es forzosa; y existe todavía porque nunca se ayudó del todo a un viejo.

En todo día hay tiempo para “ganarse un día siguiente” de existencia; un viejo ayudado del todo tiene siempre día siguiente y no pide más eternidad que eso.

Ante todo: ¿es inútil, impráctico, una Existencia entrecortada de Muertes y Resurrecciones, en lugar de una eternidad continuada biológica? ¿O es práctica la muerte porque es aplicación del principio de Ahorro que da esta verdad: que a veces, muchas veces, construir de nuevo es más económico, más ahorrante que remendar lo muy deteriorado, lo de cien remiendos. Es previo este interrogante. La respuesta es: económicamente sí; sentimentalmente no.

El viejo descubre todos los días pequeñas verdades, soluciones prácticas y teóricas suficientes para asegurarse un "día siguiente" más, si se le ayuda plenamente en todas sus necesidades y circunstancias.

Conquista del Día Siguiente.

Desde el momento en que apareció el animal de Afectos, el Hombre, la muerte como resorte biológico de Ahorro no le era aplicable porque la muerte hace sufrir los Afectos, aunque sea práctico construir nuevo en lugar de remendar costosa y fastidiosamente.

Para la fuerza biológica es más barato dejar caer lo arruinado y construir lo nuevo. Así creo que doy por encontrada la explicación de la aparentemente insensata dispendiosidad de muerte individual reemplazada por nacimientos. La Vida tuvo razón en esto hasta que apareció el Hombre. Su aplicación al hombre parece insensata e ininteligente en la vida. Es como para creer que el tratamiento médico excesivo tan fastuosamente gloriado, es el que ejerce sobre los organismos, innatamente sin muerte natural, la violencia necesaria para dar muerte al que se paladeaba la sospecha de un vivir natural eterno.

Porque si fué inteligente la Vida en renunciar al Remiendo, tan venerado por las dueñas de casa, por el Construir Nuevo y dejar caer lo viejo, debía esperarse que al aparecer lo humano con su trama de Afectos, cambiara de práctica con él dejando la muerte natural sólo para los animales.

Esto es lo que todo lector creerá que es humoris-

mo¹, en vez de alegrarse con la noticia de que en adelante procederemos todos conforme a la certeza de que para lo humano no hay muerte natural, por el sencillo y moderadísimo método de dedicar parte de cada día a asegurarse un módico día siguiente.

¹ Como es una lástima que lo dicho se tome a humorístico, voy a reforzar los fundamentos o preparativos de fundamento de la inmortalidad natural, aunque sea poco serio en un humorista ponerse científico.

Por ser un viviente de afectos —y sea bueno o malo el existir— siempre es un dolor menos (para sus afectos y para sí) que no haya muertes, porque viviendo eternamente, o casi, es probable que llegara a dominar por entero la relación con el cosmos, que es lo que da oportunidad a la muerte, así como un móvil jamás cesaría de marchar si no hubiera nada más que él por toda realidad material.

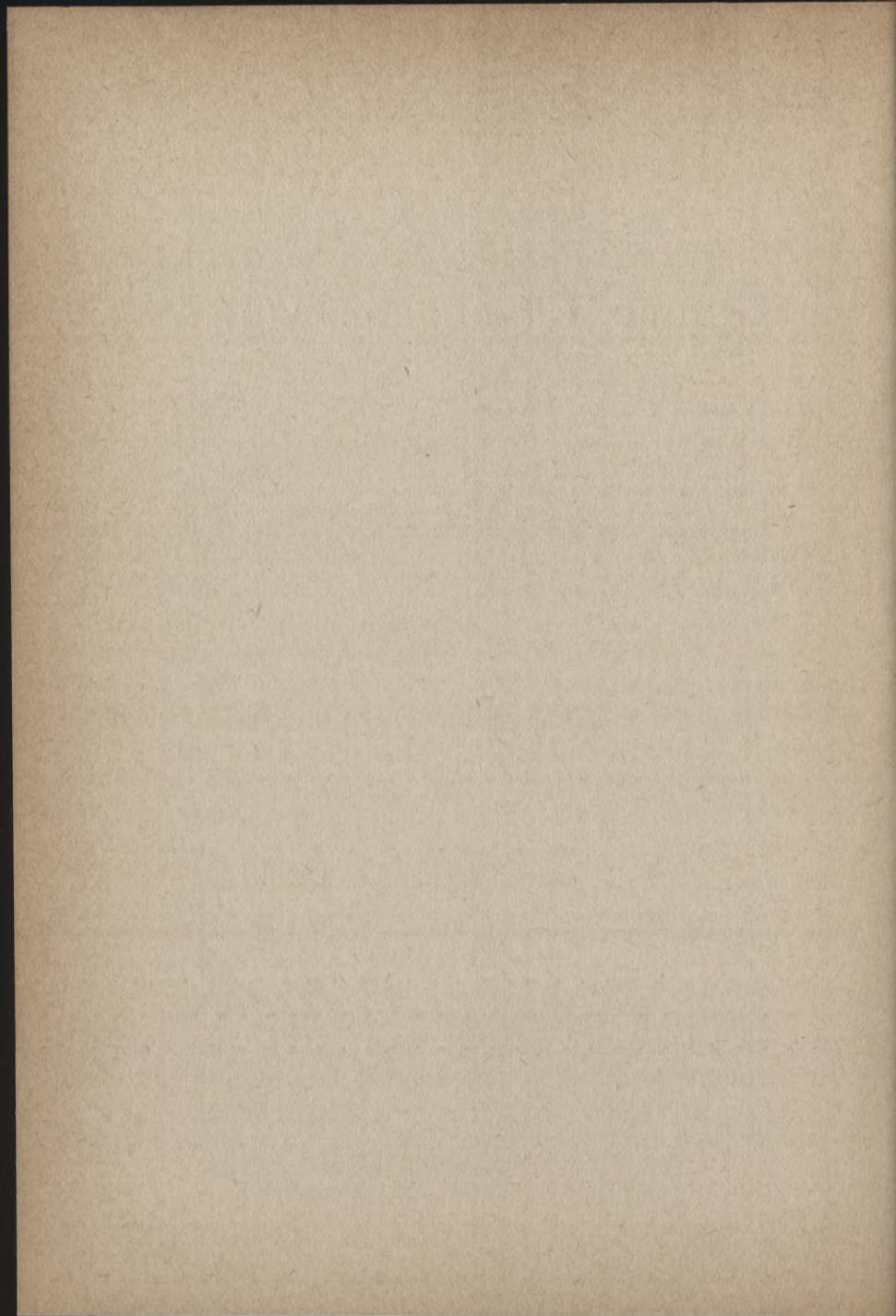
La supresión de la muerte natural es una ventaja para el ser viviente que posee Afectos, lo cual no dice que sea ventaja sobre todas las desventajas de la vida, sino que de los pocos beneficios sería uno más: el de llegar a dominar el mundo.

La justificación de esta soberbia iluminación científica es que al humorista incumbe no sólo poner las almas en risa sino ponerlas en esperanza; en ambas posturas se trata de la alegría.

(CHISTE DE PROPINA)

No compraba “antigüedades” si no las veía hacer; lo que no le permitían; y envidiaba a los ricos de Fenicia o Egipto que las adquirían baratas y sin padecer, naturalmente, las dudas con que siempre salía de sus compras de la progresista casa matriz de este comercio cuyos carteles decían jactanciosos “*La Moderna*”, Antigüedades — Lo más moderno y progresado en Antigüedades”.

DEL BOBO DE BUENOS AIRES



EL BOBO DE BUENOS AIRES

BUENOS AIRES ha tiempo que un Bobo, por lo menos, debiera tener. Aun si hubiera, se encontrara, otro, aunque no pareciera segundo bobo, Buenos Aires debiera atraérselo, aferrarlo a cualquier costo, procurar que él se interesara por ella.

Yo lo seré: lo he sido para mí, lo seré para mi Buenos Aires. Sé que el único riesgo que corro, el único fastidio, es esa menuda arrestación callejera que usan todas las policías de las grandes ciudades con el que mira mujeres: esa odiosa mano de pesquisa en nuestro hombro, el arresto estúpido y sorpresivo, obsequioso de toda incomodidad y humillaciones. Es cierto, por mirar a Buenos Aires, por contemplar su gracia civil, invitarla a otras, cuidarle las que posee, pensar para ella, de tiempo en tiempo, en lo mejor que esté pensando y preparando, los gramáticos, esos prósperos de la nada, accidentadores de Beldad, que corren adonde alguien ya parece que va a acertar be-

lleza y dispersan la meditación, la creación, para salvar una *b* o una *v*, una sonoridad escasa, una repetición de palabras, un casticismo dudoso; los Gramáticos —a quienes los pueblos dieron idioma y una sintaxis hecha que está más cerca de la buena que la gramatical de la perfecta— me harán padecer arrestos y el temor de que éstos acierten con el máximum de importunidad, cuando esté yo por pensar o por decir lo mejor, cuando la fórmula o pensamiento que estábamos adelantando con noble fatiga, etc., etc., es decir que no será por predicar el amor libre, la supresión de la herencia, el ateísmo u otros prejuicios que sufriré ese arresto ni por ser genuino artista, sino por una *b* o una *v*.

El Bobo de Buenos Aires coleccionará las “Oficiosidades del Candor” que descubra, por ejemplo: “—Señor, vea que se moja el paraguas”; o esta sencillez de virtud: “—Estoy esperando que alguna vez no todos los componentes del Jurado Municipal y del Nacional de premios a la producción literaria sean amigos míos, para presentarme al concurso”.

O esta nueva Oficiosidad: “—Señor: vengo, sabedor de la manifestación de Vd. de no sospechar cómo se le ocurrió la feliz idea musical realizada en el exitoso tango “Siempre más”, a expresarle que yo lo sé, de manera que tendré el placer de alegrarlo poniendo término a su duda, porque comprendo que un autor original no está cómodo mientras no consigue saber de dónde le vino o qué le estimuló, una concepción artística. Su tango, señor, está muy aproximadamente

dato en la música norteamericana del film parlante "Abajo el Telón".

En fin, al Bobo de Buenos Aires se le ocurrirán estas ocurrencias sobre el golf. Uno que recién se estrena como espectador de golf chico: "—Maravilloso trabajo, larga labor. Lástima que al final, un trabajo perdido, absurdamente resulte que lo puesto en el pequeño hoyo no sea lo que podía fecundarlo: una semilla de esperanza y animación en un surco exangué". Otro: "—¿Qué se hace para aliviar el trabajo matador de esos hombres que en los campos de golf, con un martillo torcido pegan a una pelota pequeña, inerte y lijosa para llevarla a un lejano agujero chico, sino hacerles comprender que con hacer una canaleta en declive y una pelota alisada ésta iría sola al pocito desde el punto de partida?"

Señor Director del difundido diario:

Después de tanto como insistí en hacerme descubrir por Vd., resulto retardado en mi primera carta. Es que he estado muy atareado. Primero anduve preocupado en advertir a muchas personas en la calle que se les estaba quemando tabaco en la punta del cigarrillo y causándoles mucho humo por la cara. Se sentían molestos y yo les expliqué porqué. Yo les decía: "¡Señor! Como soy el símbolo de todas las sociedades de amor al semejante, adepto a la Religión de Idolatría del Prójimo, le aviso que la punta de ese cigarrillo se le está quemando". Agradecieron mucho y confesaron que si no fuera por mi bobería habrían seguido su camino (que era el de llegar a tiempo). Hubo algunas altisonancias; los más de estos abrumados señores adoptaron el tono de saberlo todo, incluso dónde estaba yo estorbando en ese momento.

Como recientemente la persona con quien yo estaba empleado de secretario intelectual me dió combinación a la calle sin acordarme ese mínimo de espera que todo porteño respeta: el tiempo hasta el nuevo tango —término precioso de que hago reiterada mención, porque entre lo que los porteños están expuestos a perder y ansiosamente quisiera que no perdieran está la práctica de este magnánimo aplazamiento— no me hacían efecto las ingratitudes y hubiera seguido tenazmente, si no fuera que tuve otras atenciones y no hay que ser desatento con las atenciones. He aquí que en un tranvía acudí en socorro del culto viajero en momentos en que el guarda lo quería obligar a comprarle ese trocito de literatura que sacan de una maquinita e imponen a cambio de 10 centavos. El guarda hizo lo que no se les ocurre a nuestros autores que se quejan de poca venta; consiguió un vigilante y sin convidarlo con nada obtuvo que opinara a favor de esa instrucción pública obligatoria. Tuve que decirle al agente: “Pero señor, cómo le camina su reloj: apenas hace un minuto que me conoce y ya se toma la confianza de llevarme preso. Sentémonos y conversemos serenamente el asunto; ¿qué apuro tenemos? Es agradable razonar y todo se puede aclarar; si Vd. me convence seré el primero en darle la razón. Soy antidictatorial —como todos lo somos antes de ser dictadores— y en toda controversia que he tenido si se me ha convencido de que me había colocado en el mal lado del asunto lo he admitido”.

Lo malo es que el público del tranvía lo había to-

mado para acercarse a otros puntos de la ciudad en que esperaba cada uno encontrarse mejor, y no le convino que continuara parado el vehículo a objeto de que la bella cuestión se deliberara. Mis partidarios entre los viajeros armaron zambra y amenazaron con romper los vidrios de las ventanillas (se ve que estaban en contra de la Compañía) si no me sacaban de allí. Tuve que aprender otra vez a caminar a pie, y por esta rara vez no puedo decir que me haya lucido. (Recuerdo, a propósito, que algunas veces en la Revista Oral ocurrían algazaras análogas, impaciencias del público, que parecía confundir nuestro sótano con un tranvía parado (como si los asistentes hubieran subido a él —hablo de subir a la altura intelectual de la Revista— para que los transportaran) por nuestra culpa y en el que hay derecho a amotinarse. De paso: el vigilante me prometió ir a escucharme en la Revista Oral a ver si era cierto, como yo le invoqué, que allí era constante mi acierto al elegir lado en las discusiones.)

Del retardo que Vd. querrá disculparme tiene también la culpa la tarea que me sobrevino de felicitar por correo a todas las personas que han comprado las chapas escritas contra salteamientos. Como se sabe, estas chapas se fijan en la puerta o muro del frente y dicen: "Aquí vive Roberto César, hermano completo de Luis Ángel Firpo"¹; "Aquí vive el tío de Firpo"; "Aquí está día y noche el que no fué Firpo

¹ Famoso pugilista.

por retardo ocurrido a su nacimiento, que aquél suplantó”. A todos les convienen estas chapas, excepto una en que estuve bobo, o inteligente como otros dicen. La redacté: “Aquí vive el que vive al lado de lo de Firpo”. Ha sido asaltado. Debí poner: “Aquí vive el que vive al lado de un millonario”.

EL BOBO DE BUENOS AIRES

Señor N. N.:

Lo felicito a Vd., por haber sido sólo una mera alarma el incendio que relata "La Siesta" de hoy, ocurrido en un domicilio particular, que, además, felizmente no es el de Vd. Uno se siente feliz al considerar que en nuestra gran ciudad no es Vd. el único que no tiene el domicilio en la casa que pudo empezar a incendiarse; y es llevado a pensar que si el foco del incendio proyectado hubiera radicado en el domicilio de Vd., no por eso se alteraría mi placer de considerar que el número de domicilios y personas exentas del daño sería el mismo, y muy considerable.

Espero se sirva Vd., acusarme recibo: durante toda la mañana he escrito esta felicitación a cada casa de Buenos Aires, y si acaso es Vd., por una mala suerte de envidiable notoriedad, el ocupante de la casa a punto de incendiarse ayer, devuélvame esta felicitación para canjeársela por una única de condolencia que he redactado, disimulando mi envidia.

EL BOBO DE BUENOS AIRES

Señor Director del difundido diario:

Le escribo apresuradamente bajo el susto que padecemos muchas personas por haber chocado dos trenes con gran violencia, y además el uno con el otro. El que venía con mayor velocidad y que naturalmente chocó primero, tuvo la culpa, pero por la diferencia de velocidad entre cada tren el choque no siendo isócrono no fué tan intenso y muchos pasajeros del tren más lento pudieron arrojarse cuando sólo había chocado el tren más veloz.

Por contragolpe, me sobrevinieron nuevos recuerdos, que me llevaron a disertar sobre el tema de la Literatura Obligatoria. Me acordé de que yo, cuando en la juventud crédula me asomaba por allí, por la Odisea, o la Ilíada, a las pocas páginas ya estaba tan atemorizado por la furia de golpes y ferreterías que en cada capítulo ocurre y hace temblar los montes vecinos, que me agachaba con tan invencible mie-

do como el valor de Ulises. Creía necesario atajarme algún feroz golpe desocupado que pudiera tocarme e inclinaba tanto la cabeza que el que llegaba me encontraba dormido. Muy lejos de dormir, estaba vigilante mi espíritu para no irritar la cólera de Aquiles, atisbando la más modesta oportunidad de escapar y alejarme de tanto y tan enceguedido héroe: después confundía un poco el furor de Aquiles con el talón de Aquiles.

No he vuelto a leer una palabra de aquellas magníficas pócimas, para no desmejorar el encanto de la primera impresión, y aun ya entonces fuí tan prudente que no pasé del primer capítulo. Villegas, me parece, ha conseguido leer dos capítulos enteros y traducido toda la obra tan espléndidamente y sin ahorro de fracción alguna de los pasajes siderúrgicos y atronantes, que ya después de esto no creo que haya sido escrito nunca en griego el original ni expresada en español antiguo sino en español futuro, que le es tan familiar a Villegas.

Por lo que he llegado a la desconfianza de que algún pícaro francés del siglo XIX, probablemente, inventó la candorosa narrativa de un supuesto griego de 3.000 años atrás, por travesura de artista moderno pero con cálculo descuidado del tiempo de evolución que debe transcurrir entre una factura estrepitosa como la de la *Ilíada* de su invención y el pianísimo decir de Remy de Gourmont: 300, al menos, y no 30 siglos han pasado.

EL BOBO DE BUENOS AIRES.

No siempre el Bobo lo es: esto que sigue es de cuando la piensa. Medite el lector que un retroceso de 4 ó 6.000 años es la única salvación de la presente humanidad.

He tomado pasaje para ir a un país a descubrir, cuya única particularidad, pero que puede ser de gran provecho, es que sus habitantes están de vuelta de todos los inventos, uno por uno. Es cierto que el impulso recesivo no es tan grande que retornen al estadio inmediato anterior al primer invento; pero en esa paullatinidad de desandamiento, hay también un placer demorado, exquisito. Así, pásase allí de la electricidad al gas, y tras un tiempo, al petróleo; sólo más tarde al brasero inautomático, y después a los hachones y teas.

Se ha intentado, en materia de puntualidad, la progresiva lentificación, de modo que el vigilante de tanto en tanto detiene por algún momento al apresurado para que no llegue antes; o el transeúnte se coloca pesos en la espalda para ir despacio y no llegar pronto. Lo que no se ha logrado simplificar es el mecanismo del registro civil; pero para responder al pro-

pósito de suprimir las enfermedades de la urgencia, se ha ensayado con éxito el alteramiento del acto del casamiento, que se efectúa en dos sesiones: primero se casa ella con él, y en otro acto él con ella; no como antes que se desposaban con premura rayana en la simultaneidad.

Usan el reloj invisible y epiléptico, que salta de hora, o que, aunque marche bien, no se lo ve, de manera que con este sistema de alteramiento de la medida visible del tiempo resulta que en el proyectado asesinato la víctima, que ha sido citada al efecto en hora y lugar, llega muchas horas antes, se aburre y se va. Ni por casualidad ocurre que una persona que ha consentido en ser asesinada por otra en tal o cual hora, tenga la paciencia de esperar a su asesino las muchas horas de equivocación que éste pueda tener y se retira afrontando el desprecio del asesino por su falta de puntualidad; por supuesto que éste, despedido, no vuelve jamás a ocuparla como víctima.

En otro lugar de este país están poniéndoles apéndices a todas las personas seccionadas en apendicectomía; y aún a aquéllas que conservan el original las proveen de otro, tomado de ciertos animales cuyos apéndices eran útiles al ser humano. En otros estaban ensayando el sobretodo en verano (como los polacos que conocí en Misiones: el fuego del sol les era peor directo que la traspiración bajo tal abrigo).

Se despachan todas las oficinas meteorológicas y se traen marinos viejos y campesinos viejos, que dan el pronóstico todos los días a simple miración y medita-

ción del cielo. Todas las medicinas escasean; un poco de cataplasmas, otro de sinapismos y sangrías. Todos los remedios de la farmacia antigua se sacan con baldes del pozo de la casa: agua para la nariz, para los oídos, los ojos, la ayudación de la digestión. La gente vive hasta el grado de la impertinencia. La extracción de las muelas se hace atando un hilo a un pasador y que otra persona dé el tirón; pero hay que saber dar el tirón.

Se vuelve al brasero de carbón al que se encuentran todas las ventajas que lo superiorizan respecto al eléctrico; se vuelve a la cuerda con campana y al llamador, en lugar de la campanilla eléctrica; al arado en lugar del tractor; el termo es reemplazado por una botella de barro envuelta en trapos. Cada año la policía elige a la suerte diez presos, dándose luego por ejercida toda la función policial del año. En una peluquería se lee: "Rasurada con muela sacada o media sangría: 80 centavos"; las familias trabajan en el campo tres días al año: uno para sembrar (cereales y hortalizas), otro para arar y otro para cosechar.

Lector: si se embarca para aquí no tome boleto de regreso.

Señor Director del difundido diario:

Considerando los chistes dudosos (¿Es chiste o no es chiste?) como un género superior, de más calidad que el chiste cierto y por ello más escaso de ejemplares, como lo comprobará el que se decida a inaugurar una colecta de ellos, propongo crear la Sección de esta especie, de la risa en duda.

Ofrezco para ella estos pocos representantes del no-en-seguida-chiste, cuyo honor y signo de verdadera calidad finca en que le sigue una pausa de la humana duda. Hecha exclusión de lo que es indigno de duda en humorismo —las oratorias inaugurativas y aniversarias— verá Vd. qué pocos chistes de este alto tipo se pueden recolectar:

—Era tan feo, que aún los hombres más feos que él no lo eran tanto.

—Era tan obstinado y de mal gusto que hasta un instante antes de morir, vivía.

—Al ladrón, bajo la cama: —¡Pero hombre! ¡Se ha puesto Vd. la cama del revés!

—El feo, recién presentado, le dice a la dama: —Señora: soy feo, es muy cierto; pero no es culpa mía; se me machacó tanto el ser previsor y disciplinado, que nunca dejara nada para el día de mañana, que no pude apartarme de esta norma inveterada. Soy feo, es cierto, pero qué queréis ¡no he podido dejarlo para mañana!

—Disparaba tan ligero y tanto, que de repente tuvo el susto de si no había dado la vuelta al mundo y estaba a un centímetro de embestir su espalda.

—Fueron tantos los que faltaron que si falta uno más no cabe.

En fin, quiero explicarle que si no he cumplido últimamente con mi compromiso de colaboración, es porque me encuentro desde hace algún tiempo en la tarea de clasificar (o clarificar) la Realidad, o por lo menos de ordenar ciertas categorías.

El género más inmediato a la Nada que he hallado, es el de los “a-que-nó”, o simplemente “aquenó”, que estoy formando con todos aquellos objetos, frases, entes, cosas, a cuyo funcionar o existir precede una ex-

pectativa incrédula o una incredulidad expectante, en la que hay un 80 % de la irritante “gana de fracaso”.

Han ingresado ya al catálogo: los irrompibles; los encendedores a nafta; la lapicera automática; los estuches de catorce herramientas; el lápiz de tinta; los nudos de no olvidar, que fracasan en el olvido de no-olvidar; las extracciones sin dolor; los remedios infalibles; los sacamanchas; los paracaídas; los bastones paraguas; los seguros de revólveres, navajas y ascensores; las tapas agujereadas para hervidores de leche; los marcagotas para suprimir las de vino o té que caen infaliblemente al levantar de verter la botella o la tetera; las mnemotecnias; todas las especies de garantías para la puntualidad, la formalidad, la calvicie tonificada, el no-perder-la-paciencia y el contenerse; los antídotos y el seguro de inofensibilidad de cada específico; los plazos de sobrevivencia; los sistemas de mutua fiscalización; el “equilibrio de poderes” y el sistema de “frenos y contrapesos”; la total familia de los “métodos” (por ejemplo el para inventar, inventado necesariamente sin método); ciertas reglas muy sabidas y nada continentales como “todo cambia” (por tanto: la opinión de que todo cambia), “no hay regla sin excepción” (salvo: la de que no hay regla sin excepción); etc.

Gana tengo de añadir aquí, aún, algo que no sé qué es, las cinco especies inclasificadas de cosas:

—Especie A: Cosas en que nadie cree, universalmente afirmadas: que los japoneses puedan comer

arroz con palitos de diente y que los chinos coman nidos de golondrina; que los romanos se afeitaran pelo por pelo y que comieran acostados.

—Especie B: Cosas que nunca se saben y todos pueden saber: si el chuño es de maíz, de patata, de mandioca o de algún producto peruano; si el whisky es de alpiste; si qué es la jalea; si el constipado es constipación de los bronquios o de otra parte; de qué es el pan de centeno; el ácido carbónico, usado en las crónicas policiales de invierno, que es anhídrido carbónico; la sal de limón; la cola de pescadito; las ondas, yardas, varas, libras, millas.

—Especie C: La de las insulsas e imbéciles “cosas sin ellas”: el vino sin vino o sea alcohol; el café sin cafeína; el tabaco sin nicotina; las papas fritas de nabo; los bollitos de Tarragona; los sombreros de Panamá; los “recuerdos” de Mar del Plata; la plata boliviana.

—Especie D: Las abundantes cosas que no hay: el pejerrey sin espinas; los irremplazables; las naranjas sin semillas; las renunciadas indeclinables; las rifas no postergables; el reportaje con reportado; la improvisación de repente; los duelos a muerte; la igualdad ante la ley; el pesimismo publicado; las bebidas sin alcohol.

—Quinta especie inclasificada E: Casos del “no es”, en que por lo menos se descansa, por la seguridad que uno tiene de que el ámbar no es ámbar y la perla no es perla. Más honrado es el nombrar las cosas por lo que no tienen, por ejemplo: el “unto sin sal”. Del

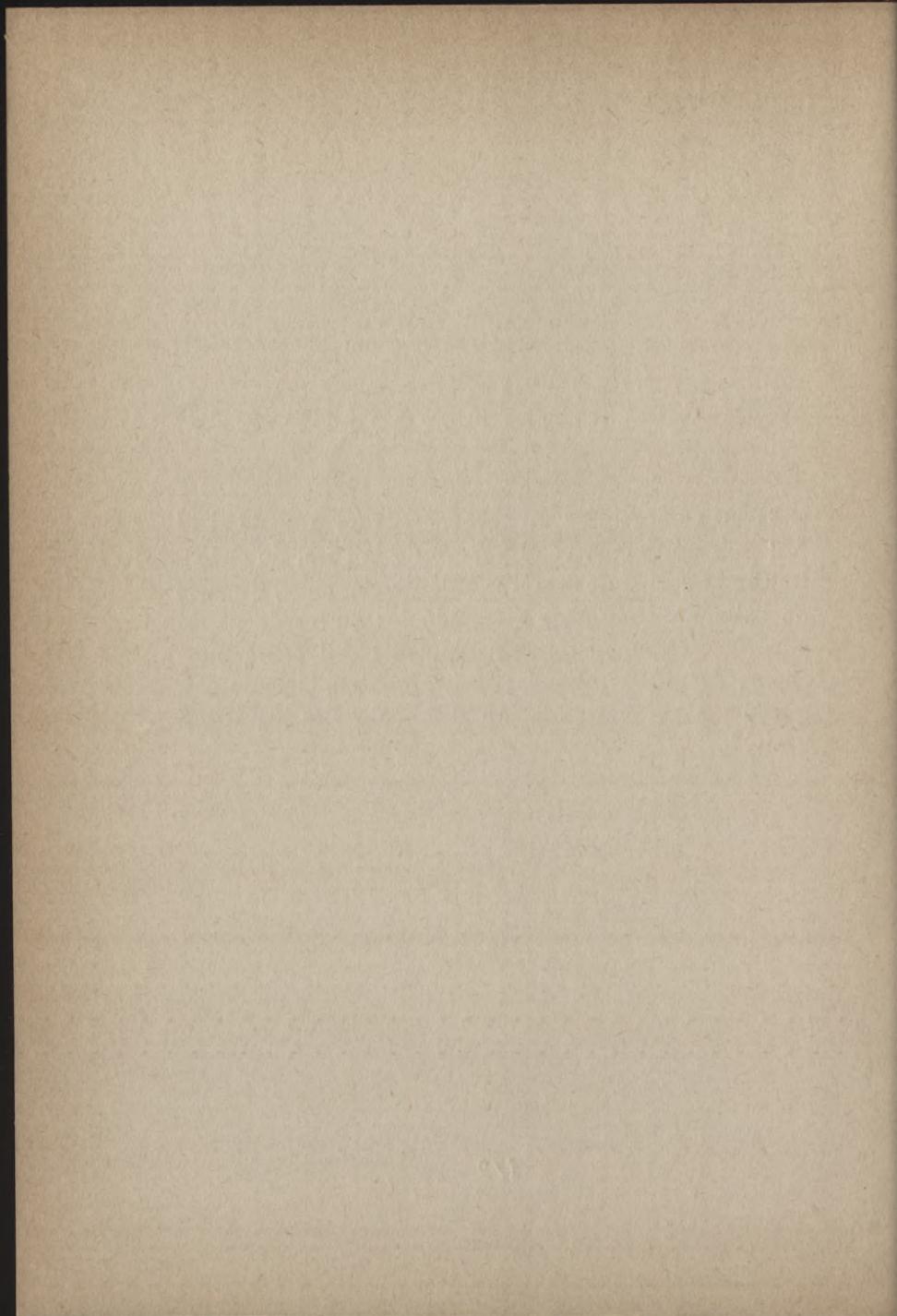
faltar algo siempre se está seguro. Cualquier unto puede carecer no sólo de sal sino de la totalidad de las cosas, como toda cosa carece de todas las cosas que no son ella. Por eso parece muy moderado llamarlo "sin sal", pudiendo denominarlo sin sal, sin zapatos, sin bigotes, sin dolores de cabeza, sin gobierno, sin hijo, sin estrellas, sin feldespató, sin manganeso (estas dos últimas son las palabras-chistes por sí mismas; ¿quién no se ríe al decir "feldespató" y "manganeso"; o "intergiversable", "incontestablemente", "peroné" —ruego al lector me diga antes de reírse dónde están los hipocondrios y qué tienen que ver con la hipocondría; nunca lo hemos sabido—, "inenarrable", "Cayetano", "antonomasia", —¿y esos débiles frasquitos de "reconstituyentes"?—, "indescifrable", etc.?).

En fin, tantas cosas que aunque yo me vaya del mundo sin saberlas, me preocupo de que las sepan ustedes.

EL BOBO DE BUENOS AIRES

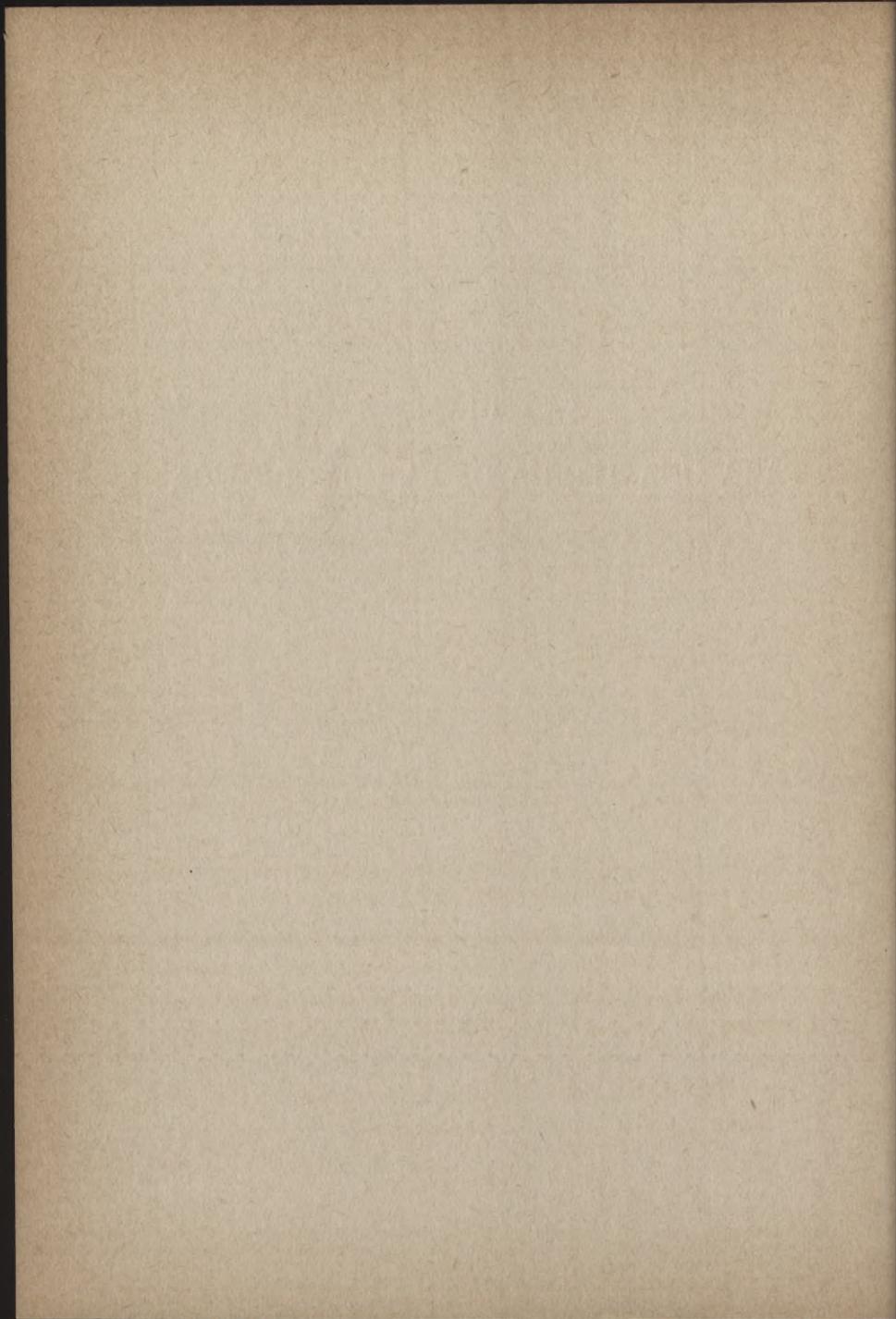
ÚNICA ELEGÍA
DEL BOBO DE BUENOS AIRES

COMO se horroriza un carbonero, mayormente si al mismo tiempo es el papero de la casa, de encontrar en la cocina de ésta una balanza flamante, después de haber durante años estrujado los quilos de papas y carbones que metía semanalmente allí como marchante de toda confianza; así, aproximadamente así, quedé sumido en desolación al descubrir tu ingratitud y olvido.



III

PARA UNA TEORÍA DE LA HUMORÍSTICA



Solemos usar una típicamente defectuosa fórmula del Preguntar que sólo puede conducir a innumerable tautología: “¿Qué es Metafísica?”, “¿Qué es Lógica?”, “¿Qué es Chiste o Humorismo?”. No me preguntaré qué es Chiste: el tema (de psicología humana) que estudio son estos dos hechos: a) hay muchas personas que experimentan placer (emocional) cada vez que toman conocimiento de un acto, situación, aptitud o condición de placer o felicidad actual, probable o conducente a placer o bienestar, en otro; b) cuando este placer (simpático) es motivado por un hecho no esperado o cuando se preveía, temía, lo contrario (un infortunio ajeno), ese placer va acompañado de risa (soltura respiratoria por la simple causa de que lo precedió suspensión respiratoria); este ímpetu de respiración recuperada adiciona un placer respiratorio. Cuando ello ocurre en hechos reales se le llama cómico; cuando se provoca la situación por

*signos verbales que alguien usa para crear en el oyente un hecho psicológico de creencia en lo absurdo, yo le llamaría chiste, y el sujeto del hecho sería el oyente y el dicente sería el espectador del tropezón concien- cial por él provocado*¹.

Esto es todo lo que quiere decirse en este largo y monótono escrito, que también algo aporta. Tres de- fectos que ustedes perdonarán.

¹ *Déjeseme prometer para algún día el trabajo coherente y sistemático sobre Comicidad, Chiste y Humorismo. El material y la doctrina casi están; faltan la disciplina y el orden, virtudes a veces útiles e importantes y que la economía mental del lector estima altamente.*

PARA UNA TEORÍA DE LA HUMORÍSTICA

EN mi ansiedad antigua por un arte puro, por una perfección de no realismo, me he encontrado con esta definición última: Sólo es belarte aquella obra de la inteligencia que se proponga no un tópico o faz de la conciencia, sino la conmoción de la certeza del ser de la conciencia en un todo, y que para ello no se valga nunca de raciocinios.

La Belarte Conciencial, única digna de la lucidez actual de la conciencia del hombre, que, en su grado presente de agudización, de iluminación refleja, queda intocada, ignorada por todo lo que se ha llamado hasta hoy "arte" —y que bien mirado es un juego pueril—, ha hallado su órgano completamente puro por su perfecta insipidez intrínseca, que es la escritura. No veo esperanza de que otro órgano pueda conducir a otra belarte; no cavilo qué otro órgano podría ser absolutamente asensorial, insípido.

Poseedora desde ha siglos de este signo que tiene de divino una perfecta asensorialidad, la humanidad no ha hallado hasta ahora, sin embargo, el noble uso artístico, genuino, de la Palabra. Al contrario, con una verdadera abyección se ha complacido en despojarla de su esencialidad divina con la predilección por las palabras sonoras y su ridículo acompasamiento en ritmo, y rima, y la rebusca infantil de las más manoseadas asociaciones de "palabra" e "impresiones de vida". El empeño ha sido macular con la vida la palabra y enaltecer las copias con servilismo vital.

Yo creo haber encontrado que sin doctrinas, explicaciones, y principalmente sin ratiocinios, pueden crearse dos momentos, únicos genuinamente artísticos, en la psique del lector: el momento de la nada intelectual por la Humorística Conceptual, mejor llamada Ilógica de Arte, y el momento de la nada del ser concienical, usando de los personajes (Novelística) para el único uso artístico a que debieron siempre destinarse, no para hacer creer en un carácter, un relato, sino para hacer al lector, por un instante, creerse él mismo personaje, arrebatado de la vida. No pudiendo aquí desarrollar mi teoría general de Belarte, y especialmente de la Novelística, y debiendo cumplir con el propósito de dar una teoría de la Humorística como cultura del momento de "nada intelectual", no como realística de sucesos de chasco, diré que así como los personajes o "Personas de Arte" asumen el destino nuevo y único de producir, por contragolpe, el susto

de inexistencia en el lector, así en Humorística los sucesos, el suceso mínimo necesario, no se proponen la creencia en el sucedido sino sostener una expectativa de *entender* y derivarla instantáneamente a un segundo de creencia en lo absurdo. (Para ser cachado por lo dicho: de tres a cuatro de la tarde en mi domicilio, que es un vagón de tren que parte, toda persona será bien recibida, sin enfado.)

I

Los estudios plenos de la comicidad, el chiste, el humorismo, debían explicar el fenómeno fisiológico de la risa, el hecho de que esa risa sea un placer y la esencia inteligible del hecho o formulación mental que debe causar aquella risa; pero también debíase explicar qué signo afectivo deben tener siempre esos hechos. Esto último es lo que creo se ha olvidado uniformemente. En profundos estudios que se han hecho desde Kant, Schopenhauer, Spencer, Bain, Kraepelin, Bergson, Lipps, Volkelt, Freud y otros, se llegó a dar acertadamente mucha luz sobre la estructura esquemática mental de la causa psicológica de la risa, pero enunciándola sólo intelectualmente: no han visto que el signo afectivo constante de la temática de la risa es que la esencia del sucedido sea alusión a felicidad. Se ha estudiado el movimiento de las imágenes, se ha estudiado también el aspecto afectivo (axiológico), la psicogénesis del placer de lo cómico, la relación con

el sueño, la conciencia o inconciencia del proceso cómico, los procedimientos de fabricación de lo cómico, etc., pero no se ha investigado cuál es la razón esencial que explica, no la risa ni el mecanismo psíquico de ese placer cómico, sino el signo afectivo de la causa de ese placer, la condición hedónica fundamental sin la cual ese placer no se produce.

Sea que se trate de “una afección que nace de la reducción repentina a la nada de una intensa expectativa” (Kant); o de “la percepción repentina de una incongruencia entre una idea y el objeto real” (Schopenhauer); “un esfuerzo que de pronto se resuelve en nada” (Spencer); “una idea elevada que se presenta como mediocre” (Bain); o “lo mecánico calcado sobre lo viviente” (Bergson); falta siempre el elemento o condición específica de lo cómico: que el suceso sea feliz o de algún modo aluda a la felicidad.

Encaminemos la exposición con la ayuda de textos de Bergson (*La Risa*): “La risa se produce todas las veces que en lugar de la reacción inteligente y adaptada que el individuo debía mostrar, tiene una reacción automática e inadaptada”; “El procedimiento cómico debe definirse: lo mecánico calcado sobre lo viviente”; “Las actitudes, gestos y movimientos del cuerpo humano son risibles en la exacta medida en que este cuerpo nos hace pensar en un simple mecanismo”.

Aquí se insiste en definir lo cómico por un género de equivocación: un error como ingrediente dominante de todo momento cómico. (De paso observemos que

nuestra vida está hecha de tramos de actividad automática que no nos causan risa.) ¿Pero acaso no valen tanto los muchos otros géneros de equivocación? Por mi parte, añado dos elementos y preparo así la definición de lo cómico: Toda equivocación, pero que no haga daño (el hecho cómico debe resultar inofensivo aunque puede haber habido la posibilidad de mal) y que implique la intención de prudencia y de acierto para un bienestar propio o ajeno y por ello se ejecute con satisfacción actual sentida. Esta satisfacción o contento, acompañada a un acto equivocado pero sin peligro y más bien por exceso de prudencia útil que por imprudencia, es el ingrediente *grato* esencial que explica que también la emoción por él despertada sea *grata*. En suma, aporto que lo que se ha olvidado siempre era lo esencial y lo más ostensible: el placer de lo cómico y su risa es justamente lo que constriñe a buscarle una explicación originaria de placer: debió pensarse que debía tener un correlato temático también de significado grato. ¿Por qué la sustitución de lo viviente por lo mecánico nos va a causar placer? Es una equivocación, como la de una persona que pone el pie donde no hay escalón y se derriba; una emoción placentera debe ser originada por una temática de placer. La risa cumple —según Bergson— la función social de reducir lo mecanizado, lo *hecho*, lo cristalizado, lo automatizado, porque la vida tiene leyes distintas de lo inorgánico y mecanizarla es imperfectizarla. Pero el que, por causa de esa mecanización, se cayera de una escalera donde falta

un peldaño, no nos causaría comicidad, y no es suficiente decir para ello que es porque ha intervenido la emoción. Lo mecánico se sustituye veinte veces a lo viviente y no nos causa gracia si no contribuye a la felicidad. Es más, debería darnos, en general, tristeza.

El sentimiento de comicidad es así uno de los del orden de la simpatía, en muchos casos casi equivale a una manifestación de ternura, y por tanto es más que igualitario, es admirativo o por lo menos enteramente altruístico: es el sentimiento de aprobación de una conducta equivocada por exceso de prudencia y de busca de la felicidad. Cómico es todo, y sólo una percepción inesperada de felicidad ajena. No es incompatible con la emoción ni “a producir el efecto cómico concurre siempre la intención implícita de humillar, y por ende de corregir”; ni “hecha para humillar, ha de producir una impresión penosa en la persona sobre que actúa”; “no llenaría sus fines la risa si llevase el sello de la simpatía y de la bondad” (Bergson). Yo me río de un niño que, muy agitado y resuelto, dice que se va a suicidar y sale corriendo y en ello entra en un comedor y empieza a comer. Su causa es la felicidad con que el chico cambia de resolución, optando por lo más agradable.

Comicidad es el caso particular de simpatía con la percepción de aptitud o felicidad, que se distingue por la inesperada percepción, precedida de un estado de interesamiento o atención. Si no hubiera esta sorpresa, se trataría de una alegría de percepción de felicidad, con lo cual repruebo la teoría de que lo có-

mico se funda en el sentimiento de superioridad, o deseo de humillación, o contemplación del hecho cómico como desde un palco, etcétera. Toda percepción de felicidad o aptitud o de ánimo fuerte ajeno es agradable. Pero esa percepción puede venir a veces sorpresivamente y entonces toma el carácter levemente convulsivo de la risa; así que la comicidad no es más que una de las formas de la percepción de las aptitudes para la felicidad. Es decir: lo inesperado o sorpresivo no es indispensable para la alegría de percepción de felicidad, pero sí para la comicidad. O sea: *a*) hay percepción simpática de felicidad ajena esperada; *b*) hay percepción simpática de felicidad ajena inesperada. Ésta es la cómica, que habitualmente se acompaña del estado convulsivo por retención respiratoria que se denomina risa. (Hay dolor convulsivo como hay placer convulsivo, por ejemplo el dolor emocional.)

Lipps, Bergson o Freud, por ejemplo, intentan explicar la técnica o procedimiento de lo cómico, incluso el movimiento de las imágenes y de la atención, y procuran reducir a una teoría general la fórmula de la comicidad, pero no explican adecuadamente, me parece, la causa, no de la risa, sino del placer de lo cómico, del placer del sentimiento de comicidad, no en su mecanismo psicológico sino en su signo afectivo.

Al analizar Lipps la fábula de Fedro "El parto de los montes", atribuye el placer ligero que nace, a que la natural preparación del alma para la concepción

de un objeto, prepondera o excede a la pretensión que el objeto presenta por su naturaleza a nuestra capacidad aperceptiva. Se espera algo grande, porque así lo exige la grandeza del fenómeno natural, es decir, yo me preparo y dispongo mi capacidad natural a asistir a un gran espectáculo. Y, en vez de lo que yo espero, se me da algo pequeño e insignificante. Así la explicación de Lipps¹. ¿Pero bastaría ello sólo para explicar el placer de lo cómico? ¿El solo contraste entre lo esperado (“eratque in terris maxima exspectatio”) y lo acontecido (“peperit murem”) es suficiente explicación? Pienso que el placer proviene de la liberación de una expectativa no sólo máxima sino temerosa (“gemitus immanes ciens”): debió haber miedo; no era una montaña que no pudiera hacer daño aquélla a que se estaba mirando, aquélla que llamaba con gemidos extraordinarios. Hay la sorpresa feliz, sorpresa de lo conveniente. Si no hubiera habido la expectativa no hubiera habido la convulsión del placer de saber que la montaña no hacía daño, o sea no hubiera habido risa, pero sí un placer igual, y muy verdadero. En los espectadores (supuestos) de tal acontecimiento físico, pues, la referencia placentera alude a esa liberación de una preocupación; para los que escuchan el relato, que no padecen miedo a los estremecimientos de la montaña, resulta una persona envidiable la laucha ésa que, con motivo de sus trámites, logra que los hombres se conmuevan.

¹ “Los Fundamentos de la Estética”, posterior a “Komik und Humor”, obra especializada que no he podido consultar.

La grandiosidad de que para que un ratón busque su comodidad deban estremecerse las montañas, o se alivien con ese nacimiento, realza la apariencia de la dicha de ese pequeño animal que disfruta de un momento inmenso de universalidad, de importancia. ¿Cómo no se vió pues que ese cambio (laucha) después de otros cambios (estremecimiento orográfico) supone una felicidad, de manera que todo ese homenaje de la montaña y del público lo recibe esa laucha? Sin ella nadie se hubiera reído —como tantas veces ante anuncios cuyo sentido escapa o se trunca—; hubiera habido alguna liberación de preocupación, etc., pero no comicidad. El no ocurrir nada después de todos esos fenómenos no es cómico, pero el no ocurrir nada más que el advenimiento de un ratón por una anfractuosidad, hace la comicidad. ¿Por qué? En ambos casos ha habido alegría por cesación de un temor o expectativa, pero sólo en el segundo comicidad. Si hay risa sería para el caso de cesación brusca, pero me parece que tal no acaece pues los ruidos no tienen término súbito; nunca se sabe cuándo concluirán.

Otro caso. Dice Lipps: “Quizá también se pueda hablar de esperanza satisfecha y defraudada cuando encuentro cómicos a los hombres demasiado gruesos; “esperábamos”, pudiera decirse, que el cuerpo de un hombre siempre fuera tal cuerpo, es decir una cosa viva, movediza, que sirviera para las funciones de la vida y que estuviera en consonancia con los fines a que la naturaleza parece haberla destinado; y en vez de esto encontramos algo inservible, dificultoso, algo

que le pesa al hombre y no le sirve para nada, una cosa que más que otra dificulta sus funciones corporales". Yo pienso que si reímos de ese gordo es porque se nos presenta como la fórmula completa de la infelicidad y resulta un gran chichón y un gran contento, o un individuo ágil y resuelto. Si vemos a una persona cuya grosura le impide moverse, nos inclinamos más a lo trágico —como en muchos casos de deformidad— o sea que no es cómico solamente porque esperaríamos ver un cuerpo común pues desde que nacimos sabemos que las cosas son muy distintas de lo que pudiera convenir a la necesidad de cada cual.

Otro caso. Dice Bergson: "Si un cierto movimiento del brazo o de la cabeza de un orador se repite periódicamente siempre igual, tendré que reírme contra mi voluntad, porque en lugar de ser celoso de la palabra y flexible como ella, el gesto se automatiza, deja de transformarse y por tanto de vivir; "los gestos de un orador, que de por sí no son ridículos, inspiran risa por la repetición". La comicidad según él proviene de que estoy ante un mecanismo que funciona automáticamente; "no es ya la vida lo que tengo delante, es el automatismo instalado en la vida y probando a imitarla". Yo pienso también que la repetición de los gestos de un orador no es en sí cómica, pues cuatro o cinco gestos es el repertorio de cada orador; lo cómico es la noción de los movimientos inoportunos, incoherentes con lo que se está diciendo; el automatismo ha jugado con el orador, lo ha hecho su trompo. Estoy, en cierto modo, descubriendo su falta de sin-

ceridad; esos gestos absurdos me benefician como informe de que debo cuidarme de hacer caso de ese personaje. Hay felicidad al descubrir a un mistificador que mientras dice patéticamente: "Esta pequeña acción" abre los brazos en cruz; hay la alegría de que ciertos gestos inesperados denuncian la mistificación de una persona a quien estábamos respetando. Además hay, concurrentemente, la felicidad de contemplar a quien sin vocación ni sinceridad encuentra un modo más o menos inofensivo de ganarse la vida, aunque prive la de desenmascarar a un farsante y quedar prevenidos contra él. Pero no es el mero automatismo lo cómico, sino el signo placentero de ese automatismo y de la situación respecto de nosotros.

Bergson equipara este caso al enigma que plantea Pascal: "Dos caras, ninguna de las cuales hace reír por sí sola, juntas mueven a risa por su parecido"; es que la vida no debería nunca repetirse en toda su plenitud circunstanciada —dice— y vuelve a su idea de que dondequiera que hay repetición, dondequiera que hay semejanza completa, vislumbramos en seguida lo mecánico funcionando tras lo vivo; pensamos en dos impresiones del mismo sello, en suma: en un procedimiento industrial. "Tal desviación de la vida en el sentido de lo mecánico es en este caso la verdadera causa de la risa." Yo pienso que la alegría se debe en este caso a la revelación de la riqueza de las posibilidades del acontecer. Es alegría pero no hay comicidad, es un sonreír del agrado, de la complacencia, y éste es optimístico porque se presenta una prueba

de la variedad, aunque sea en el caso de la repetición. Cuando se repite una combinación muy compleja como es un rostro, o en el juego una serie de veinte números, se ensancha la noción de Posibilidad, se aleja la noción de Necesidad y de Limitación.

Freud prefiere decir que la causa de la risa es la "degradación de lo animado hasta lo inanimado" en lugar de "la desviación de lo animado hacia lo inanimado". Y, consecuentemente con su terminología, alude a que nos sentimos decepcionados cuando a consecuencia de una total identidad o una engañadora imitación resulta superfluo el nuevo gasto que nos proponíamos realizar y que esta decepción comporta una minoración de la carga psíquica y el gasto de expectación devenido superfluo es descargado por medio de la risa. (Habría que observar a Freud, a Bergson y especialmente a Bain, que la degradación de un estado de expectativa a un vacío o una nada puede originar placer, pero no la degradación de una persona o dignidad, ni la de lo animado hasta lo inanimado. Lo real es lo contrario: la comicidad se produce bajo la condición de que no ocurra degradación alguna de valores.)

¿Por qué la similitud de rostros causa alegría y no tristeza? La dignidad de la vida está puesta en menoscabo al suponerla mecanizada; ¿qué más deprimente, qué más oportunidad para una emoción depresiva que una fábrica de hombres? Creo que a esta impresión de limitación o repetición o estandarización de la vida humana la supera la impresión de la amplitud de

lo posible, no sólo en cuanto a la identidad como caso de la variedad sino en el más singular de una sola psique con varios cuerpos. Dudo que la singular observación de Pascal sea caso claro de comicidad y risa; creo más vale que de mucho interés, de extrañeza¹ ante la impresión de dos cuerpos para la misma psique. Por mi parte, muchas veces he pensado que pudiera haber varias figuras corporales para la misma persona psíquica. Sin embargo, esta probabilidad se destruye prontamente, pues acto continuo el observador percibe que mientras uno de los rostros ríe su igual expresa melancolía, o mientras uno de los cuerpos se agita el otro permanece en reposo: concluye la posibilidad de una psique con varios cuerpos. ¿Reímos de los mellizos? Quizá en este caso falte la sorpresa, pues sabemos que han nacido de los mismos padres en las mismas circunstancias, pero podría haber la duda de que fueran dos psiques, como al principio debimos pensarlo. Quiero decir que si las dos caras son de gemelos o parientes no hay sorpresa ninguna, aparte de que estamos acostumbrados a toda especie de repetición. En suma: una semejanza muy acentuada es muy rara, presenta una amplitud del acontecer, y como la variedad es un placer —aunque también lo es la uniformidad— y que haya varios seres de idéntico

¹ Por ello estimo que se deben elegir los casos fuertemente calificados de cómicos, es decir, a las grandes intensidades, para no perdernos, en una exposición general; no soy partidario de buscar como ejemplos de comicidad “unos ojos demasiado abiertos, una nariz gan-chuda, unas orejas muy separadas del cráneo, una joroba o cualquier análogo defecto físico”.

tipo no limita la variedad, se da una sorpresa grata. La identidad cuando es rara aumenta la variedad; la variedad no sería absoluta si no hubiera la posibilidad de lo idéntico.

Para mí es de esta misma naturaleza la explicación de por qué un hombre ingenuo ríe la primera vez que ve a un negro, problema psicológico tenido por abstruso según el mismo Bergson lo reconoce al recordar que psicólogos como Hecker, Kraepelin y Lipps lo han contestado de distinto modo. Kraepelin dice: "El labrador ríe del negro que ve por primera vez; y nosotros mismos no podemos reprimir una suave comicidad cuando nos encontramos con un amigo que ha cambiado su peinado habitual, o que acaba de afeitarse la barba que llevaba, o cuando le vemos usar, por primera vez, el sombrero de copa, camino de una fiesta". Según él, hay comicidad intuitiva, por contraste de nuestras intuiciones sensibles con nuestro material representativo. (Para mí, el que se quita la barba es un enérgico, ha tenido resolución, posee tono optimístico, y a ésta felicidad alude mi sentimiento de comicidad, reunidas las demás condiciones, sorpresa, etc. —si yo asistiera a la operación de rasuramiento no reiría. O sea: si ese hombre se desbarba para despistar a la policía, por ejemplo, no resultaría para mí cómico, pero sí me divierte si ha encontrado una fórmula mejor para su atractivo personal y enérgicamente la ha adoptado.)

En fin, volviendo al negro, para Bergson un negro es un "mal lavado" o un blanco disfrazado; y todo

disfraz, no sólo del hombre sino de la sociedad y aún de la naturaleza, es cómico: la idea de disfraz se remonta a la de un mecanismo superpuesto a la vida.

Yo pienso que lo que da placer es la riqueza de la variedad, el chasco inofensivo que da la naturaleza a quien creía que no había otro color de piel humana que el blanco; y como se vive de la naturaleza tiene mucho valor la riqueza de su variedad. El labrador ríe de la multiplicidad de tipos de lo humano, de los colores para la misma forma viviente. No es meramente la percepción de lo nuevo, ni lo nuevo inesperado, pues no reímos al descubrir en la primera visita al jardín zoológico o al botánico o a un museo de minerales, multitud de especies y formas nuevas, desconocidas. El labrador o el niño se ríen no de un negro sino de un negro feliz, tanto como el que se ríe: el espectador había creído que era un defecto o una desgracia pertenecer a esa raza, que era como padecer un dolor de muelas permanente, en suma: una minusvalía hedónica, y ve al negro bailando y comiendo satisfecho; se creyó que la negrura fuera un traje molesto dentro del cual viviera un ser humano mortificado y resulta un individuo feliz. Lo mismo en el caso del jorobado o de otros defectos: reímos, además de su figura extraña y sorpresiva, de la ninguna idea que tiene él de estar desalojado de la felicidad a causa de la jiba; nos reímos de verlo despreocupado y contento. Es una disposición a compadecer que se transforma en una alegría de no tener ocasión de compa-

decer¹. Fundamentalmente: se trata del placer ante la variedad de poder ser feliz no obstante ser negro o jorobado; al ver al negro tan dispuesto a buscar su bien como un blanco, que aprovecha de su inteligencia como si no fuera un negro, luego de haberle pagado un impuesto de compasión, nos sorprende su aptitud para la dicha. Si lo viéramos abatido como negro no promovería en nosotros risa.

Para Freud (*El chiste y su relación con lo inconsciente*) —cuya teoría se tratará más adelante y para quien chiste y comicidad pertenecen a los métodos de conseguir placer extrayéndolo de nuestra propia actividad anímica y no son sino medios de restablecer, con un pretexto cualquiera, el buen estado de ánimo (euforia) cuando el mismo no aparece como una disposición general de la psique— reímos de lo inútil y exagerado de los movimientos ajenos por comparación de los movimientos que hubiésemos ejecutado nosotros en el mismo caso. Para tal comparación se toma como criterio el gasto de inervación que va ligado con la representación del movimiento correspondiente. “Ante un movimiento inadecuado y excesivo de la persona observada, nuestro incremento de gasto para la com-

¹ Hay una felicidad —que no sé si ha sido observada— en la percepción en el prójimo de defectos leves. Una persona quiere a otra y la encuentra muy perfecta. Pero le complace descubrirle algún defecto ligero, para que se dé su justo capricho, para que tenga un descanso de su bondad, de su sujeción a la virtud. Estoy deprimido de pensar que esa persona es tan virtuosa y me alegro de conocerle alguna pequeña envidia o despreocupación. Si esta percepción es inesperada, es cómica, y siempre pertenece a los placeres simpáticos.

prensión es cohibido en el acto, esto es, declarado superfluo en el mismo momento de su movilización, y queda libre para un distinto empleo, o eventualmente, para su descarga por medio de la risa. De esta clase sería, coadyuvando otras condiciones favorables, la génesis del placer producido por los movimientos cómicos: un gasto de inervación devenido inútil, como exceso, en la comparación del movimiento ajeno con el propio”¹.

Freud reconoce la dificultad del problema fundamental: las condiciones de la génesis del placer cómico, derivado —según él— de la diferencia de gasto psíquico de representación. Critica las teorías clásicas que a su juicio incurren en un mismo defecto: olvidan en su definición aquello que constituye precisamente la esencia de la comicidad. Si se sostiene que lo cómico reposa en un contraste de representaciones (Lipps, por ejemplo); sí —dice—, pero cuando este contraste produce un efecto cómico y no de otro género. Si se dice que el sentimiento de lo cómico proviene de la decepción que nos causa algo que esperábamos (Lipps, asimismo), desde luego —expresa Freud— pero sólo cuando la decepción no es dolo-

¹ Diferencia del chiste con la comicidad: “La fuente del placer del chiste tuvimos que situarla en lo inconsciente; en cambio, en la comicidad no encontramos motivo alguno para una tal localización. Más bien indican todos los análisis hasta ahora efectuados, que la fuente del placer cómico es la comparación de dos gastos, localizables ambos en lo preconscious. El chiste y la comicidad se diferencian, pues, ante todo, en su localización psíquica, y el primero es, por decirlo así, la aportación que lo inconsciente procura a la comicidad”.

rosa. Pareciera entonces que Freud fuera a acertar con la explicación, y sin embargo sólo excluye un caso —el de la decepción dolorosa—, exclusión sabia, pero no da la fórmula positiva de la comicidad. Él cree que sólo aceptando su teoría de que el placer cómico nace de la diferencia resultante de la comparación de dos gastos, puede resolverse el problema de la génesis del placer cómico; “el placer cómico y el efecto en que el mismo se manifiesta —o sea la risa— no pueden surgir sino cuando tal diferencia deviene inútil y, por lo tanto, susceptible de descarga”, pero deben mediar circunstancias especiales para que ese proceso se verifique, pues “siendo innumerables los casos en los que, en nuestra vida ideológica, nacen tales diferencias de gasto, son, en cambio, comparativamente raros aquéllos en que las mismas producen comicidad”. Las condiciones esenciales que discierne Freud para la comicidad ocasional, son: *a*) Aquel sereno estado de ánimo en que nos hallamos “dispuestos a reír”; *b*) Estado de expectación de lo cómico; *c*) No mediación de actividades espirituales —trabajo intelectual, reflexión abstracta, etc.— que impliquen condiciones desfavorables, perturbaciones de la descarga; *d*) Ausencia de la sobrecarga producida por la atención; la posibilidad de producción de placer cómico desaparece cuando la atención se halla fija precisamente en la comparación de la que la comicidad debe surgir; *e*) Que no sea caso de que el proceso cómico dé simultáneamente ocasión al nacimiento de intensos afectos, pues queda entonces excluída la descarga de la diferencia

productora de placer; f) Además, el desarrollo del placer cómico puede ser facilitado por cualquier otra agregación placiente como por una especie de efecto de contacto.

Y sin embargo, a pesar de esa prolijidad en el estudio de las condiciones de la comicidad, parece que Freud no hace más que reiterar en el caso especial de la comicidad una nota común a toda la vida mental: cualquier estado puede interrumpir o ser interrumpido por otro, según su intensidad; si estoy triste no río de un chiste; si el chiste alude a algo cruento, aunque yo no esté triste, puedo no reír, etc. Es curioso que los estetas y psicólogos que estudian la comicidad repiten con distintas palabras y como si fuera una característica de la emoción cómica algo que es nota común a la vida psíquica. Decir "sólo río cuando tengo humor para reír" es tan legítimo como decir que "sólo lloro cuando tengo humor para llorar", etc.; o sea que un estado se mantiene en la conciencia siempre que no es superado en intensidad por otro. (Bain dice que lo cómico es: "la degradación de alguna persona o interés que posee cierta dignidad, *en circunstancias que no excite otra emoción más fuerte*"; Freud habla de que no deben mediar condiciones desfavorables a la descarga; Bergson igualmente, lo mismo Groos, etc. Siempre es, sin embargo, la misma ley común: a la eclipsación recíproca de los estados.) Si el hecho cómico tuviera en su temática elementos evocativos lóbregos o siniestros, el chiste, sin dejar de ser chiste, si así puede decirse, se frustraría como estado

emocional grato, pero lo que es ocioso porque es común a toda la vida psíquica es condicionar la afirmación de ser algo chiste o comicidad, a las circunstancias de un preexistente buen humor o la ausencia, en la simultaneidad psicológica del momento, de emociones o expectativas de consecuencias penosas, porque siguiendo así podríamos decir que un hombre se enoja cuando lo injurian a menos que le paguen para dejarse injuriar (como los bufones), o un hombre sufre cuando le pegan, a menos que sea masoquista, etc. En suma: si los autores se refirieran a la exclusión de notas sombrías o dolorosas en el *tema* de la comicidad, acertarían, pero requerir condiciones favorables o alegres del espíritu para el chiste es una acotación innecesaria, pues toda emoción aparece cuando no domina una emoción, sensación, cenestesia o apetencia más intensa. Toda emoción, todo interesamiento aparece cuando simultáneamente no hay un motivo más importante de interesamiento diverso; en cambio sí es preciso afirmar que el hecho o tema debe de algún modo aludir a felicidad: la percepción de un automatismo es cómica en tanto que no implique un resultado dañoso; reiré de una caída benigna pero no de una caída al mar, aunque ambas resulten de una marcha automática, pero no según el estado en que se encontraba mi ánimo previamente a esas percepciones.

Resumiendo: las doctrinas conocidas analizan el elemento cómico, sea intelectual (contraste de imágenes o de intuiciones, etc.), sea afectivo (descarga psíquica,

valor o seudovalor que muestra su falsedad, etc.), o bien se fundan en hipótesis especiales (“lo mecánico calcado sobre lo viviente”, “ahorro de gasto psíquico de representación”), pero no muestran qué condición fundamental debe revestir ese elemento cómico, cualquiera que sea su tema concreto, o sea el signo afectivo no de la risa sino del hecho real o mental a que el suceso cómico o el chiste se refieran. La risa es un placer. ¿Por qué? Dice todavía Bergson: “Acrecimiento repentino en el tono de placer de la conciencia”. Pero ¿por qué?

Quiero decir: el contraste de representaciones, aún cuando sea sorpresivo, puede no ser cómico; el falso valor que muestra su inanidad aún cuando ocurra sorpresivamente, puede no ser cómico, y lo mismo la creencia de un absurdo. Para que el sentimiento sea de comicidad, el tema de cada uno de esos hechos debe ser grato, oculta u ostensiblemente, ha de aludir a la felicidad. Quizá Bergson por interpretación a contrario sensu, se acercara a esta idea, cuando dice que “es necesario que el hecho no me conmueva”, pero no dice: es necesario que el hecho sea en sí feliz para quien parece padecerlo. Además Bergson repite que la condición de *insensibilidad* del espectador es necesaria (insociabilidad del personaje, insensibilidad del espectador; “allí donde el prójimo deja de conmovernos, comienza la comedia”). No es insensibilidad del espectador sino sensibilidad para la dicha ajena, mientras no sea causa de piedad, o que el daño resultante, que corrige el carácter, sea leve.

Supongamos que se acepte la explicación de Bergson —lo cómico es la mecanización de lo vital. ¿Pero por qué es cómico o sea placentero y no es trágico o triste? Que la risa sea un correctivo social no quiere decir que sea placentera. Hay otras situaciones de corrección, como las penales, que no se acompañan de placer, aún cuando tampoco entre en juego la compasión. La explicación no podría ser sino la alegría de la utilidad de esa mecanización; cuando esa mecanización llevara a un resultado doloroso, la alegría del bien para esa persona del abandono de un automatismo ya insuficiente o antivital, sería un espectáculo grato.

Cuando la mecánica le juega a un viviente una mala pasada, nos hace reír si en ese momento el viviente estaba alegando nobles intenciones o grandes posesiones de verdad, pero en todo otro caso los triunfos del automatismo sobre los conscientes tienen que impresionar depresiva, tristemente, no pueden darnos placer. El automatismo denuncia a un farsante del cual nos libramos gracias a ello, pero muchas otras cosas pueden denunciarlo igualmente, por ejemplo el que le descubramos que, aparentando improvisar, está leyendo un papelillo que tiene sobre las piernas, etc. La sustitución de lo que debería ser consciente, por el automatismo, es pues siempre depresiva. Las explicaciones parciales por tanto podrían ser el automatismo o una pretensión de valor que muestra su inanidad, etc., pero el hecho fundamental, lo que separa al hecho cómico de todas las otras expectativas, sor-

presas, absurdos, tristes o trágicos, es la mención a una dicha.

Si una persona atareada tropieza y cae, algunos ríen, pero si huyendo atemorizada cae, no nos reímos; en el primer caso el hombre en actividad está en el placer de la actividad, o espera un resultado de placer de esa actividad; se le mira con simpatía y alegría pues pensamos que si ese carácter resignado y sereno lo aplica en todo, aun con algún costo, obtendrá la felicidad. Pero la comicidad es mayor cuando hay infatuación, engreimiento o sentimiento de estar en el camino o en una empresa acertada, y el golpe acaece en la actividad de traslación o de cualquier otro orden, como un percance de torpeza. En uno y otro caso la comicidad proviene de que hay expectativa, aunque en distinto grado, pues si bien el modo manso de vivir del primer hombre dice que sabe que le puede ocurrir caerse, siempre hay una sorpresa, pues cae donde no hay motivo visible para una caída; en el caso del hombre presumido la hay mayormente, pues se cree que todas las fuerzas de la naturaleza y todos los entes le van a sacar el sombrero, que una vereda no va a causar irreverencia a su paso, así que lo vamos siguiendo con noción de importancia y en el momento de su accidente se ve que es tan frágil su andar como el de cualquiera, de modo que hay sorpresa, un brusco cambio en nuestra tensión o entonación.

En ambos casos hay simpatía, o sea tema de placer,

aunque de diverso alcance o naturaleza; en el caso de la persona que camina muy presumida y da un traspiés hay el sentimiento de complacencia en el castigo merecido siempre que no resulte daño mayor, en cuyo caso entraría en juego la compasión; hay la simpatía de que sufra un pequeño castigo que la libere de caer en mayores; hay una emoción de censura ante el talante muy engreído, muy seguro; hay una desaprobación, incluso una antipatía, que se convierte en una satisfacción, en un placer súbito egoístico ante el que soporta una ligera reprobación proporcionada a su falsedad, placer superado por la faz altruísta de alegría ante el aleccionamiento hacia más medida gracias a una pequeña adversidad. En cambio, si la persona no iba petulante sino confiada y natural, nuestro placer deriva de la percepción de un pequeño daño que le sirve de aviso, pues las experiencias benignas de lo adverso son benéficas, se simpatiza con algo que va a ser ventajoso para esa persona. En el primer caso hay la satisfacción del placer del castigo, que, como es subitáneo e inesperado, favorece la convulsión respiratoria porque había estado emocional de antipatía mientras marchaba la persona; en el segundo, ha desaparecido el elemento "castigo" para ser sustituido por el "advertencia benigna" y el placer resultante es igualmente altruístico, optimístico. Nos libertamos de un poder enemigo, pues nos tiene deprimidos un hombre que pretende ostentar el monopolio de los éxitos; su fragilidad verificada nos quita la pesadumbre de nuestra limitación. Toda alegría no esperada y

más si se espera lo contrario es cómica; por tanto la comicidad alude a una alegría para nosotros, para nuestro porvenir, pasando de la indiferencia o insipidez, por excitación preparada de la atención o intimidación, a la alegría.

No hay comicidad en el caso de que resulte daño, o en el de la caída de un niño, porque aun cuando se da la condición "sorpresa" falta la alusión a la felicidad. Si hubiera convulsión respiratoria por retención de la respiración, podría haber risa nerviosa, posiblemente penosa; el que contempla con agrado una caída dolorosa tiene placer de crueldad, o risa de susto, pero no risa cómica¹. Por lo demás, creo que las personas de sentimentalidad sana apenas o nada ríen en el caso de una caída de persona no infatuada. En fin, esta risa de espectador es secundaria; la fuente manantial total es la risa del sujeto. Mucho más significativa de valía de inteligencia y carácter, es la risa del que se cae, por sobre todas las risas de quienes presencian la caída; se trata de una emoción aborigen, primera, del carácter con un tema de sí mismo; es una emoción de la Paciencia inteligente y de la Valentía

¹ Ante esta situación puede haber otro placer y otra risa, pues, que a menudo se confunde con lo cómico y hace hablar de un sentimiento de orgullo, poder, o superioridad; pero tal sentimiento no es más que el de malignidad y la risa sería de un placer sorpresivo de malignidad.

Lipps y Bergson hablan de un sentimiento cómico amargo y aún amarguísimo; puede reírse de desesperación; por ejemplo en quien pone todo su esfuerzo en una empresa y fracasa, o en quien ve toda su vida destrozada; pero es la risa de la tragedia y equivale al llanto. Hay por tanto risa sin placer.

inteligente; es una emoción alegre de la superación del Carácter o Persona sobre la contingencia estúpida o enemiga del Cosmos. (Para hacer frente al problema hay que encarar, centralmente, la risa del que se ríe de sí mismo, y del espectador que ríe del percance inofensivo de otro con capacidad para reír del mismo cuando le ocurra a él.)

II

Freud se propone una investigación profunda de los principales problemas que plantea el chiste. No sólo estudia detalladamente sus diversas técnicas verbales, sus categorías, sus "tendencias", sino también problemas tan importantes como la relación del chiste con los sueños (que implica decidir en la cuestión de la naturaleza del inconsciente) y el mecanismo del placer y la psicogénesis del chiste.

Sean los chistes siguientes:

Dos judíos hablan de hidroterapia. Yo —dice uno de ellos—, lo necesite o no, tomo un baño todos los años.

Según Freud, éste pertenece al pequeño grupo de los "chistes por superación", en que se sustituye el "sí", es decir la afirmación intrínseca, por un "no", por una negación literal; pero este "no" equivale por su contenido a una enérgica confirmación; "la contradic-

ción aparece sustituyendo a una confirmación superada". El mismo mecanismo puede también tener lugar a la inversa. "Claramente vemos que por la exagerada vanagloria de su limpieza, queda el buen judío convicto de lo contrario."

(Ésta puede ser una explicación de la "técnica" del chiste, de su proceso mental y de su modo de operar verbo-psicológico. Pero la condición fundamental es la suerte de ese hombre de poder estar satisfecho de sí mismo por el hecho de que cada año, aún sin necesitarlo, toma un baño, como quien cumple un acto honorable. La chistosidad proviene de hallar en esa persona —reunidos los requisitos técnicos elocutivos— un sentido de satisfacción tan inesperado. (Débese advertir, de paso, que el placer que este chiste produce a una persona que cree en la necesidad de tomarse tres baños diarios es muy distinta que en aquella otra... la situación nuestra, querido lector. Es posible que, en su origen, esto haya sido menos chiste de lo que se cree. Antiguamente lo que se llama hoy baño, o sea rodearse de agua simultáneamente por todos lados del cuerpo, era mucho menos periódico y habitual que modernamente.) En suma: el paciente cree decir una cosa que lo favorece y confiesa lo contrario, es como tropezar y caerse; pero lo que prevalece es la impresión de contento de ese hombre.)

Un judío observa, en la barba de otro, restos de comida: —¿A que adivino qué has comido ayer?

—Dílo.

—Lentejas.

—Has perdido. Eso fué anteayer.

La explicación, según Freud, es la misma¹.

(Ocurre que fracasa el placer de acertar el pronóstico, aunque nunca estuvo más seguro, es decir, tuvo un dato o signo más cierto: las propias lentejas en la barba; el primer judío creía que iba a ser admirado y a dejar confuso al otro, pues éste no sabría cómo lo había sabido. La risa viene de este fracaso de una exhibición de adivinación o de saber cosas secretas por una casualidad: el hombre se iba a lucir como clarividente y falla por la desgracia de que lo que el otro había comido ese día no había dejado rastro en su barba pero sí lo del día anterior. Al no haber acertado sino así, queda la duda de si no será caso de la casualidad, o sea de probabilidad. El paciente descubre ese error de pronóstico y, ateniéndose simplemente a la exactitud o inexactitud de lo supuesto adivinado, exhibe un mayor desaseo de su persona; pero eso no le importaba, al menos en ese momento.

Lo que causa placer es ese cinismo de no importársele nada, o mejor dicho, quizá, la alusión hedonista deriva de cómo el judío sucio se precipitó sobre el bocado de autosatisfacción que las circunstancias le brindaban de hacer fracasar un chiste aún a costa suya, o mejor, olvidando un momento, tras esa fruición, que mostraba una mayor dejadez que el otro no había llegado a sospechar.

¹ Este chiste incita un estudio sobre la ferocidad en humorística.

Esta alegría en el oyente podría hallarse neutralizada por la pena de que el adivinador fracase. Pero éste es el fracaso de un perturbador de felicidad; y además fué demasiado tímido para darse el gusto de perturbar esa felicidad porque no se atrevió a suponer un desaseo de duración mayor de 24 horas. O sea: una impertinencia tímida cuya moderación resultó castigada en lugar de premiada. Todo se halla superado por la actitud de quien para desarmar la profetización se olvida completamente de que confiesa una disminución aún mayor de la que se le supone. El completo olvido en que cae este hombre de lo reprochable de su costumbre de limpieza exterior, en su alegría de desbaratar una adivinación no muy cortés de un tercero, es lo que nos gusta: aprovecha su trago de placer: derrotar al adivinador. En fin, hay evocación de sensaciones antipáticas sensoriales y eso perturba el goce del chiste, pero el tipo de error puede ser el mismo. “¿Pero Vd. no la besó a su hija que llegó ayer?” —“No la besé, pero llegó anteayer”. Que es peor.)

“La experiencia consiste en experimentar aquello que no deseábamos haber experimentado.”

La experiencia es definida aquí (Freud) por su propio nombre; quedamos un tanto desconcertados y creemos escuchar una nueva verdad. Mas en seguida advertimos —prosigue— que no se trata sino de una trivialidad: “De los escarmentados nacen los avisados”. El excelente rendimiento chistoso de definir la

experiencia casi exclusivamente por el empleo de la palabra "experimentar", nos engaña de tal modo que estimamos en más de lo que vale el contenido de la frase.

(Me parece que esta frase de Lichtenberg responde a alguna idea u opinión; ha de haber sido una impugnación a algún juicio metafísico torpe en que se intentó definir la experiencia, y me confirmo en esto cuando páginas adelante el propio Freud advierte que muy justificadamente dijo Goethe de Lichtenberg que sus ocurrencias chistosas o chanceras esconden interesantísimos problemas o, mejor dicho, rozan la solución de los mismos. Pero llamar "experiencia" a lo que pasa inadvertido porque no ha habido "resistencia", es inconsistente. Quiere decir que sin cierta resistencia, sin cierto movimiento atencional, cierto agolpamiento o conflicto, el estado porque no lo atendimos no es nada; la experiencia de un automatismo, porque no deja rastro, no es tal "experiencia"; sólo puede llamarse así a lo que ha suscitado percepción, atención. Pero no se ha dicho nada, pues se quiere saber qué sea la experiencia y no se puede con lo definido empleado como definidor. Se ha de haber referido Lichtenberg a aquello de que con experiencia (golpes, adversidades) se aprende, pero al mismo tiempo viene a decir que sin cierta reacción de la personalidad ("no deseáramos...") la experiencia es nada, sea una reacción de acogida o de repulsa. Por eso ha elegido la experiencia negativa o desagrado, que educa por la adversidad. Freud cree que es una simulación de definición

que no se hace; no obstante yo creo que es, psicológicamente, una buena definición escolástica, efectiva, con un cierto defecto de pedantería o escolasticismo burlón. ¿Quién va a definir la Experiencia? Si hay chiste, está en que, diciendo una verdad, le da una verbalización tautológica: la verdad de que no es definible la Experiencia ¹).

Veamos ahora con algún detalle la explicación que da Freud del placer del chiste, en los varios grupos que analiza. “Lo que quisiéramos averiguar —expresa— es en qué forma surge el placer, de estas fuentes, o sea cuál es el mecanismo del efecto de placer.” (Se verá que lo que yo creo que se debe investigar es, además, cuál es la causa o condición general del chiste y de lo cómico, aneja al tema o situación.)

Sea en primer lugar este chiste “tendencioso”:

Serenísimo recorre sus Estados. Entre la gente que acude a vitorearle, ve a un individuo que se le parece extraordinariamente. Le hace acercarse y le pregunta: “¿Recuerda Vd. si su madre sirvió en palacio alguna vez?” — “No, Alteza —responde el interrogado—; pero sí mi padre”.

¹ Las omisiones y languideces son fiadoras de que yo descanso sabiendo con qué lector trabajo: uno de los raros lectores que por estas abstrusas páginas andarán.

Lo esencial, desde el punto de vista de la técnica verbal, es el proceso de “unificación” —análogo a la condensación por compresión de dos elementos en la misma palabra, como en el caso del “familiarmente” de Heine—; descubrimos nuevas e inesperadas unidades, relaciones recíprocas de representaciones y definiciones mutuas o por referencia a un tercer elemento común. En el caso de Serenísimo, ejemplo del “ingenio rápido”, la rapidez consiste en la inmediata sucesión de agresión y defensa, en “volver el arma contra el atacante” o “pagarle en la misma moneda”, esto es, en la constitución de una inesperada unidad entre ataque y contraataque. He aquí la explicación textual de este chiste, que por su *técnica* pertenece a los de “unificación” y por su *tendencia* a los “agresivos”: “El interrogado hubiera querido maltratar de obra al descarado que con su alusión osaba insultar la memoria de una persona amada; pero el tal descarado es nada menos que Serenísimo, al que es imposible no ya maltratar de obra, sino ni siquiera de palabra, a menos de pagar la venganza con la propia vida. No habría, por lo tanto, más remedio que tragar en silencio la ofensa. Mas, afortunadamente, abre el chiste el camino a una venganza exenta de todo peligro, recogiendo la alusión y volviéndola, merced al medio técnico de la unificación, contra el agresor”. Queda así, según Freud, analizada la fuente del placer en los chistes *tendenciosos* (en sus cuatro especies: desnudador u obsceno, agresivo u hostil, cínico o crítico y escéptico): el placer surge ante la satisfacción de una *tendencia*

que, sin el chiste, hubiera permanecido incumplida y gastando por tanto energía psíquica de represión.

¿Pero esta respuesta es chiste o es daño, aunque sea hábil y rápida? (¿Y la frase original de Serenísimo es chiste o es injuria?) El individuo consigue darse el gusto de desvalorizar a alguien, de irrespetarlo, acertando con una fórmula que lo salva del talión; se defiende y mortifica, interrumpe un placer y lo convierte en dolor. La hipótesis freudiana es: “que el secreto del efecto de placer del chiste tendencioso demuestra más claramente que ninguno otro de los grados evolutivos del chiste el carácter esencial de la elaboración del mismo, constituido por el hecho de dar libertad a magnitudes de placer por medio de la remoción de coerciones”; “el chiste tendencioso fortifica las tendencias a cuyo servicio se coloca, aportándoles auxilios procedentes de sentimientos reprimidos, o entra, abiertamente, al servicio de tendencias reprimidas”. ¿Pero no es éste, simplemente, caso del placer de la venganza? ¿Y de qué naturaleza es ese estado latente de venganza, antes de cumplirse en el chiste; qué sentimiento hubiera dejado el chiste o injuria de Serenísimo, si el paciente no hubiera logrado instantáneamente contradañarlo? Según Freud, perduraría como una tendencia a la agresión reprimida, y el ahorro psíquico, en que según él radica el placer del chiste, se produce gracias a que desaparece el gasto psíquico de mantener reprimida la tendencia. Yo pienso que se trata del placer de la venganza, hacer abortar un placer de otro, y que es un deseo cualquiera. Y en

el oyente de la escena hay dos placeres: el de contemplar un talento de la persona que da una justa respuesta y el de una experiencia benigna, educativa, que soporta Serenísimo. Nos alegra la justicia y el ingenio del que sabe procurarse el placer de que se sea justo con él. Freud dice: “ahorro de gasto psíquico”, pero pudiera decir talento, exhibición de inteligencia: tendencia de todo poder muscular o intelectual a su conveniencia. Yo no percibo bien la necesidad de llamar “ahorro psíquico” a la evitación del dolor u obtención del placer. ¿Ahorrarse un placer no sería un ahorro psíquico? Lo que se percibe es que es un placer: el placer de otro que se saca una injuria con sensación placentera de estar liberado; o sea: quiero expresar que si ese ingenio, o el esfuerzo, proporciona a la persona la satisfacción de su deseo, da un espectáculo de felicidad; se le llama cómico o chistoso porque da lo contrario de lo que se esperaba.

La situación de quien recibe una agresión se transforma no en mero deseo de expresión sino en deseo de venganza, corporal o verbal. ¿Qué diferencia hay entre pegar e infamar? Para el ofendido, ninguna. Para el ofensor (previamente ofendido) en su propósito, tampoco, pero sí en sus resultados: el que recibe una injuria de un superior a quien debe obediencia sólo con el chiste puede replicar impunemente. Para el que percibe es inesperada una fórmula ingeniosa que ha encontrado la persona de menoscabar la opinión de otra, sin riesgo.

¿Se puede decir que satisfacer un deseo es ahorrar?
 ¿Realizar el acto sexual o el acto de alimentarse, es un

ahorro? Es como cualquier tensión o apetición, es un placer. No se trata, pues, del placer del desahogo —pues entonces el individuo se diría a sí mismo el chiste o se satisfaría con una injuria cualquiera— sino del placer de dañar, o sea que la calumnia hace propaganda contra la persona. (¿Por qué ese individuo no fué castigado por Serenísimo?) Dice Freud: “No creemos constituya ningún atrevimiento especulativo afirmar ahora, que tanto para la formación como para el mantenimiento de una coerción psíquica es necesario un “gasto psíquico”. Y si agregamos a esto que en ambos casos del empleo del chiste tendencioso se consigue una aportación de placer, no será muy aventurada la hipótesis de que tal aportación de placer corresponde al gasto psíquico ahorrado”. Yo diría, sencillamente: placer de ahorrar un dolor; y en el espectador: placer de percepción de placer, con sorpresa. El individuo hace un chiste como si pegara o injuriara; es una forma indirecta de librarse de un dolor, de satisfacer un deseo de venganza. Para que al espectador le resulte chiste debe haber percepción de placer, actividad simpática al vengativo verbal: placer de inesperada percepción de placer ajeno. El daño que recibe Serenísimo no cuenta, porque es la réplica a su primitiva agresión; pero el chiste se desvirtuaría si la agresión de la respuesta fuera desproporcionadamente hostil. El chiste, pues, sería uno de los modos de responder a un ataque¹.

¹ Compárese: Cuando el maestro de filosofía del *Burgués Gentilhombre* (acto II, escena 6) es apaleado por los maestros de ar-

(¿Qué hubieran respondido a Serenísimo otros protagonistas de chistes famosos? Se me ocurre que el Judío del baño anual o el de las lentejas en la barba hubiera respondido: “Qué suerte, yo siempre me he parecido a su excelencia y ahora tengo la dicha de que su excelencia me lo note”. Hirsch-Hyacinth acaso hubiera dicho: “No sé, Señor, exactamente, pero como mi padre andaba mucho por el palacio y su madre de Vd. andaba mucho por los barrios pobres, nunca sabremos Vd. ni yo, Venerado Serenísimo, lo cierto. Yo también siempre lo he pensado”. Etcétera.)

En los chistes “inocentes”, o sea que no están al servicio de una “tendencia”, la fuente de placer tiene diverso origen. En un primer grupo, o sea en los “juegos de palabra”, cuya técnica consiste en “dirigir nuestra atención psíquica hacia el sonido de las palabras en lugar de hacia su sentido y dejar que la imagen verbal (acústica) se sustituyese a la significación determinada por relaciones con las representaciones objetivas”, el placer deriva del ahorro de gasto psíquico al trasladarnos por el uso de la misma palabra o de otra análoga, de un círculo de representaciones a otro más lejano. Ejemplo: Un médico que acaba de reconocer a una señora dice al marido de la enferma: “No

mas, música y danza porque quiso sostener que su especialidad era muy superior a la de ellos, y vuelve a Monsieur Jourdain a darle la lección, debe tranquilizar a éste (“Ah, señor, cómo estoy enfadado con los golpes que os han dado”) diciéndole: “No es nada. Un filósofo sabe recibir como corresponde las cosas; y yo voy a componer contra ellos una sátira al estilo de Juvenal, que los destrozará de lo lindo”.

me gusta nada” —“Hace mucho tiempo que a mí tampoco” — se apresura a contestar el interpelado.

Un segundo grupo de medios técnicos —unificación, similicadencia, múltiple empleo del mismo material, modificación de conocidos modismos, alusión a citas literarias— muestra el definido carácter común de ofrecernos algo ya conocido donde esperábamos encontrar algo nuevo. (Similicadencia: “Roux et sot” por “Rousseau”; condensación con formación de sustitutivo: “Familionarmente”; modificación: “Traduttore-tradittore”; etc. El chiste de Serenísimó, desde el punto de vista de la técnica verbal, es por unificación.) “Este reencuentro de lo conocido es en extremo placiente y no hallamos dificultad alguna para reconocer tal placer como placer de ahorro y atribuirlo al ahorro de gasto psíquico.” Insiste Freud en que parece generalmente aceptado el hecho de que el reencuentro de lo conocido produce placer, y recuerda a Groos: “El reconocimiento se halla siempre ligado, allí donde no ha llegado a mecanizarse excesivamente (como en el acto de vestiros, etc.) a sensaciones de placer. Ya la simple cualidad de lo conocido se muestra acompañada por aquel suave bienestar que le invade a Fausto cuando tras un sospechoso encuentro penetra de nuevo en su laboratorio. . .”. Freud reprocha a Groos que, en su intento explicativo (de los juegos, cuyo carácter consiste en intensificar la alegría del reconocimiento colocando obstáculos en el camino del mismo, o sea provocando un “estancamiento psíquico” que es suprimido por el acto del reconocimiento) abandona la hipótesis

de que el reconocimiento es placiente por sí mismo y refiere el placer que en estos juegos se produce a la alegría de la conciencia de poder o de la superación de una dificultad; “a nuestro juicio —dice Freud— este último factor es secundario y no vemos en él motivo alguno para abandonar nuestra más sencilla hipótesis de que el reconocimiento es placiente en sí, esto es, por la aminoración del gasto psíquico, y que los juegos fundados en la consecución de este placer se sirven del mecanismo del estancamiento psíquico, exclusivamente para elevar la magnitud del mismo”.

Yo creo que en todos estos casos se trata, respecto de lo conocido, del placer de la facilidad, facilidad para la percepción. ¿Y en el caso de rever un tormento ya conocido, o en el caso del condenado a quien nuevamente encarcelan? No hay placer del reconocimiento; es especioso. Si a Fausto le agrada entrar en su laboratorio, el placer de volver a él no es el del reconocimiento, sino el de tornar adonde está a su gusto. Para que pueda hablarse como Freud o Groos del “placer del reconocimiento”, tiene que haber un “reconocimiento” que sea placer sin ninguna ventaja especial, pues cuando un químico se aburre del laboratorio no sé que sea un placer volver a verlo o recordarlo, o lo mismo en el caso de una lastimadura o enfermedad. Creo que el reconocimiento no es más que el placer de una facilidad, enteramente insignificante y de ninguna manera especial. El día que necesito mi bastón podré tener placer en reencontrarlo, pero todos los otros días que lo veo, aunque sea sorpresivamente, no tengo placer

de reconocimiento. Y además: ¿hay el placer de lo *nuevo*, o sea lo opuesto a lo *reconocido*? Si algo es realmente nuevo y por tanto no se sabe si agradará o no, no hay tal placer de novedad. (A cada momento, al tomar el cuchillo para usarlo, experimento un levísimo placer de saber que lo voy a manejar, pero no es el “saber” sino que ya la mano lo toma como cosa conocida.) Place la ejecución de una escala conocida, mas también la de una nueva; pero esos placeres no se tienen en cuenta, no tienen comparación con el chiste. En fin, me inclino a la explicación de Groos: la alegría de la conciencia de poder o superación de una dificultad; lo conocido significa lo que yo puedo usar, la facilidad para la percepción y uso; ver un tirabuzón y reconocerlo no es placer, pero sí saberlo usar; pero cuando lo usado es desagradable no hay tal placer.

En fin, el tercer grupo de las técnicas del chiste —sobre todo del chiste intelectual—, en el que quedan comprendidos los errores intelectuales, el desplazamiento del acento psíquico, la exposición antinómica, etc., “puede presentar a primera vista un carácter especial y no delatar parentesco alguno con las técnicas del reencuentro de lo conocido o de la sustitución de las asociaciones objetivas por las asociaciones verbales; esto no obstante, resulta también harto fácil aplicar a estos casos el punto de vista del ahorro o minoración del gasto psíquico” (Ejemplo de chiste por desplazamiento es el del salmón con mayonesa, que se consigna más adelante.) Este ahorro nace de que es más fácil

desviarse de una ruta mental que conservarse en ella, confundir lo heterogéneo que establecer marcadas antítesis y, sobre todo, admitir, como válidas, consecuencias que la lógica rechaza, o prescindir, en la reunión de palabras y pensamientos, de la condición de que formen un sentido. Freud recoge la objeción que inmediatamente se le haría de cómo tal actividad de la elaboración del chiste constituya una fuente de placer, “siendo así que todos estos rendimientos defectuosos de la actividad mental sólo sensaciones de displacer nos proporcionan en otros sectores diferentes”. Esta singularidad se explica por el “placer de disparatar”, o sea el placer de la libre disposición del curso de los pensamientos sin observación de la coerción lógica.

El esfuerzo central de Freud —a quien es imposible seguir en sus agudos análisis— consiste pues en reducir a una explicación unitaria el placer que producen los hechos conexos del chiste, la comicidad y el humor. Tal hipótesis es la del ahorro del gasto psíquico y su propio autor, al final de su estudio, la abrevia así: “El placer del chiste nos pareció surgir de *gasto de coerción ahorrado*, el de la comicidad, de *gasto de representación (de carga) ahorrado* y el del humor, de *gasto de sentimiento ahorrado*. En los tres mecanismos de nuestro aparato anímico proviene, pues, el placer, de un ahorro, y los tres coinciden en constituir métodos de reconquistar, extrayéndolo de la actividad anímica, un placer que se había perdido precisamente a causa del desarrollo de esta actividad, pues la euforia que tendemos a alcanzar por estos caminos no es otra

cosa que el estado de ánimo de una época de nuestra vida en la que podíamos llevar a cabo nuestra labor psíquica con muy escaso gasto, esto es, el estado de ánimo de nuestra infancia, en la que no conocíamos lo cómico, no éramos capaces del chiste y no necesitábamos del humor para sentirnos felices en la vida”.

Reconociendo en todo su mérito el esfuerzo consumado y honesto de Freud, pienso que a veces su terminología —como en otras doctrinas sobre lo cómico y el chiste— no es la más adecuada y no favorece la comprensión de los hechos. No es éste el momento de analizar en detalle conceptos como los de “gasto psíquico” o “ahorro de actividad psíquica”, pues me llevaría a una teoría general de la psicología (aunque justo es recordar que Freud se vió llevado a su estudio sobre el chiste en su afán de corroboración de una teoría general); pero parece que si en vez de decir “ahorro de gasto psíquico o de gasto de representación” pudiera decirse ahorro de esfuerzo o aún ahorro de sufrimiento, nos acomodaríamos más a los procesos psíquicos y a una sencilla universal terminología. Ciertas denominaciones freudianas parece que nos extrañarían algo, aparte de la dificultad misma de interpretación en cada caso concreto de “gasto psíquico”.

Por mi parte, sin detenerme especialmente en la técnica verbal de cada especie de chiste, ni en la explicación concreta del mecanismo del placer en cada especie, procuro comprobar si basta sólo la técnica verbal para que se dé el placer, o si, por sobre ella,

debe cumplirse alguna otra condición general que no ha sido debidamente señalada.

Veamos ahora, con riesgo de repeticiones, cómo funciona en concreto la tonalidad optimística no ya en la comicidad estricta sino en el chiste, aunque no aún en el chiste específicamente conceptual, y para mí el genuinamente artístico. Sirva el famoso chiste de Heine que ha servido para muchos análisis —y entre ellos uno circunstanciado de Freud— y examinémoslo desde nuestro punto de vista. Se trata de un cierto hamburgués llamado Hirsch Hyacinth, que, vanagloriándose de su amistad con el barón Rotschild, dice: “Así como es cierto que de Dios viene todo lo bueno, una vez estaba yo sentado junto a Salomón Rotschild y éste me trató de igual a igual muy *familionarmen-te*”. (“Reisebilder.”)

Si se deja de lado el análisis del mecanismo de este chiste realizado por Freud (que lo caracteriza como un chiste por “condensación con formación de sustitutos”: “familionar” es la palabra mixta que entraña el efecto hilarante), la gracia está en la resignación o humildad o modestia del que relata una situación de la que está consciente que le fué humillante. Esa buena facultad de la humildad le permite hallar placer hasta en el relato de su propia humillación. Hay dos elementos: jugar con el lector u oyente, porque hasta el final de deletrear “famili” les hizo creer una cosa (máxime después de la expectativa del “de igual a igual”) y

adicionándole “onarmente” (podría decirse, estrictamente, “onar”, pues la terminación adverbial correspondía), o sea haciendo una palabra de dos concepciones opuestas: trato familiar y trato millonar, lo sacó bruscamente de esa creencia, de donde el elemento optimístico está en que jugó con el lector por medio de la expectativa fallida y de un absurdo gramatical y lógico; pero la tonalidad placentera esencial proviene de esa aptitud del relatante, de cómodo cinismo, tranquila resignación a la humillación. También hay reflejo optimístico en el hecho de que el millonario se dió su santa comodidad, lo que compensa o neutraliza el dejo de amargura que ha sido señalado en este chiste para la parte del relatante. También juega con la idiomática, y esto es una exhibición de habilidad, siempre grata. El encarecido mérito de la brevedad de los chistes, confirma mi teoría de la esencialidad optimística aneja a la temática del chiste. Porque la brevedad es uno de los grandes esfuerzos y habilidades en el manejo del idioma: es mérito de toda redacción, no sólo de la del chiste.

¿Por qué “familiarmente” no entristeció a los lectores? Tal la cuestión. Yo por ejemplo invento esta situación:

—¿Y aquel médico lo curó por fin a su mucamo?

—Sí, lo curó mortíferamente.

—Qué lástima ¿no es cierto? Lo curó de todas las enfermedades menos de ésa.

¿Por qué no nos reímos? Aquí hay sorpresa y acaso exhibición de habilidad idiomática; si la temática

hubiera sido feliz el chiste estaría completo. Falta esto y falta todo. Es una ironía, pero no es una comicidad; no tenía alegría. Sarcasmo, sátira, ironía, no pertenecen al género estricto de la comicidad, aunque posean una de las notas de ésta, que es la sorpresa, el jugar con el lector.

Es agradable, se oye con placer a un hombre que se ampara en su sistema de humildad; pero se llega a un momento del relato en que parecía que el personaje iba a salirse de esa defensa (cuando está a punto de decir que Rotschild lo trató "familiarmente") y de inmediato se enmienda, mostrando ingenio y conducta de resultados útiles. (Si se hubiera limitado a expresar que Rotschild lo trató familiarmente, no hubiera habido más extrañeza que la de benevolencia o exquisitez de Rotschild, o la de cinismo del pobre hamburgués; si hubiera dicho "me trató, puede decirse, con cierta familiaridad", nos hubiera agradado su carácter.) El lector no está preparado en contra ni a favor; pero sí el placer de ver a ese hombre va con convulsión de risa por lo inesperado, y hay expectativa desde que se oyó el comienzo de la palabra.

Juntando los dos vocablos se ve el desistimiento y el personaje aprovecha la similitud fónica para mantenerse en su línea de conducta de humildad. Cuando ya iba a enorgullecerse un instante pegó el tirón de rienda y se abstuvo de darse corte, acertando con la palabra (pudo no acertar: el lector aprecia por tanto el ingenio o rapidez mental del hamburgués, además de su política de modestia), con lo que evidencia la

perfecta ejercitación de la humildad en la cual vive, al retener en la mitad la expresión y mantenerse en su línea: aún en ese momento, con el oyente, está en su sistema, quiere que el oyente también lo crea perpetuamente humilde.

Ese movimiento ágil de la persona para volver a su táctica y conservar su patente, evitando que la crean soberbia, es grato. La percepción de ese susto de Hyacinth ante lo que iba a decir, acrecienta el efecto simpáticamente hilarante. Ese hombre recupera su astucia; sabe que de pobre diablo humilde es la actitud más segura, que da grandes conveniencias y gusta muchísimo. Si hubiera dicho: "Rotschild me trató familiarmente, en la medida en que puede hacerlo un Rotschild", hubiera habido placer en el oyente: placer de percepción de placer, pero como en el chiste de Heine hay susto, hay también placer de percepción de un pequeño susto de la prudencia, sin malas consecuencias, y de ingenio. No es la palabra "familiarmente" en sí lo que causa placer, sino lo que su súbito hallazgo supone en la conciencia de quien la crea.

En fin, observemos el chiste conceptual típico. Supongamos, parafraseando uno de Mark Twain, que un barco está a punto de naufragar por exceso de carga. Se arroja el lastre y sale el barco de peligro. Entonces exclama el capitán: —¡Han visto, muchachos, si no hubiéramos tenido nada que descargar nos habríamos hundido!

Aquí la causa de una catástrofe en perspectiva se

suprime y el capitán cree que si no hubiera habido esa carga de la cual descargarse, habrían naufragado, y era precisamente esa carga, que ahora aparece como salvadora y causante del éxito, lo que había llevado a la embarcación al borde del desastre. Confusamente aparece la imagen nocional de que, si sin carga el barco hubiera naufragado, el caso habría sido fatal; que es una suerte que el barco estuviera hundiéndose por exceso de carga y no sin carga alguna. Este momento de confusión mental impide razonar que si es una alegría haber tenido el lastre excesivo más alegría habría sido no tenerlo y no haberse llevado el susto. Aparece la noción depresiva del caso en que el barco se hundiera sin ser la causa de ello la carga, y entonces se pasa de un momento de angustia a uno de liberación; en la mente del capitán pasó la noción alegre, grata, de no haberse encontrado en el caso mucho más grave de un naufragio en otras circunstancias. El enunciado verbal del capitán fué equivocado, pero el sentimiento no lo era: la noción pesimística rechazada del caso de un barco que irreparablemente se hundiera no por exceso de cargamento sino por averías o tempestad. Ésta es la explicación del proceso psicológico en el supuesto actor, no la explicación del efecto del chiste en la conciencia del lector. Pero como el lector a su vez cree instantáneamente la absurda conclusión del capitán —aunque instantáneamente reaccione— vive el mismo proceso psicológico.

¿Hay un momento de *desplacer* precedente o simultáneo al chiste? La *digresión*, para los que esperaban siempre atentos, crecientemente interesados en algo que se anuncia por la forma y el tema como de curiosidad evidente, pareciera contener un elemento de *desplacer*, aunque en seguida la conciencia es colmada por el *placer* de lo cómico. (*Placer* que es el del encanto de la ingeniosidad y la maliciosidad no dañina; yo creo que es un *placer* de admiración a la inteligencia o de admiración a la todoposibilidad práctica.) Según Lipps, hay un momento de *desplacer*, tanto, que según él el sentimiento cómico es precisamente una fusión de *placer* y *desplacer*; cuando el oyente ha puesto en el relato un interés práctico, ético o estético y dicho interés es desviado hacia el absurdo —dice—, hay ese *desplacer* mayor o menor, y hasta puede producirse un sentimiento bastante desagradable.

Desplacer sería el de la interrupción de la expectativa en la dirección en que estaba. (¿Y si la expectativa fuera dolorosa? A veces se usa esta técnica.) O sea que la atención contrariada puede tener un instante de pena. Hay una seriedad perdida o preparación perdida.

Si es molesta la preparación atencional a entender algo difícil, es agradable esa actividad una vez que se ha puesto en juego; en tal sentido es *desplacentera* la interrupción de esa actividad *placentera*. O sea que hay que distinguir los casos en que nos disponemos a trabajar (por ejemplo cuando el chiste comienza por

una apariencia de planteo de problema matemático), de aquéllos en que sólo nos disponemos a escuchar alguna noticia. (Por eso el artista del chiste debe buscar no sólo la brevedad sino las otras condiciones del contexto; si el interés novelístico o dramático prevalece, la comicidad se daña pues se esperaba otro tipo de placer. No creo que resulte el chiste si hay una larga expectativa de noticia o curiosidad, etc.; o sea que se debe ser un estilista del humorismo.) Por ejemplo si yo dijera (glosando a Gómez de la Serna) a mis auditores: “Voy a explicar las causas técnicas de la situación de Napoleón en la batalla de Lipol, que, como se sabe, resultó imprevisiblemente desastrosa. Las fuerzas de infantería estaban dispuestas al pie de la colina, enfrentando a las columnas de la infantería enemiga; la artillería era considerablemente superior a la enemiga y lo mismo la preparación y la alimentación. Hacía varias horas que se estaba esperando la orden de ataque y sin embargo alguna vacilación había en el gran jefe. Algunos regimientos parecían ya retroceder. De súbito Napoleón se tocó la cabeza y se dió cuenta de todo: se había colocado el quepís al revés”. En esta situación cómica —que puede trabajarse más, hasta convertirse en un problema científico— interesa el desarrollo que se va haciendo y la atención se va cargando alrededor de un detalle. Quizá todavía hay que agregar que se debió vencer la molestia de una cuestión abstrusa y que ahora se estaba en el placer de un problema inteligible y apasionante. Al descargarse esa tensión —por el absurdo, mejor dicho inver-

similitud, del chiste— hay un ligero momento de desagrado, porque el esfuerzo atencional había pasado del momento penoso al de estar en marcha y no se desea abandonar la actividad mental agradable, luego del esfuerzo.

En el caso del chiste conceptual, por ejemplo: “Era tan precoz que a los ocho años ya tenía un hermano que entendía a Bergson”, en el que escucha atento hay una primera apetencia grata con leve impaciencia porque se satisfaga del todo. Podría descomponerse este primer momento en dos: *a*) esfuerzo de concentrar la atención, con emoción de segura satisfacción próxima; *b*) estado de apetencia, placentero. (Se supone siempre que el chiste no contenga elementos dañantes.) Frustrada esa apetencia de conocimiento o intelectual (la de un caso extraordinario de precocidad, es decir de una modalidad singular de la psicología humana), se sustituirá aquel estado placentero de expectativa por leve molestia de renuncia al gusto de información que se iba a obtener.

Este momento psíquico va acompañado de una retención respiratoria. En el momento en que se defrauda la expectativa del placer de conocimiento de esa forma nueva de presentarse un grado de la inteligencia, la respiración queda sin freno, se retira la inhibición a la respiración. Luego de esto podría sobrevenir o la simple defraudación (también una amnesia del narrador que equivale psicológicamente a la simple defraudación) o la defraudación más la exhibición de dos cosas: 1) ingeniosidad en la persona que hablaba,

elemento que suscita placer como toda exhibición de facultad; 2) aparte de este placer endógeno un placer añadido, exógeno, diremos, de contemplar el íntimo deleite con que otra persona ha jugado con nosotros, sin hacernos daño alguno pero defraudándonos de una curiosidad. El dicente refleja un placer actual del chasco que nos ha propinado, con una nota de placer, también, al considerar su propio ingenio y suerte de haber acertado con el modo de chasquearnos. ¿De qué se ríen los audientes? Por el placer de ingeniosidad exhibida. ¿Pero por qué se ríe o disfruta el dicente? Porque sabe que resultó el chasco por virtud de su ingenio y porque sabe y observa que hay placer en los audientes al percibir su finura, su ingeniosidad. De dolor en todo esto no ha habido más que la leve molestia de que fuera excitado y luego privado el audiente de conocer una forma o grado nuevo de precocidad o vigor intelectual en el personaje que se usa para el chiste. (En el niño no hay ingeniosidad, hay la felicidad de la inocencia; en el adulto hay felicidad de la ingeniosidad: la invención de la fórmula verbal de producir un instante de creencia en lo absurdo.)

Hay también una partícula de placer en los audientes, es decir en las *víctimas* de esta felicidad, en percibir una dosis de elegante desconsideración de parte del dicente para la seriedad de que todos nos creemos poseedores y merecedores, o sea que es un elemento de placer contemplar que una persona, en un pequeño acto inofensivo, prescinda de una pequeña restricción

en el trato para darse el gusto de chasquearnos y darnos el gusto de contemplar el funcionar de su refinado ingenio. También hay una nota de despreocupada desconsideración por el personaje temático del chiste.

Toda nuestra atención no penosa sino agradable es por la maravilla; la ruptura de la expectativa es penosa aunque convulsiva para la respiración, y lo que da placer no es el haber salido de un estado grato atencional —que es al contrario un placer perdido— sino el juego deliberado de una persona determinada que se da el gusto de jugar con nosotros: abriéndonos el apetito y quitándonos el bocado y creando un instante de falencia en nuestro alerta mental en que damos credulidad a un non sensu.

La alusión a felicidad es pues común a la comicidad y al chiste, en sus géneros realista y conceptual. La comicidad y el chiste realista se refieren a la felicidad de los aconteceres, felicidad de sí mismo, felicidad de la inocencia, etc.; a veces la comicidad de sucesos vive de una deliciosa Cínica de la Felicidad, por ejemplo en este chiste:

—¿Habla Vd. francés.?

—Yes, Sir.

—¿Pero Vd. me contesta en inglés?

—¿Ah, en inglés? ¿Así que también hablo en inglés?

En el chiste del Sr. Perrichon, personaje de una comedia de Labiche, recordado por Bergson, que al cabo del viaje recuenta sus bultos: "cuatro, cinco, seis, mi mujer siete, mi hija ocho y yo nueve", ese hombre se ha dicho: "ante todo acordarme de que lo traigo todo; para esto enumero a las nueve cosas: el loro, la valija negra, la caja de sombreros, mi mujer, Elsa". Ha simplificado con un propósito útil, feliz. Hay una situación de ridículo para los seres animales racionales que van con él (aunque no vacila él mismo en contarse), pero lo que priva es la percepción del instinto de felicidad de ese hombre, que prescinde de una clasificación fundamental en el mundo de los valores y lo reduce todo a números para la seguridad de su memoria. De manera que los animales racionales sienten una ligera mortificación y al mismo tiempo una complacencia y aplauso por la limpiada concienical que ha hecho el jefe de familia para aliviar uno de sus problemas de viajero: valorizando el dato mnemónico deja de lado otras calidades: "yo lo que quiero es que no falte ninguno de nosotros". Para ello no se cuida de torpeza: de allí la esencia hedonística de la situación. Si cuenta y resultan ocho bultos dice: "O falta mi hija o faltan los sombreros"; (si dijera, mejor: "o falto yo", se convertiría en un chiste de absurdo). Es un acto inteligente, que revela un aspecto optimista en él, que ha resuelto su problema mental, y también en ellos —aunque se incluya a sí mismo (cosa que no debería quizá haber hecho), lo que quita aspereza a su acto y lo aleja del cinismo, las situaciones son distin-

tas: puede consentirse a sí mismo una humorada que para los demás reviste leve dolor—, que en otro momento se sulfurarían pero que ahora con esa humildad renuncian a su irritación porque poseen la placentera seguridad de que gracias a esa contabilidad simple nunca van a extraviarse durante el viaje. Como si reconocieran, pese a su picadura de amor propio: “Para saber vivir en este mundo hay que saber prescindir en ciertos momentos del matiz y atender al número”.

Se encuentran en la calle un señor y una señora y luego de saludos aquél viene a enterarse de que el esposo de la señora había fallecido. Entonces le expresa primero su pesar y luego su extrañeza, pues no sospechaba el mal.

—Sí, Pedro enfermó, lo atendimos dos semanas, pero los médicos no pudieron salvarlo, y una noche de mayo el pobre murió.

—Oh... Y Vd. ¿qué hizo?

—Yo, como verdadera esposa leal, inmediatamente enviudé.

Se ríe el oyente porque percibe el cinismo de una persona (cinismo que es una condición hedónica para ella), o la inocencia (que también es valor hedónico), que no pudiendo ostentar otra virtud, decide otra conducta, invoca como una proeza y una excepción que le haya acaecido lo que sin ningún trabajo o sin ningún esfuerzo acaece a todas las personas que poseen esposo y lo pierden. Causa risa el cinismo de la persona que

a toda costa trata de mantener la ilusión respecto a su sentimentalidad. Ella quiso decir una media idea que tenía: "Lo sentí como debe sentirse en este caso".

Cuando Geronte le hace observar que el corazón está en el lado izquierdo y el hígado en el derecho, Sganarelle le contesta: "Sí, así era antes, pero ya hemos cambiado todo eso y ahora practicamos la medicina por un nuevo método". Es la misma explicación que para el chiste anterior: el goce es del cinismo que conducirá a esa persona a salvar su ignorancia con la busca de su propia conveniencia.

Pero como ese cinismo se defiende con un sofisma, o sea una apariencia de argumento, este chiste se enriquece con un leve momento de confusión mental o de creencia en un desatino.

Berta. — ¿Es que una tía vale más que una mamá?

La mamá. — Ninguna tía vale más que una mamá.

Berta (Se aleja, reflexiona y vuelve). — Pero mil tías, ¿valen lo que una mamá?

La mamá. — Ni mil, ni cien mil. ¡Nadie ni nada vale lo que una mamá!

Berta. — ¡Caray, señora! ¹.

Lo que explica el placer del niño es el sentimiento de tener una madre que confiesa el gozo de valer más

¹ Jules Renard, *La linterna sorda*.

que cien mil tías. “Qué segura, qué contenta de sí misma está mi mamá”, dice el niño. Es la expresión de una felicidad admirativa: aplaude la seguridad autocomplacida de su madre.

En otro chiste estudiado por Bergson, el de la dama invitada por el astrónomo Cassini que llegando tarde para ver un eclipse se excusa: “M. de Cassini tendrá la amabilidad de volver a empezar de nuevo”, no reímos de la incultura de la dama, precisamente, pues ella pudiera creer que pueden retenerse las imágenes, —máxime ante el respeto al oficio de astrónomo— y darse a cualquier hora; aún así, pudiera haber ignorancia y no comicidad. Es cómico por los dos desencantos, porque no tiene ninguna importancia, al fin, un eclipse, ni para la dama ni para el astrónomo. Lo que causa risa son los apuros del astrónomo galante para desautorizar la esperanza de la señora, no sabe cómo confesar que él no dispone de los eclipses, aunque quisiera ser amable. Ella creía que el oficio de los astrónomos era hacer andar a los astros y lunas, y se encuentran las dos personas en farsa: la dama que quiere conversar y el astrónomo que no cree en el eclipse y ríen ambos de haber estado haciendo ocio. Pero no hay risa cómica de gozar del mal ajeno.

Pero este Humorismo Realista debe ser desechado, pues es un realismo como todos, es decir no prueba facultad, porque vive de copias; lo abarca la crítica

del Realismo en Arte. Como he pensado en otra ocasión, el Realismo tiene valor extra-artístico, de autenticante de la adoración; el Arte tiene horror a la Autenticidad. Además, el humorismo realista o de sucesos carece del efecto concienzial; puede revestir gracia verdadera y causa placer, pero no posee la virtud de conmover la certeza de la Conciencia (salvo algunos chistes realistas aproximados a los conceptuales por una apariencia de argumentación o sofisma).

En el humorismo realista el *suceso* ocurre, sea en la realidad, sea en el carácter del personaje. En el caso de quien preguntado si sabe hablar francés contesta "Yes, sir", el suceso que hace que llame a este chiste "realístico" es un suceso psicológico: la decisión cínica de una persona; o sea que hay en el perceptor de la comicidad realística la percepción de una exhibición de felicidad ajena inesperada. En este caso:

—¡Demonios! —exclamó cierta vez Jouvenel en un restaurante—, ¡me he tragado una mosca!

—¡Magnífico! —le contestó su vecino—. ¡Me encanta la muerte de esos bichos!

Se trata de un suceso chistoso: que alguien se manifieste contento y, más aún, complacido con motivo de lo que tenía atribulado a un amigo. (Cómo será de intenso el placer que le causa al vecino el hecho sucedido a Jouvenel que se olvida de la cortesía y de todo. Al conflicto de uno la bonhomía de otro. El haberse tragado una mosca —hecho ya cumplido e irremedia-

ble— queda borrado por este exceso de felicidad). Se trata pues del relato de un suceso cómico.

En el chiste realista, pues, el suceso cómico ocurre a uno de los personajes: su realidad ocurre. A su vez el tercero, oyente, ríe de la percepción de felicidad, con efectos más intensos porque esperaba una manifestación contraria. (En cambio, en el chiste de absurdo el suceso le pasa al oyente, que cae en engaño: “Eran tantos los que faltaban, que, si falta uno más, no cabe”.) En el chiste realista están todas las manifestaciones inesperadas o contraesperadas de felicidad de una persona.

En el Humorismo Conceptual, funciona siempre el autor con dos elementos optimísticos, además del de la temática: su exhibición de facultad de ingenio y su juego inofensivo con el lector. En el humorismo realista hay un suceso real cómico, que no radica sólo en el enunciado redactorial; en el conceptual, la comicidad reside en la expectativa defraudada y en un aserto, primando definitivamente, de un imposible intelectual.

¿Por qué calidad del chiste *real* ocurre, pues, el placer de lo cómico, con o sin carcajada? Yo digo que es por la calidad de ser un juicio optimístico: hay un individuo que defiende su felicidad.

En el chiste *verbal* lo cómico es ver que ese hombre que parecía estar en grave posición explicativa estaba jugando con uno, se daba el placer de jugar. ¿Cuál es el juego? Defraudar una expectativa. ¿Por qué se complace en ese juego, suponiéndolo no maligno y no habiendo nada de dañino en el caso? Se complace

porque se vale de un absurdo y consigue un instante de creencia en él, y esa creencia momentánea en el absurdo es un placer de la fantasía intelectualística. El que juega el chiste actúa por simpatía con el placer, tiene un placer de un placer que prepara a otro.

Supongamos el caso del chiste conceptual específico: "Eran tantos los que faltaban, que, si falta uno más no cabe". Las personas muy disciplinadas creerán apenas la verdad enunciada, pero las personas inexpertas creen en ese instante que ya no cabía un más faltar, que el local era estrecho para que faltaran más personas. La equivocación la hay, pues el más de una cosa, en los más frecuentes casos, ocupa más espacio, y de lo *más* el público espera que por un momento llegue a no haber; que no cupieran más faltantes. Aquí hay alusión a felicidad, a contento, en el hecho de que el autor juega con el lector, y puede haber en el público que ha conservado la virginidad de sus emociones, la risa madre; el incauto se reirá al advertir que ha creído en semejante disparate por un momento (la ausencia de una cosa, si aumenta mucho, no cabe); habrá dos risas: la de reírse de sí mismo por haber creído un absurdo y al mismo tiempo la risa amistosa hacia el hombre que ha jugado con él, actitud en el autor que aporta dos intuiciones de signo placentero: el hecho de jugar y el hecho de poseer la destreza de provocar un caos mental momentáneo en otro.

Insistiendo en otros términos, diré: se crea en la

conciencia del oyente o lector la expectativa de un dato fuerte (“Fueron tantos los que faltaron que si falta uno más”), y se prorrumpa un absurdo (“no cabe”). Se trata de una subordinación del género cuantitativo, con su modalidad, la adición, que resulta en una mayor suma, mientras en este caso, por la calidad de lo sumado, resulta la menor suma, que es presentada como resultando la mayor. Pero ¿por qué causa gracia el absurdo? ¿Y todo absurdo causa comicidad? Deben cumplirse las demás condiciones señaladas: la expectativa o espera o estado de tensión, la sorpresa y la referencia optimista o contenido grato o alusión a felicidad. Lo chistoso deriva de que ha habido una preparación para que todos caigan en un asentimiento momentáneo al absurdo: cuantos más faltan menos cabe el faltar; cuanto más de algo en algo, menos cabida queda: así que el faltar no cabe. (El faltar puede sumarse: Cuanto más llueva, menos vendrán; pero no menos cabida habrá para que otros falten.) No es, pues, el caso del absurdo por sí mismo sino por la preparación a esperar otra cosa, un hecho o concepto lógico; si no se estuviera preparado para el asentimiento el expectador se limitaría a decir: “Es claro”.

Creo que lo fundamental es la invención de un absurdo, que es una ingeniosidad, y en segundo término el hacer creer, que es voluntad de juego. Hay, adicionalmente, en este chiste una sollicitación de piedad a la gente, con lo cual los oyentes se sienten así placidos del fracaso del conferencista implícito y dig-

nificados de que se los elija para confidentes. El hecho de que las personas que se estaban sintiendo importantes como oyentes de una confidencia, con cierto matiz "sobrador", de repente sufran la caída al vacío mental creyendo por un instante la logicidad del absurdo, es un elemento no esencial pero que realza el placer.

Todavía habría que agregar que cuando se dice No se espera generalmente algo adverso; el "no" tiene un tizne de pesimismo, aunque muchas veces sea lo contrario: "el barco *no* se hundió". O sea que hay que ser tan hábil en el enunciado verbal como para los cuidados poemáticos de Mallarmé.

En fin, podría intentarse proseguirlo así:

A. — Fueron tantos los que faltaron que si falta uno más no cabe.

B. — ¿Y cuál fué el que faltó último?

A. — Recuerdo que faltaron en parejas el que faltó último y el que faltó más.

Y si aún el oyente tratara de que no se apague el chiste:

B. — En estas ocasiones, sería bueno hacer una lista en orden sucesivo del nombre de las personas que van faltando, como se hace en el "Instituto de Disertaciones".

A. — No me parece, pues al día siguiente, cuando uno encontrara a las personas que no asistieron, habría disputas sobre prioridad: "Yo falté antes que Vd."; "Yo fuí el número 10 y no el 14"; "Yo falté en seguida después de Gómez"; "Vd. me ha anotado

mal". Uno que sabría disculparse diría: "Yo falté, es cierto, pero fuí de los primeros".

B. — Bueno, si mi proposición no acierta ¿qué se debiera hacer en estos casos? ¿qué le parece a Vd.? Porque si se dejan las cosas así, sin más, que vayan como quiera, la oratoria va a ser un género que se pierde.

A. — Yo también lo pensé. Creo que podrían darse primero las conferencias y anunciarlas después; o, como en el "Círculo de Intelectuales": "Hoy no da conferencia el novelista Tal": Porque no teniendo hora asignada, no cabe la faltancia, así que siempre tendríamos lleno completo.

B. — También podría difundirse: que el notorio conferencista Acuña acostumbra publicar después de sus conferencias las opiniones más comprometedoras de los inasistentes. "Domínguez, que faltó a la última, ha manifestado que es la única conferencia que merece ser atendida." Otro expresará que es tal la nulidad de los conferencistas de Buenos Aires que si no fuera por la genialidad del conferencista Acuña estaríamos arruinados en la opinión del mundo. Con lo que todos los asiduos faltantes a sus conferencias tendrán temor de faltar otra vez, para no caer en el odio de todos los demás conferencistas que resultan menoscabados por estos elogios (y con este miedo tendremos asistencia regular).

"En suma, que al cabo de cierto tiempo a nadie se le tendría más temor de no asistirle que al conferencista Acuña, y a los juicios de nadie temeríase tanto

como a los juicios de los famosos faltantes a conferencias del famoso Acuña.

A. — Me pongo en el caso de Acuña: para desautorizar las opiniones elogiosas que les atribuye a sus faltantes y que les han traído la malquerencia de los demás conferencistas, deberá dar certificados de inasistencia a los que concurren, para que los otros disertadores no los maltraten en represalia de asistírle a Acuña¹.

B. — “Acredito que el Sr. Dudino Domínguez es el más asiduo faltante a mis conferencias”, dirán los certificados de faltancia.

A. — Pero entre los faltantes hay no sólo de los más asiduos sino de los mejores.

B. — De alguno se dirá: “Sólo una vez, y por enfermedad, dejó de faltar”.

A. — Con esta diplomacia extraoficial del Faltar...

B. — Y así podrá Acuña proclamar que era un embuste notorio el que se propalaba de que sus conferencias no cabían de faltantes cuando las de los otros no cabían de concurrentes.

Desperécémonos, lector: yo también estuve ahora trabajando.

Excúseseme este ejemplo de inesperada imitación, en el Chiste, de los ejercicios de “variaciones” en Mú-

¹ Reflexiones de un lector, ahora: “Yo he venido de visita a este libro, no he venido a trabajar. Como de tal autor, esto debe entenderse perfectamente, pero no en cualquier día”.

sica. Ya veis lo que sucede cuando el disparate se da ampliamente su lugar: engendra la más amplia congruencia.

Quisiera no olvidar aquí que hay chistes que no pertenecen al humorismo conceptual estricto —o sea credulidad a un non sensu— pero que participan de la creencia instantánea en un contrasentido. Por ejemplo:

“Es cierto que a veces ocurre efectivamente que después del tratamiento una persona sana. Pero los pobrecitos médicos ¿qué culpa tienen?”

El valor de este chiste radica en que sin ser un chiste típico de absurdo se le asemeja en sus efectos sobre la conciencia. Hay un instante en que el lector se deja convencer por un sofisma, por un habilidoso desvío de una cuestión en otra. El lector, confundido, cree que es un demérito para los médicos que los enfermos sanen, cuando es precisamente la virtud de la profesión. Importa una injuria, en entonación de defensa, para el profesionalismo médico. “Pero de todo le echan la culpa a los médicos, hasta de que sanemos”. Gracias a su habilidad verbal el injuriador se despliega con seguridad para desacreditar, sin peligros de reacciones, por la forma alusiva. Se admira el ingenio y el cinismo. (Si hubiera dicho: “Los médicos son unos torpes, sólo saben matar”, se hubiera expuesto a una respuesta física.)

En el oyente hay el susto de haber creído en un absurdo o asentir a una situación sofística.

Un individuo arruinado había conseguido que un amigo, persona acomodada, le prestara dinero, compadecido por la pintura que de su situación le había hecho, recargándola con los más negros tonos. En el mismo día le encuentra su favorecedor sentado en un restaurante ante un apetitoso plato de salmón con mayonesa y le reprocha, sorprendido, su prodigalidad: “¿Cómo? ¿Me pide Vd. un préstamo para aliviar su angustiada situación y le veo ahora comiendo salmón con mayonesa? ¿Para eso necesitaba Vd. mi dinero?” —“No acierto a comprenderle —responde el inculpadó—. Cuando no tengo dinero no puedo comer salmón con mayonesa; ahora que lo tengo resulta que no debo comer salmón con mayonesa. ¿Entonces cuándo diablos voy a comer salmón con mayonesa?”

Aquí hay, esencialmente, una simulación de argumentación que no tiene valor alguno. Cada uno de los personajes dice independientemente algo sensato; lo que resulta ausente o eludida en la conexión, la argumentación de la respuesta. (Freud —que estudia este chiste— designa su técnica como “desplazamiento”, pues lo típico es la desviación del proceso mental, el desplazamiento del acento psíquico sobre un tema distinto del iniciado.) Más que sofisma hay ausencia de argumento con apariencias de argumentar decisivo. Hay una doble fuente de placer para el perceptor: el

doble placer del cinismo que se da su pleno gusto y el de percibir un despliegue de ingeniosidad mental en el cínico que inventa una argumentación no contraria sino paralela, es decir neutra.

Un señor entra en una pastelería y pide en el mostrador una tarta, pero la devuelve en seguida pidiendo una copa de licor. Después de beberla se aleja sin pagar. El dueño de la tienda le llama la atención. “¿Qué desea Vd.?” —pregunta el parroquiano—. “Se olvida Vd. de pagar la copa de licor que ha tomado.” —“Ha sido a cambio del pastel.” —“Sí, pero es que el pastel tampoco lo había pagado.” —“Claro, como que no me lo he comido.”

No parece que se tratara estrictamente de un chiste, aunque por las circunstancias puede serlo; es un sofisma, es una tentativa de estafar por un falso argumento. El personaje inventa un proceso dilatorio para confundir la situación, o salvar una situación desairada en que es sorprendido sin pagar un gasto; y produce un momento de perplejidad muy breve, y aún, para algunos, de alguna duración. (La versión de este chiste pertenece a Freud, aunque creo forma parte del acervo popular.)

III

¿Cuál es el efecto concienical, para nosotros genuinamente artístico, que produce el humorismo conceptual? Que el Absurdo, o milagro de irracionalidad, creído por un momento, libere al espíritu del hombre, por un instante, de la dogmática abrumadora de una ley universal de la racionalidad. Aunque la "racionalidad" tiene una resonancia afectiva positiva, es decir placentera, porque parece sinónima de seguridad general de la vida y conducta, sin embargo basta que se la presente como una ley universal inexorable para que sea un límite a la riqueza y posibilidad de la vida. Y esta limitación, como cualquier otra, tiene en la conciencia una resonancia afectiva negativa. "Variedad" y "libreposibilidad" revisten tonalidad optimística; pero además se adiciona a esta tonalidad temática, según va repetido, el hecho de que el autor ha jugado, mejor dicho ha logrado jugar con las vigilancias más alertas y universalidad de nuestra vida mental. Este jugar, por una parte, tiene tonalidad positiva en cuanto juego, aunque a costa de nosotros (pero a un costo absolutamente inofensivo: un instante de creencia en el absurdo), y la tiene también en cuanto el autor despliega una gran facultad, una sutileza envidiable de arte de engañar; toda facultad es deseable y todo despliegue de facultad es espectáculo grato.

Como se ve, para mí es un mérito que un procedi-

miento artístico conmueva, conturbe nuestra seguridad ontológica y nuestros grandes "principios de razón", nuestra seguridad intelectual. ¿Cómo pueden ser un mérito estas turbaciones? Mi argumento parecerá intrincado; para mí es bien claro: si con actitudes o dichos de un personaje de novela consigo por un momento que el lector sintiente, vivo, se crea "personaje" vacío de existencia, sentirá por lo mismo la liberación de la muerte, es decir que su noción de que ha de morir es poco consistente puesto que cabe en su experiencia, en su vida en suma, que ocurra el hecho mental de creerse muerto, en lo que el *creerse* es un vivir. Asimismo, en la que yo llamo Ilógica de Arte o Humorística Conceptual, el desbaratamiento de todos los guardianes intelectivos en la mente del lector por la creencia en lo absurdo que ella obtiene por un momento, lo libera definitivamente de la fe en la lógica, como se libró William James, y yo, gracias a él, quizá, de esa lógica que nos dice todos los días: "puesto que todos mueren, tú has de morir", o "no hay efecto sin causa".

La Novelística y la Belarte de Ilógica deben ponerse a tono con la agilidad y desdoblamiento de la aguda conciencia contemporánea. Tomemos en cuenta que estamos en el siglo de la Tercera Reflexión del Yo (el Yo que piensa en el Yo que pensaba ayer en el Yo).

Para finalizar, como la ejemplificación quizá ya larga resultaría extensísima, invito a los lectores a que me propongan algún ejemplo de comicidad, chiste o humorismo que les parezca no podré reducir, acondicionar a mi teoría optimística esencial de lo cómico.

El chiste por la palabra (hay comicidad por gestos y actos deliberados, pero no es Ilógica de Arte, imposible mental) es el único genuinamente artístico, es decir no realístico, y debe contener esencialmente: 1) un absurdo absoluto creído, 2) sin elemento de daño o depresión, 3) precedido de una promesa implícita de comunicar algo importante y racional; y 4) placer resultante, sin risa pero con alegría, proveniente de la liberación de la lógica, y placer con risa derivada del hecho de haber sido burlado ingeniosamente por el autor. La cosquilla chistosa está en que la gente se pesca a sí misma en fragilidad mental. Chiste verbal es pues el arte de hacer creer por un instante un absurdo; nos causa placer por admiración a la inteligencia — placer intelectual de simpatía. Absurdo es un contenido mental irrepresentable; un contenido ausente, carente. Este absurdo o contradicción funciona después de una expectativa de intelección; es un descerrajamiento intelectual, con caída de las imágenes, conceptos, pensamientos, impregnados de afectividad durante la espera.

Finalizando otra vez, repito que causa extrañeza, por una parte, que se haya propuesto por Kant y ratificado por Spencer, una definición de lo cómico por expectativa fallida: porque ésta parecería también una definición de la tragedia. En cuanto al argumento de una suspensión y subsiguiente reanudarse ansioso de la respiración por una ruptura de la atención, está perfectamente para describir la fisiología y el placer psicológico de la risa, pero, estrictamente, lo cómico

debe definirse en la calificación de su temática, no en fisiologismo. Y repito que es curioso que uno de los grandes capítulos del placer humano, cual es la Comicidad y el Chiste, no haya hecho adivinar que su temática dominante tenía que ser esencialmente una referencia a la felicidad, al placer.

La exposición que precede¹ puede cómodamente saltarse, pues entretanto he logrado una formulación muy compleja y de mayor exactitud que a los entendidos les ahorrará la larga lectura.

Lo cómico realístico o de sucesos y el chiste verbal o conceptual tienen sólo de común, pero esencial, la referencia hedonística. Ambos se centran en placer, y no sólo en el espectador o lector sino en el paciente de la comicidad real. Se parecerían también por corporalizarse ambos como absurdos, pero en lo cómico real tratase de un absurdo material —más que absurdo una exagerada falta de puntería, es decir desafinidad con lo posible, mas no imposible absoluto. En el Chiste Verbal —no hay otro “chiste” sino el artístico de la Belarte de Ilógica: los chistes por gestos o movimientos, (el payaso que despliega proezas de agilidad y poder muscular y que luego para subirse a una mesa se trepa fatigosamente por una pata), no exhiben un imposible, juegan alegremente con la expectativa normal; es una comicidad con autor deliberado, como en

¹ Publicada en la *Revista de las Indias*, Colombia, a invitación del insigne prosista Germán Arciniegas.

el chiste verbal, pero no por eso es un chiste de Ilógica o sea de imposible mental—; la primacía, lo esencial es la obtención de un momento concienical de absurdo creído; la connotación hedonística espiritual radica en la entrevisión de la todoposibilidad intelectual, que tiene resonancia liberatriz.

En las doctrinas sobre la comicidad se ha estudiado la naturaleza de ese placer (Lipps no lo considera sentimiento de placer estético sino de naturaleza aproximada a la del placer intelectual); su oposición a otros sentimientos (para Lipps no se opone a lo sublime ni a lo trágico sino a la grandeza sorprendente: “lo cómico es lo sorprendentemente pequeño”; para Bergson hay que oponerlo a la gracia, mejor aún que a la belleza; “lo cómico es más bien rigidez que fealdad”), etc.; pero no se ha investigado la causa o condición general de ese placer. Nos parecería reconocer en la teoría de Bergson la debilidad esencial a toda teoría de la comicidad (que es una teoría de una de las faces de la Felicidad o Alegría; la teoría de Bergson es una teoría triste con su tesis de que la risa se produce cuando en lugar de la respuesta inteligente el individuo es víctima de una reacción inadaptada, aun cuando el autor interprete la risa como sanción social ante una actitud antivital o innatural), de que la esquemática propuesta es en ambos casos aplicable a situaciones trágicas de error, torpeza, desacierto. Aprieto el revólver con intención de tirar, en medio de general expectativa, el tiro no sale; es cómico. Aprieto el revólver para limpiarlo, creyendo que tiene el seguro, el

tiro sale y hiere; es trágico. Ha habido el mismo error. No basta calificar a un caso de tragedia y al otro de comicidad, sino que es necesario determinar el elemento primario de una y otra. En suma, parece no haberse percibido una verdad que, si hubiera axiomas con algún sentido, debiéramos llamarla axiomática: una emoción placentera, como es la de comicidad, no puede derivarse sino de una alusión a acto, facultad u ocurrencia grato o conducente a lo grato.

En la comicidad realística hay un error, y también único error; pero no es el que se ha señalado de lo material calcado sobre lo viviente; es el de un extremo error de prudencia, del mucho cuidarse, o de feliz inocencia (falta de inteligencia), o de cinismo; de todoposibilidad práctica. El hombre bajito que se encorva innecesariamente para pasar bajo un portal, exhibe su inmenso cuidado y capacidad de vivir seguro ¹; el muchacho que preguntado si sabe hablar

¹ La risa o convulsividad proviene de que no se esperaba ese gesto inútil —y habría en cierto sentido una expectativa defraudada, aunque expectativa pasiva: la de que se comportaría razonablemente, no agachándose para pasar bajo un dintel suficientemente alto para su estatura— pero el placer proviene de que esa previsión es un elemento grato, porque el exceso de prudencia garante ante muchos riesgos. (Si la persona baja a pesar de la restricción voluntaria de su estatura se golpeará, por levemente que fuera, no habría expectativa ni error, pero menos aún habría la alusión a dicha.)

Creo que participa de esta misma explicación el chiste de los aduaneros estudiados por Bergson, que, recibiendo a unos náufragos en un accidente en Dieppe, luego de haberlos valerosamente socorrido, empezaron por preguntarles: “¿Tienen ustedes algo que declarar?”. Estos hombres siguen la regla de conservar su empleo y por inverosímil que parezca la razonabilidad de su pregunta en tales circunstancias, lo mismo cumplen con las obligaciones reglamentarias. (Se-

1115

francés contesta "Yes, sir", y observándosele que lo hace en inglés contesta "Ah, qué suerte, también sé inglés", expresa la todoposibilidad de haber aprendido sin trabajo, sin estudio, un idioma. En esta conocida situación cómica: Dos caballeros se encuentran y uno observa el rostro y figura del otro como reconociéndolo:

—Caballero, me parece haberlo visto a Vd. en Tucumán.

—Nunca estuve allí.

—Pues yo tampoco. Entonces sería otra persona.

gún tal autor éste es un caso típico del automatismo: un funcionario que funciona como una simple máquina o la inconciencia de un reglamento administrativo que se aplica con fatalidad inexorable, tomándosele por una ley de la Naturaleza.)

Un catedrático que saca del faldón de su levita una larga media de mujer, nos produce comicidad, porque probablemente la escondió en un momento de gran apuro. Los alumnos se "mueren de risa" porque quieren a ese profesor y se felicitan de que tenga sus aventuritas.

Ante las famosas distracciones que se cuentan de Ampère —por ejemplo cuando confundía la capota de un carruaje con un pizarrón y en medio de la calle se ponía a desarrollar sus fórmulas— hay la misma alegría de percepción de la conducta de ese hombre en su decisión de no perder una idea.

Por último en la comicidad de un gato suelto en medio de una oratoria, que de repente aúlla y salta mientras el pastor dice desde el púlpito su sermón, nos decimos: Todo es solemne y conmovedor, pero el gato, tranquilo, busca su ratón; es la felicidad del gato; si, además, los auditores están molestos, piensan que el gato también comprendió y está fatigado del ademán y la prosopopeya del orador. Parece que el gato tiene la misma sensibilidad: conoce cuándo una oratoria es insulsa. Si la concurrencia estuviera contenta y sanamente interesada creo que el intempestivo maullido no hubiera sido cómico. En el instante los oyentes perciben relación de causa a efecto entre el asunto oratorio y el tema del felino.

hay la imperturbabilidad, la inocencia, o la instantánea aptitud para disimular la turbación, todas las cuales son condiciones que ayudan a la persona en su felicidad, que le hacen la vida placentera.

En la comicidad conceptual hay en cambio el error de creer un absurdo, por ejemplo: "la precocidad fué la primera cualidad que adquirió; a los nueve años era ya casi un niño y a los once ya tenía un hermano que entendía a Bergson..."

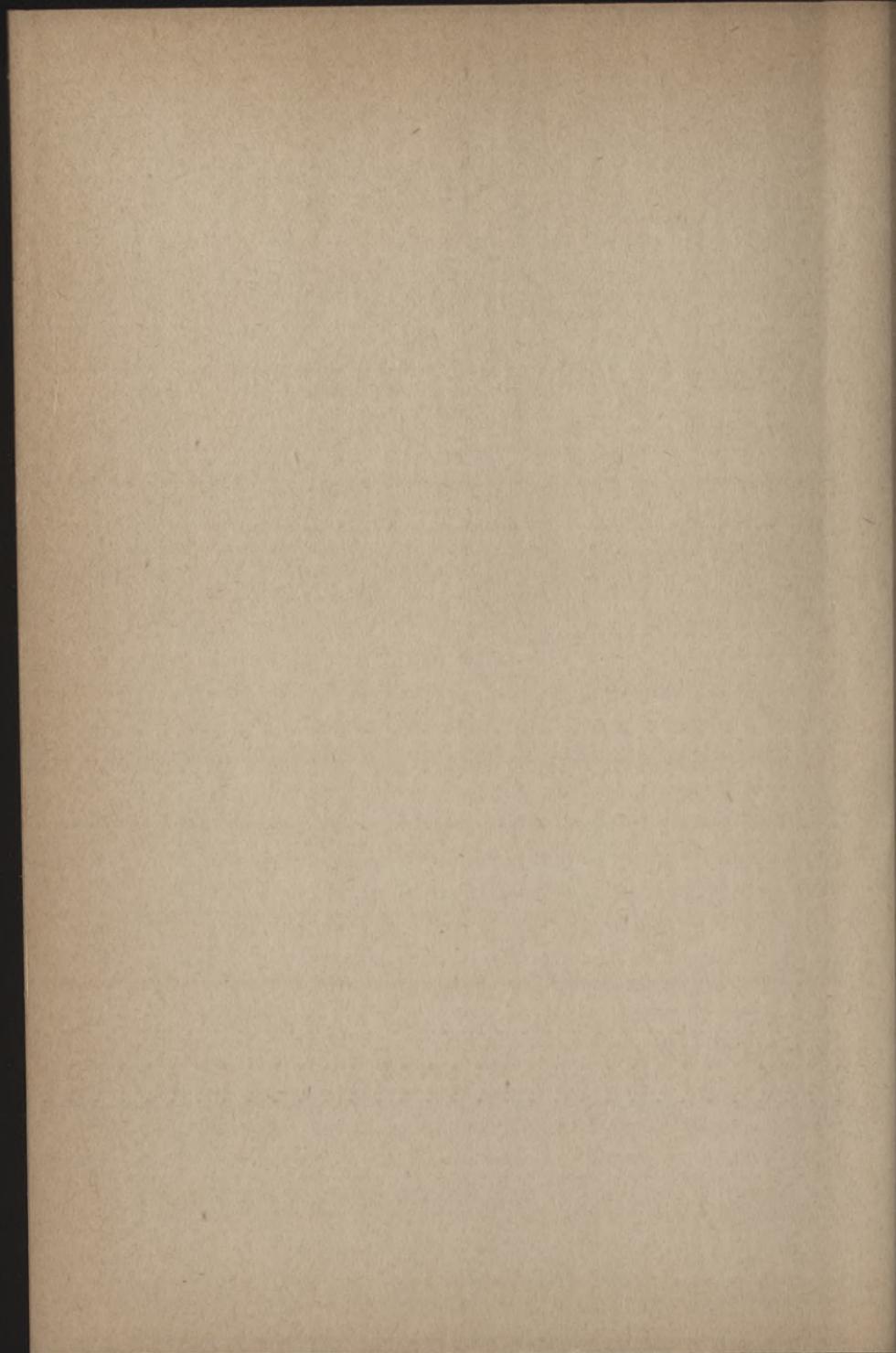
Para terminar quizá estará mejor decir: la comicidad es el placer inesperado de una percepción de aferramiento a la felicidad excesiva, o sea que la gran fuente de placer de lo cómico es la hedonística fundándose en espectáculo ingenuo (comicidad realista), o la vivencia de un imposible mental (comicidad conceptual).

Lo cómico es: 1) emoción, 2) placentera, 3) inesperada, 4) nacida: a) de percepción súbita de un trámite o acto cualquiera sin daño de impulso hedonístico, no el malvado pero sí el enteramente egoístico sin maldad que se equivoca por prudencia excesiva o ilusión imposible; b) o de la creencia súbita en un absurdo.

Tanto en el caso de la todoposibilidad práctica, creída, como en el caso de la todoposibilidad inteligible, se trata, pues, de temáticas o posiciones mentales de marcada tonalidad placentera. Pero sólo hay Belarte de Ilógica o Humorismo en el caso del chiste conceptual, o sea de absurdo mental creído; lo demás es risa de los sucesos, mera comicidad.

Y aquí concluyo apresuradamente para que no se diga de mí: "Pasó toda su vida perfeccionando su teoría del humorismo; no puede reprochársele que no haya tenido tiempo de crear un chiste".

TEMAS DE LIBRO QUE SE DESPIDE



VIVIR DISCULPADO

—SEÑORES —interrumpió el inadvertido—: yo también existo; disculpádmelo; espero que no os parecerá excesivo.

—Por cierto que hemos de consentíroslo —se le contestó al del temerario existir—. Seréis presentado a cada uno si insistís en existir.

—Muy bien, pero presentadme las edades de cada uno, no los nombres.

—Sois difícil, señor. —Otro dijo:

—Complazcámosle.

—Me adelanto a decir mi edad: 77 años.

—58 yo; 49 este señor; 31 éste...

El de la temeridad de existir observó atentamente a cada presentado y terminado el lapso de presentaciones meditó unos momentos, mientras era a su vez muy escudriñado por todas las miradas.

—Y bien —concluyó el reclamador de existencia—; sois 5 y tengo que disculparme sólo con dos.

—¿Qué ocurre, pues? — exclamaron.

—Soy un esclavo de la más estricta sociabilidad. El refinamiento del trato social es con el de la adornación personal de la mujer y las “maneras” sociales de ella y los caballeros con su esencial y sentida cordialidad y auto-crítica de refinada modestia y sin embar-

go inflexible altivez constantes, las dos más altas tomas de conciencia de hombre, lo que lo hace no-zoológico; más que el Arte y la Metafísica, profeso yo que estos dos estatutos sociales (la cortesía y el atavío y modos de la mujer) son la plena toma de conciencia inzoológica, o el comienzo de la vida inzoológica, es decir de lo humano: ésta es la significante creación del Hombre, no la insignificante creación de un Adán y una Eva. En congruencia con tal credo mío debo efectuar ahora con vosotros un acto estrictísimo de lo social. Lo enfática, típicamente social impone que la mera presentación hace instantáneamente una amistad; si yo consiento en que alguien me sea presentado, al darle la mano ya soy su amigo eternamente. Como a tales amigos voy a dejar en manos de dos de vosotros, respecto de los cuales me consta por sus datos de edad y el mío que seré inevitablemente un inasistente a sus respectivos sepelios, sendas tarjetas mías. Todos saben que somos mortales. Sólo yo sé, por una ciencia cultivadísima, cuándo morirá cada uno. Así que con Vd., Vd. y Vd. no hay riesgo de que yo falte a sus exequias. Pero con Vd. y Vd. les dejo mis tarjetas de condolencia; seré descortés pues no asistiré a la inhumación de sus restos, porque ya ustedes habrán asistido al sepelio de los míos.

Y saludando rápidamente se alejó.

Para mitigar perplejidad en el lector aclararé que era una máxima de este personaje que hacerse desagradable a los demás es el único camino para vivir con menos inmiscuencia de prójimo.

PROSA A TIMÓN ROTO EN ZIGZAG EN BUSCA DE LA VEREDA DE ENFRENTÉ, CON UN EPISODIO DE IDENTIFICACIÓN DE ESTA PARTICULAR VEREDA Y UNA ENSEÑANZA IMPLÍCITA DEL SABER MANDAR Y EL SABER EJECUTAR.

AL MUCAMO NUEVO

—**Y** bien, si te llamas Esteban ten esta moneda y cuando pase un dentista vendiendo fósforos por las puertas le compras con estos 20 centavos (señalando el lado cara de la moneda) veinte centavos de medias del pie izquierdo. Luego te encaminas a la Casa de Música de la vereda de enfrente de Cabildo y le dejas al comerciante en seña esta cara y el canto de la moneda. Ya comprenderás que habrás gastado de los dos lados los 0.20, y le compras un piano de 0.70 fijándote bien que quepa en mi pieza por sus dimensiones. Pues vos no sabes lo que es devolver pianos. Yo tengo la experiencia de un amigo que se ha visto en este caso por la flauta que compró y tuvo que devolver.

—¿Y si compráramos una flauta para más seguridad de que el piano cabe?

—No me hables de pianos. Fué otro amigo mío el que tuvo que devolver un piano. Ya te contaré y te

aseguro que ello te enseñará por lo menos a no entretenerte en devolver un piano todas las semanas.

Se marcha el mucamo y después de comprar los fósforos entra a la calle Cabildo y con perspicacia natural diferenció la vereda de enfrente y entró como un zumbido en el comerciante de música. Trató el piano pero previno:

—Fíjese que quepa en la pieza de mi patrón porque sino habrá “Devolución de Piano” — dijo con natural palidez del rostro.

—¡Eso no! ¡eso nunca! — angustió el comerciante con una desesperación bien entendida.

—¿Adónde está ese valiente? —dijo el mucamo mirándolo convencido—. Yo ya sabía que para devolución de pianos no hay otro hombre en el mundo.

Desde entonces la amenaza o insinuación de una Devolución de Piano fué mágica fórmula de paralizar cobradores en una casa, con un amo tan indefenso que empero vino a quedar defendido como ninguno por un mucamo que con pocas explicaciones supo que lo acaecible más temido era una Devolución de Piano.

Este cuento seguiría pero no se ha podido saber más, sino que a la terminación de ese primer día díjole el patrón:

—Esteban, has acudido pronto cada vez que hoy te llamé por tu nombre y espero que procurarás no cambiarlo sin prevenirme porque muchos servidores tuve que después de dos o tres semanas de entrar a la casa habían cambiado de nombre y ya no acudían ni pronto ni tarde. Que te dure el llamarte Esteban.

EL ZAPALLO QUE SE HIZO COSMOS
(CUENTO DEL CRECIMIENTO)

Dedicado al señor Decano de una Facultad de Agronomía. ¿Le pondré "doctor"? A lo mejor es abogado.

ERASE un Zapallo creciendo solitario en ricas tierras del Chaco. Favorecido por una zona excepcional que le daba de todo, criado con libertad y sin remedios fué desarrollándose con el agua natural y la luz solar en condiciones óptimas, como una verdadera esperanza de la Vida. Su historia íntima nos cuenta que iba alimentándose a expensas de las plantas más débiles de su contorno, darwinianamente; siendo tener que decirlo, haciéndolo antipático. Pero la historia externa es la que nos interesa, ésa que sólo podrían relatar los azorados habitantes del Chaco que iban a verse envueltos en la pulpa zapallar, absorbidos por sus poderosas raíces.

La primera noticia que se tuvo de su existencia fué la de los sonoros crujidos del simple natural crecimiento. Los primeros colonos que lo vieran habrían de espantarse, pues *ya* entonces pesaría varias tonela-

das y aumentaba de volumen instante a instante. *Ya* medía una legua de diámetro cuando llegaron los primeros hacheros mandados por las autoridades para seccionarle el tronco, *ya* de doscientos metros de circunferencia; los obreros desistían más que por la fatiga de la labor por los ruidos espeluznantes de ciertos movimientos de equilibración, impuestos por la inestabilidad de su volumen que crecía por saltos.

Cundía el pavor. Es imposible ahora aproximársele porque se hace el vacío en su entorno, mientras las raíces imposibles de cortar siguen creciendo. En la desesperación de vérselo venir encima, se piensa en sujetarlo con cables. En vano. Comienza a divisarse desde Montevideo, desde donde se divisa pronto lo irregular nuestro, como nosotros desde aquí observamos lo inestable de Europa. *Ya* se apresta a sorberse el Río de la Plata.

Como no hay tiempo de reunir un conferencia panamericana —Ginebra y las cancillerías europeas están advertidas— cada uno discurre y propone lo eficaz. ¿Lucha, conciliación, suscitación de un sentimiento piadoso en el Zapallo, súplica, armisticio? Se piensa en hacer crecer otro Zapallo en el Japón, mimándolo para apresurar al máximo su prosperación, hasta que se encuentren y se entredestruyan, sin que, empero, ninguno sobrepalle al otro. ¿Y el ejército?

Opiniones de los científicos; qué pensaron los niños, encantados seguramente; emociones de las señoras; indignación de un procurador; entusiasmos de un agrimensor y de un toma-medidas de sastrería;

indumentaria para el Zapallo; una cocinera que se le planta delante y lo examina, retirándose una legua por día; un serrucho que siente su nada; ¿y Einstein?; frente a la facultad de medicina alguien que insinúa: ¿purgarlo? Todas estas primeras chanzas habían cesado. Llegaba demasiado urgente el momento en que lo que más convenía era mudarse adentro. Bastante ridículo y humillante es el meterse en él con precipitación, aunque se olvide el reloj o el sombrero en alguna parte y apagando previamente el cigarrillo, porque ya no va quedando mundo fuera del Zapallo.

A medida que crece es más rápido su ritmo de dilatación; no bien es una cosa que *ya* es otra; no ha alcanzado la figura de un buque que *ya* parece una isla. Sus poros *ya* tienen cinco metros de diámetro, *ya* veinte, *ya* cincuenta. Parece sentir que todavía el Cosmos podría producir un cataclismo para perderlo, un maremoto o una hendidura de América. ¿No preferirá, por amor propio, estallar, astillarse, antes de ser metido dentro de un Zapallo? Para verlo crecer volamos en avión; es una cordillera flotando sobre el mar. Los hombres son absorbidos como moscas; los coreanos, en la antípoda, se santiguan y saben que su suerte es cuestión de horas.

El Cosmos desata, en el paroxismo, el combate final. Despeña formidables tempestades, radiaciones insospechadas, temblores de tierra, quizás reservados desde su origen por si tuviera que luchar con otro mundo.

“¡Cuidaos de toda célula que ande cerca de vos-

otros! ¡Basta que una de ellas encuentre su todo-comodidad de vivir!" ¿Por qué no se nos advirtió? El alma de cada célula dice despacito: "yo quiero apoderarme de todo el "stock", de toda la "existencia en plaza" de Materia, llenar el espacio y, tal vez, los espacios siderales; yo puedo ser el Individuo-Universo, la Persona Inmortal del Mundo, el latido único". Nosotros no la escuchamos ¡y nos hallamos en la inminencia de un Mundo de Zapallo, con los hombres, las ciudades y las almas dentro!

¿Qué puede herirlo ya? Es cuestión de que el Zapallo se sirva sus últimos apetitos, para su sosiego final. Apenas le falta Australia y Polinesia.

Perros que no vivían más de quince años, zapallos que apenas resistían uno y hombres que rara vez llegaban a los cien... ¡Así es la sorpresa! Decíamos: es un monstruo que no puede durar. Y aquí nos tenéis adentro. ¿Nacer y morir para nacer y morir...? se habrá dicho el Zapallo; ¡oh, ya no! El escorpión que cuando se siente inhábil o en inferioridad se pica a sí mismo y se aniquila, parte al instante al depósito de la vida escorpiónica para su nueva esperanza de perduración; se envenena sólo para que le den vida nueva. ¿Por qué no configurar el Escorpión, el Pino, la Lombriz, el Hombre, la Cigüeña, el Ruiseñor, la Hiedra, inmortales? Y por sobre todos el Zapallo, Personación del Cosmos; con los jugadores de póker viviendo tranquilamente y altercando los enamorados, todo en el espacio diáfano y unitario del Zapallo.

Practicamos sinceramente la Metafísica Cucurbitácea. Nos convencimos de que, dada la relatividad de las magnitudes todas, nadie de nosotros sabrá nunca si vive o no dentro de un zapallo y hasta dentro de un ataúd y si no seremos células del Plasma Inmortal. Tenía que suceder: Totalidad todo Interna, Limitada, Inmóvil (sin Traslación), sin Relación, por ello Sin Muerte.

Parece que en estos últimos momentos, según coincidencia de signos, el Zapallo se alista para conquistar no ya la pobre Tierra, sino la Creación. Al parecer, prepara su desafío contra la Vía Láctea. Días más, y el Zapallo será el Ser, la Realidad y su Cáscara.

(El Zapallo me ha permitido que para vosotros —queridos cofrades de la Zapallería— yo escriba mal y pobre su leyenda y su historia.

Vivimos en ese mundo que todos sabíamos pero todo en cáscara ahora, con relaciones sólo internas y, así, sin muerte.

Esto es mejor que antes.)

LA NUEVA PRECEPTIVA

ESPÉCIMEN DE CONTINUACIONES EN LITERATURA "INSEGURA"

SEÑOR ¿lo he dejado a usted sin carta? Vivo escribiéndola; voy y vengo, falto, quedo, llego, por carta; y carezco de ausencia en toda casa o local donde llegó carta mía. Además me ocupo desde dos años sistemáticamente en intentar la total sustitución de la Cíclica (fisiológica) por la Circunstancio, es decir no creo, sin muchas restricciones, en la frecuente clasificación de cíclicas para las variantes de nuestro estado de bienestar o malestar fisiológico; hay escasas determinaciones cíclicas, pero en la inmensa mayoría de nuestros estados fisiológicos, euforias, depresiones, siempre descubre la atención circunstancias actuales provocantes. Lo cíclico con lo circunstancial están en la misma proporción que la reaparición espontánea y la reaparición excitada de las ideaciones: el 90 % de los hechos de recordación son provocados por circunstancias actuales; nos olvidaríamos de todas las pequeñas menudencias cotidianas que nos hemos propuesto hacer un minuto antes, si todo en torno de nosotros no estuviera poblado de cosas y hechos recor-

dantes. Llamo a esto Circunstancio, o Circunstancie, palabra que invento aprovechando la genial Lección de Xul Solar, el hombre que no deja hablar mal a los idiomas, a los cuales no les restará más defecto que el de "Hablar siempre". (Xul no hubiera de morir; no es reemplazable ni repetible; es el más grácil ¡Buenos Días!, el llegado más leve, el ido que más retuviéramos, la persona-carácter que menos nos necesita y a muchos nos falta varias veces al día. Sus cortas y nunca complicantes visitas hacen pensar en el que va del pozo al jardín con regadera chica que debe continuamente volverse a cargarla, y nos deja tocados de un poquito de agua regateada.

Aunque nosotros tengamos en cambio el apaleable carácter de las pipas que no quieren arder, para él es lo mismo. Su alma plaudente da un asomón a nuestra existencia domicilial; nos ve y se dice: "Ahí está Vd. siempre rabiando; ¡qué bien!", aplaude y se va contento de que no hayamos cambiado de defecto. Esto es lo que le gusta.)

No basta que algo no se entienda para que tenga mucho sentido, pero lo muy claro es muy sospechoso: casi todo lo que no dijo nada se redactó perfecto. Aceptad que para pensar y escribir lo interesante y hondo descuide no poco la exposición. Xul Solar es un valor y un encanto en todo momento. Y saldréis ganando con que yo use (aunque bajo defecto de digresión) una "digresión Xul Solar", o una "digresión Cíclica-Circunstancie". Cuando molesto vuestra lectura es

justamente cuando os estoy diciendo o voy a decir lo mejor de mis hallazgos.

Yo tengo método para mucho, hasta para olvidar ordenadamente mi paraguas, o el cigarrillo que dejé encendido por ahí; me abstengo de olvidarlos como no sea en una localización elegida para ellos. Pero ser metódico cuando un tema expositivo me ha costado mucho pensarlo y me entusiasma poseerlo y exponerlo, es mucho para mí, debido a que estoy impaciente de estampar pronto los asertos netos, dejando su desarrollo para un momento ulterior. En cambio si se me perdona desorden en la temática, concentraré mi esfuerzo en seleccionar una que valga la pena de lectura intrincada.

En suma, que lo hasta aquí escrito y que hoy no se alargará más es un espécimen y alegato pro-literatura inseguida que reúne tres particularidades: temática de calidad, pereza de escribir y lector lánguido. Un argumento más: yo he observado, y me parece que hay ley psicológica en ello, que una melodía entreoída mientras se conversa o se come y los personajes de novela que el autor los da sólo entrevistados dispersa y escasamente, son mejor gustados y aún retenidos en la memoria. Así Xul Solar y el par Cíclica-Circunstancie dudo que los olvidéis; los retendréis gustosamente, y el tema Xul Solar con una viva connotación grata, os aseguro que lo merece.

Yo soy una carrera literaria que florecía cuando el año pasado conocí para mi gran delicia pero con definitivo daño de mis progresos artísticos al más en-

cantador, al más sedante de los ingenios de las radios de Buenos Aires: a Jesús Memoria, el poseedor de la más entonada y tranquila manera de olvidarse de lo que iba a decir y que al pasársele el "trance" de olvido retoma imperturbable el hilo de tema pero con tema de otro hilo. La perfecta congruencia del tono con que prosigue lo que no es continuación domina totalmente la impresión que pudiera hacer la discontinuidad temática. Está muy cerca, si no del todo cerca, de hacer la demostración de que la temática aceptiva, virtualidad exclusiva de la artística verbal, se hace enteramente insignificante cuando la entonación fonética es grande, perfecta. La prueba es que nosotros reímos intensamente cuando oímos por radio la risa de un público jubiloso aunque no hemos percibido lo que dijo o hizo el actor.

Así fué como caí en el orden disperso redactorial, en la constante de digresión.

AQUÍ ES EL BOLICHE REMENDÓN
DE
“LA PERFECTA DESCOMPOSTURA”

ERA una oficinita pulida y breve habitada por el Orden de lo Descompuesto, cada cosa en su lugar y serenamente descompuesta. Llegaba a almorzar el artista del Renacer, todo colgado y llenos los bolsillos y manos de su recolección matinal de cosas deshechas y con sed de tornar a su ser: cada cosilla no cabía de descomposturas y desafiaba a Paciencia a ser rehecha con menos costo y trabajo que costó hacerla nueva. Superar el Costo; éste es el monstruo de la Practicidad.

Luego del almuerzo, concedámosle un sueñito al mártir de la Reposición, y luego a la Paciencia terrible del hombre enceguedido de Paciencia que no pudo nunca Entender, desdichado, que hay en el Mundo la situación de inequivalencia, y, más frecuentemente que en ningún otro caso, en el del Remendar y el Hacer Nuevo: que componer un derruido edificio, un reloj con caries, exige más trabajo y dispendio que hacer un nuevo reloj o casa.

Esta obtusidad de aquel mártir Artista concluyó en un instante de Inteligencia: el Suicidio. Vió en un relámpago que su Psique era la Descompostura más total de cuantas había manejado y esa Descompostura concienencial innata consistió en la ceguedad mental de percibir esta razonable Posibilidad en las Cosas: que las Cosas pueden llegar a estado de Descompostura mayor que ellas mismas, es decir tal completez de alteración que su existencia valga menos que cero-existencia, que su Reposición sea una tentación maléfica, porque absorba más Labor y consuma más material que su creación.

Libre por un instante de la Fascinación del Remiendo, vió también graciosa, benéfica, que su Psique Descompuesta desde el nacimiento era Inmortal y se construiría nueva tras la muerte la próxima vez o alguna vez. El pre-suicidio fué su mejor instante. De sus manos martirizadas salían compuestas las cosas y por lo mismo su Psique cada vez más descompuesta era el Máximo de Contenido de Descompostura que había cabido en una Cosa: su alma. Por lo menos esa alma era en todo sed de la Refacción. Tan entera fué la Lucidez en su suicidio que murió poseído y deleitado del súbito conocimiento de que: toda muerte natural, sin violencia, es el retiro que practica Bios (la Vida) de un Cuerpo Vivo que ya excedió en reparaciones su costo de creación y debe ser reconducido de "Reparaciones" a "Nuevo Modelo 1944".

PARA TERMINAR PIDIENDO

Soy algo bajo; y hubiera deseado o bien una adición a mi estatura de una mitad de una "otorrinolaringología", o bien haber alcanzado naturalmente a la talla de cuatro enteras otorrinolaringologías añadidas verticalmente.

II) CONTINUACIÓN DE LA NADA.

	P&g.
(Atenuante)	105

A fotografiarse

Pose n° 1: Autobiografía	109
Pose n° 2: Autobiografía de encargo	112
Pose n° 3: Biografía de mi retrato en "Papeles de Recienvenido"	118
Pose n° 4: Biografía por correo	120
Carta cerrada a Macedonio Fernández	121

Continuación de la Nada.

1. La nada de un viaje de Colón	124
2. El neceser de escrucante	128
3. Ejemplo de una literatura de circunstancias	130
4. Un paciente en disminución	132
5. Versión genérica en palabras	133
6. Autobiografía no se sabe de quién	135
7. El cartero delicioso	141
8. Página involuntaria	143
9. Leccioncita de psicoestética	145
10. El no-hacer	148
11. El neceser de la ociosidad	151
12. Fantaseo en una sola frase	153
13. Días actuales del que con los anteriores envejeció	155
14. (Chiste de propina)	158

Del Bobo de Buenos Aires.

1. El Bobo	161
2. Señor director	164

	Pág.
3. Señor N. N.	168
4. Señor director	169
5. El Bobo inteligente	171
6. Señor director	174
7. Elegía única	179
8. Carta a N. N.	181

III) PARA UNA TEORÍA DE LA HUMORÍSTICA.

Para una teoría de la humorística	185
---	-----

Temas de libro que se despide.

Vivir disculpado	261
Al mucamo nuevo	263
El zapallo que se hizo cosmos	265
La nueva preceptiva	270
Aquí es el boliche remendón	274
Para terminar pidiendo	276

OBRAS DE MACEDONIO FERNÁNDEZ

- No toda es Vigilia la de los Ojos Abiertos*, Gleizer, Buenos Aires (1928).
- Papeles de Recienvenido*, Proa, Buenos Aires (1930).
- Una Novela que Comienza*, Ercilla, Santiago de Chile (1941).
- Papeles de Recienvenido y Continuación de la Nada*, Losada, Buenos Aires (1944).

(De próxima publicación):

- Adriana Buenos Aires* (Última novela mala).
- Novela de la Eterna* (Primera novela buena).
- ¿Algo más en Metafísica después de William James?*

INSTITUTO IBERO-AMERICANO
de Gotemburgo, Suecia.

